

Liminar

Entre los miles de papeles y documentos que guarda la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico —verdadero tesoro de la poesía, en su mayor parte todavía inexplorado— existe un archivo al que casi nadie ha prestado atención. Se trata de varios cartapacios que guardan las cartas y los telegramas que Juan Ramón y Zenobia recibieron el 25 de octubre de 1956 y durante las semanas y meses siguientes, con motivo de la concesión del Premio Nobel de Literatura al poeta.

Fue en una de mis últimas visitas a la Sala, para trabajar en la edición del epistolario completo de Juan Ramón Jiménez —cuyo primer volumen se ha publicado recientemente en estas ediciones de la Residencia de Estudiantes—,¹ cuando me di cuenta de la existencia de ese archivo. Aún recuerdo la mezcla de perplejidad y de asombro al hojear en su interior. En él se guardan más de mil cartas y casi cuatrocientos telegramas que empezaron a llegar, como una verdadera «avalancha» —en gráfica expresión con la que Francisco Hernández-Pinzón, sobrino del poeta, lo consignó en su diario de esos días— desde el momento mismo en que la noticia del premio se hizo pública en el mundo entero.

Son cartas de familiares, amigos, escritores, artistas, filósofos y políticos, aunque también en muchos casos se trata de mensajes de admiración y solidaridad de gente anónima —emocionante testimonio de esa «inmensa minoría» de lectores de la que hablara Juan Ramón—, que quisieron acompañar al matrimonio

¹ Juan Ramón Jiménez, *Epistolario I (1898-1916)*, edición de Alfonso Alegre Heitzmann, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006.

en los días en que la gloria última del poeta llegó unida al trágico dolor que la borraba: la enfermedad y muerte de Zenobia, su compañera durante cuarenta años —veinte de ellos de exilio— de vida intensa, azarosa y plena, que falleció el 28 de octubre de 1956, tres días después de que le fuera notificada oficialmente al poeta la concesión del Nobel.

Por su contenido humano, intelectual y biográfico, y por ser en su práctica totalidad inéditos, enseguida pensé en la importancia que tendría publicar los telegramas y las cartas que, por distintas razones, fueran de mayor interés. A partir de esa idea hice una selección de cuarenta y cinco telegramas y ciento cincuenta y cinco cartas que se publican en la segunda parte de este libro. Como es lógico, dicha selección reúne, sobre todo, grandes nombres de la cultura de la época que escribieron al poeta y a su mujer al saber la noticia: escritores extranjeros de otras lenguas como Ezra Pound, Saint-John Perse o Nikos Kazantzakis, y del ámbito hispánico, como José Lezama Lima, Jorge Luis Borges, Gabriela Mistral o Alfonso Reyes; escritores, artistas y políticos españoles del exilio, como Alberto Jiménez Fraud, Rafael Alberti, Esteban Vicente, Jorge Guillén, Francisco Bore, Diego Martínez Barrio, Indalecio Prieto y las familias de Federico García Lorca, Enrique Díez-Cane-do o Pedro Salinas, así como aquellos otros que se quedaron en España o regresaron a ella tras la guerra civil, como Menéndez Pidal, la familia de Ortega y Gasset —el filósofo había fallecido el año anterior—, Gerardo Diego, Carmen Conde, J. V. Foix, Carles Riba, Xavier Zubiri, Benjamín Palencia, Melchor Fernández Almagro, y escritores y poetas más jóvenes como Ricardo Gullón, José Luis Cano, Julián Marías, José María Valverde, María Victoria Atencia, Gabino Alejandro Carriedo o Pino Ojeda, entre muchos otros.



Existe una cláusula tácita en la historia del Premio Nobel de Literatura que recomienda la mayor discreción en el proceso de propuesta de candidaturas. Este principio de prudencia se convierte en obligación de estricto secreto en lo que se refiere a las deliberaciones de la Academia Sueca y a los documentos y actas que se guardan en sus archivos, que no pueden ser consultados hasta que se cumplan cincuenta años de la concesión de un premio. Es ésta la razón por la que, aunque no falten nunca filtraciones o rumores más o menos fundados, no se pueda hablar durante todo ese tiempo de certidumbres en lo que se refiere a cuál fue el proceso por el que se llegó a una decisión y qué circunstancias entraron en juego.

Hay, no obstante, una historia que sí se puede investigar, y en gran medida desvelar, sin necesidad de esperar tanto tiempo. Para que un autor sea tenido en cuenta en Suecia y pueda llegar a alcanzar el Premio Nobel es necesario que su nombre cruce las fronteras de su propio país, sus libros sean traducidos a distintas lenguas, se vaya creando una opinión generalizada favorable a que le sea concedido el galardón y, sobre todo, su obra llegue a ser conocida y traducida en la patria de Alfred Nobel, fundador del premio. Además de todo ello, cada candidatura ha de ser propuesta oficialmente a la Academia Sueca a partir de los estatutos básicos dictados por la Fundación Nobel y cumpliendo unos plazos estrictos.

Con el ánimo de reconstruir en la medida de lo posible ese proceso, busqué y estudié en los fondos de la Universidad de Puerto Rico la correspondencia de esos años de Zenobia y Juan Ramón, así como otros materiales que tuvieran que ver con la proyección y reconocimiento internacional del escritor español; las peticiones públicas de un Premio Nobel para él, la proyección internacional de su obra, y todo lo relacionado con las traducciones de su poesía a otras lenguas, en especial al sueco. En la Sala

Zenobia y Juan Ramón Jiménez se guardan, además, importantes documentos relacionados con la concesión del Premio Nobel, esenciales para dicha reconstrucción: el telegrama con el que la Academia Sueca comunicó al poeta la noticia, y otras misivas posteriores de la misma institución; el diploma y la medalla que el rey sueco entregó en la ceremonia solemne del 10 de diciembre de aquel año; las palabras que Juan Ramón escribió para ser leídas en dicha ceremonia, y otros muchos documentos —artículos, informes, conferencias—² que me han permitido adentrarme más y más en ese camino y en lo que supuso en los años finales del poeta español y su mujer la consecución del máximo galardón que un escritor pueda recibir.



Cuando en diciembre de 1956 el rector de la Universidad de Puerto Rico, Jaime Benítez, recogió en Estocolmo, por deseo expreso de Juan Ramón Jiménez, el Premio Nobel de Literatura, uno de los mensajes que transmitió fue el siguiente: «Juan Ramón quiere que en su nombre dé las gracias a quienes en Suecia han contribuido al conocimiento de su obra». El poeta de Moguer, consciente de que el premio no hubiese sido posible sin que su obra se conociera en el país que lo otorgaba, agradecía así su labor a los traductores, editores y lectores de su poesía en ese país. Jaime Benítez sólo nombró, como ejemplo, a una de esas personas a las que Juan Ramón se refería en abstracto: el poeta y académico Hjalmar Gullberg, quien efectivamente fue personaje clave, como veremos, en la divulgación de la obra de Jiménez en Suecia y, al mismo tiempo, su mayor valedor dentro

² Reúno los documentos más importantes relacionados con el tema en la tercera parte de este libro.

de la Academia. Hubo, no obstante, otros nombres de igual o similar importancia que casi no han trascendido. Al adentrarnos en esta historia, esos nombres han ido revelándose. Descubrimos, además, a partir de esta investigación, que los que contribuyeron a la difusión de la obra de Juan Ramón en Suecia no fueron sólo los que en ese país, de una forma u otra, la dieron a conocer, sino que el proceso rebasa esas fronteras y se remonta atrás en el tiempo. Todo el esfuerzo que nunca hizo Juan Ramón para que su obra fuese públicamente reconocida —al contrario, el poeta español renunció siempre a cualquier propuesta de homenaje—, lo hicieron en cambio algunos de los que conocían y admiraban su poesía. Así, el deseo de Juan Ramón de mostrar su agradecimiento a aquellos que contribuyeron decisivamente al conocimiento de su obra, obliga a ponerles nombre, pues ellos son, en definitiva, por derecho propio, los verdaderos protagonistas de la historia que aquí se relata.

El azar ha querido que cuando este libro estaba ya muy avanzado en su gestación se cumplieran cincuenta años del galardón a Jiménez, lo que me ha permitido acceder libremente a los archivos de la Academia Sueca y consultar documentos celosamente guardados durante medio siglo.

Todos estos factores unidos han contribuido a hacer de este trabajo una verdadera crónica, en la que paso a paso he intentado desvelar las circunstancias esenciales que se dieron para que la Academia Sueca en 1956 otorgara el premio que consagraba como universal a un poeta que por la dimensión de su obra ya lo era.



Quiero dejar constancia aquí de mi agradecimiento a todas aquellas personas que han hecho posible este libro. Debo citar en primer lugar a Carmen Hernández-Pinzón, sobrina nieta de

Juan Ramón Jiménez, pues sin su ayuda y confianza constantes este libro no hubiera visto la luz, así como a su padre Francisco Hernández-Pinzón, a cuyo testimonio tanto debe esta crónica. Asimismo, agradezco a la Residencia de Estudiantes, a Alicia Gómez-Navarro —su directora actual— y a José García-Velasco —su anterior director— la ilusión con la que han acogido y apoyado la idea y la realización de este proyecto desde su inicio.

Debo mencionar aquí también —aunque la calidad de su trabajo habla por sí misma— mi agradecimiento especial a José Antonio Expósito por su magnífica labor en la anotación de las cartas y telegramas que se reúnen en la segunda parte de esta edición.

Del mismo modo, este trabajo no hubiera sido posible sin la colaboración constante y rigurosa, en las distintas fases de investigación, documentación y revisión, de Victoria Pradilla; para ella todo mi agradecimiento. Inestimable ha sido también la labor de Carolina Moreno, no sólo en la traducción de la mayor parte de los textos suecos que se citan total o parcialmente en la primera y tercera partes del libro, sino en las diferentes gestiones en el ámbito cultural sueco, necesarias para la realización de este trabajo.

Como en otras ocasiones, gran parte de la preparación de este proyecto la llevé a cabo en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico, por ello quiero agradecer a su anterior directora, Elsa Rodríguez, y a la actual, Lily Busquets, así como al personal de la Sala su colaboración y ayuda.

Mi reconocimiento también a Belén Alarcó, directora de publicaciones de la Residencia de Estudiantes, por su atención permanente hacia mi trabajo, a Rosa Benavides por su colaboración en la búsqueda de material gráfico esencial, y a Montse Lago por el extraordinario cuidado en el diseño de esta edición. Fundamental ha sido la atenta labor de seguimiento, lectura y revisión

de los textos que, con infatigable rigor y cordialidad, ha realizado Isabel Morán, y la minuciosidad de Trilce Arroyo en las correcciones últimas del libro.

Asimismo quiero expresar mi agradecimiento a la Academia Sueca y a Carola Hermelin, asistente del secretario del Comité del Nobel, cuya atención y ayuda han sido fundamentales para mi investigación; a Yvonne Ruz por sus gestiones en el archivo de la Academia Sueca en Estocolmo; a la Biblioteca del Congreso de Washington y a Kevin Leonard, que consultó en mi nombre los archivos de esa institución; a Dag Häggqvist que me ha proporcionado datos muy útiles sobre su padre, Arne Häggqvist; a Pierre y Roland Dethorey, hijos de Ernesto Dethorey; a Fausto Roldán de la Fundación Bartolomé March de Palma de Mallorca, a Graciela Palau de Nemes y a Carmen Benito de la Universidad de Maryland, a Eric Southworth de la Universidad de Oxford, así como a Antonio Campoamor, Soledad González Ródenas, Laura García Lorca, José Luis Guerrero, María Luisa Heitzmann, Albert Manent y Cristina Sánchez Krellenberg.

Crónica
y memoria



Juan Ramón Jiménez en la Sala Zenobia y J. R. J. Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico.

La crónica de los hechos que aquí se relatan, y que sucedieron hace ya medio siglo, ha de construirse a partir de dos ámbitos básicos de investigación. El primero se refiere a la historia en sus datos comprobables a través de documentos, cartas y testimonios; el segundo es un espacio de privacidad que, por sus características intrínsecas, a menudo no nos permite más que asomarnos a él y, a partir de algunas referencias más o menos concretas, trazar —a veces sólo esbozar— caminos o relaciones posibles.

Hoy podemos afirmar por ejemplo que, en contra de lo que se ha creído hasta ahora, en 1952 la Academia Sueca ya se planteó muy seriamente la posibilidad de un Premio Nobel para Juan Ramón Jiménez. Paradójicamente, también sabemos que dos años antes, y a pesar de la proyección internacional de su obra en todo el ámbito hispánico y en el de algunos países europeos, el poeta español era prácticamente un desconocido en la patria de Alfred Nobel. Cuando en enero de 1950 la revista de Estocolmo *Bonniers Litterära Magasin (BLM)*, una de las más prestigiosas de Suecia, publicó una encuesta entre críticos de once países para saber qué autor era a juicio de ellos el que debía recibir el Premio Nobel, entre los treinta nombres citados no aparecía el de Juan Ramón Jiménez. Entre los candidatos, sólo había tres escritores de lengua española: Pablo Neruda, José Ortega y Gasset y Alfonso Reyes. Al preguntarnos por las razones que hicieron que sólo dos años más tarde Jiménez fuese uno de los propuestos por la Academia Sueca al Nobel, entramos en ese segundo ámbito donde la investigación nos lleva a dibujar una red de relaciones en cuyo entramado los hilos que la conforman a menudo se vuelven casi invisibles; en ocasiones ello es consecuencia del tiempo transcurrido desde entonces, pero con frecuencia se debe a la propia discreción y generosidad de aquellos que, de una forma u otra, contribuyeron en

mayor o menor medida a que la obra del poeta de *Animal de fondo* tuviera la difusión necesaria y alcanzara la dimensión universal que merecía.



No sería justo empezar esta narración sin señalar en primer lugar que el Nobel que se otorgó a Juan Ramón en 1956, siendo un premio merecidísimo, fue, sin embargo, un galardón tardío. Como tantas veces, el reconocimiento llegó *demasiado tarde*. Por la calidad de su obra, manifiesta ya en los años veinte y treinta, así como por el influjo decisivo que ésta tuvo en el nacimiento de una nueva época en España y en todo el ámbito de la poesía en lengua española, el poeta hubiese merecido sobradamente esa distinción mucho antes. Desde que se instituyó en 1901 hasta el estallido de la guerra civil española, el Premio Nobel de Literatura sólo se había otorgado a dos españoles: José Echegaray en 1904, compartido con Frédéric Mistral, y Jacinto Benavente en 1922. Tuvieron que pasar veintitrés años para que hubiese otro premio para un escritor en lengua española: la chilena Gabriela Mistral, que lo recibió en 1945.

El largo y difícil exilio de Juan Ramón y Zenobia, desde que salieron de España a finales de agosto de 1936 hasta el final de sus vidas, estuvo lleno de claroscuros. La nostalgia de España fue siempre, especialmente para el poeta, infinita; sin embargo, en muchas ocasiones —y a pesar del dolor al que constantemente tenían que sobreponerse, por la distancia que les separaba de los seres queridos y por las tristes noticias que les llegaban de su patria— Juan Ramón y Zenobia pudieron sentir el afecto que se les tenía en los distintos países de la geografía de su exilio y lo mucho que en Hispanoamérica se apreciaba la obra del poeta español.

La situación en lo que se refiere a España era, en cambio, muy distinta. Juan Ramón había dejado a muchos familiares y amigos queridos, pero las circunstancias políticas hicieron que su obra fuese en muchos sentidos silenciada y postergada. Además, los libros que el poeta escribió en el exilio se publicaron en países americanos, fundamentalmente en Argentina y en México, y fueron poco y mal leídos en España, donde la poesía seguía unos derroteros que nada tenían que ver con la radical aventura en la que Jiménez se hallaba embarcado, desde comienzos de los años cuarenta, con la escritura del poema «Espacio» y de sus libros últimos.

A principios de 1939, los Jiménez dejaron Cuba —donde habían pasado los dos primeros años de exilio— y llegaron a Estados Unidos. Durante casi cuatro años Juan Ramón y Zenobia vivieron en Coral Gables, La Florida. En noviembre de 1942 se trasladaron a Washington y más tarde, en 1947, se establecieron en Riverdale, muy cerca de la Universidad de Maryland, donde ambos ejercieron como profesores. Allí vivieron hasta marzo de 1951, cuando, por motivos de salud del poeta, se trasladaron a Puerto Rico, adonde llegaron el 19 de ese mismo mes y donde residieron el resto de sus vidas.

Desde su salida de España y en su exilio americano, la presencia activa de Juan Ramón en la cultura de Hispanoamérica fue muy importante y dejó huellas imborrables, particularmente en aquellos países en los que vivió —Cuba, Puerto Rico— o visitó —Argentina y Uruguay—. El poeta colaboró además, con asiduidad, en revistas y periódicos de Cuba, México, Costa Rica, Argentina, Chile, Puerto Rico, Colombia, Venezuela, Guatemala, Uruguay, Perú, Paraguay, El Salvador y República Dominicana.

A partir de 1944, Juan Ramón empezó también a colaborar en publicaciones periódicas españolas y muy pronto inició una

intensa relación epistolar con amigos que habían permanecido en España tras la guerra civil y con algunos escritores jóvenes; no obstante, enseguida se dio cuenta de la imposibilidad de publicar sus libros en España debido a la dureza de la censura. A partir de su llegada a Coral Gables en 1939, Jiménez volvió a escribir poesía después de dos años de escasa producción. Uno de los primeros libros de poemas en los que trabajó iba a titularse inicialmente *Lírica de una Atlántida*¹. El libro reunía los poemas escritos en sus primeros años en Estados Unidos, y ya en 1945 Juan Ramón se lo ofreció a Juan Guerrero para que lo publicara en la Editorial Hispánica, fundada por su fiel amigo en 1943. Guerrero recibió con entusiasmo las diferentes entregas del libro, pero poco a poco se fue dando cuenta de que la censura eclesiástica española no permitiría que se publicase. Así se lo explica pormenorizadamente al poeta en carta del 1 de junio de 1946:

Yo pensaba que tratándose de poesía lírica no habría motivo para preocuparse de la censura [...] [pero] alguna vez cuando el nombre de «dios» puede estimarse que se emplea aludiendo a la divinidad, pudiera ocurrir que la Censura impusiera la D mayúscula o bien tachara la línea, la estrofa o el poema. Y si pasa inadvertido, aun después de aprobado el texto, si después hay una queja de un censor más o menos oficioso, puede ocurrir que ordenen retirar el libro o las páginas que no consideren ajustadas a los principios de ortodoxia por que se rigen.²

¹ Posteriormente el libro pasó a llamarse *En el otro costado*, y Juan Ramón utilizó el título *Lírica de una Atlántida* para el proyecto en el que quería reunir sus cuatro libros de poemas escritos en América: *En el otro costado*, *Una colina meridiana*, *Dios deseado y deseante* y *De ríos que se van*. Para más información véase el prólogo a la edición póstuma de dicho proyecto: Juan Ramón Jiménez, *Lírica de una Atlántida*, edición de Alfonso Alegre Heitzmann, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 1999.

² La carta se guarda en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ
LA ESTACIÓN TOTAL

CON LAS
CANCIONES DE LA NUEVA LUZ

(1923 - 1936)



EDITORIAL LOSADA, S. A.
BUENOS AIRES

Cubierta de *La estación total con las canciones de la nueva luz*, de Juan Ramón Jiménez, Buenos Aires, Losada, 1946. Residencia de Estudiantes, Madrid.

Este primer intento frustrado de Juan Ramón de publicar su obra en España tuvo como consecuencia que ya no volviera a intentarlo en mucho tiempo. Es obvio, además, que en circunstancias como éstas difícilmente podía surgir desde España una iniciativa oficial de apoyo a una candidatura al Nobel para Jiménez.



El Premio Nobel sufrió las consecuencias de la Segunda Guerra Mundial y no se concedió en los años 1940, 1941 y 1942. En 1943 se otorgó sólo en algunas categorías —Química, Medicina y Física— y no fue hasta 1944 cuando se recuperó la normalidad. Aquel año el Premio de Literatura fue para el danés Johannes V. Jensen, y en 1945 fue concedido, como ya he señalado, por vez primera a un autor hispanoamericano, la poeta chilena Gabriela Mistral. Los Premios Nobel de Literatura de 1946 a 1951 fueron respectivamente para Hermann Hesse, André Gide, T. S. Eliot, William Faulkner, Bertrand Russell y Pär Lagerkvist. En todos esos años nadie presentó oficialmente a la Academia Sueca una candidatura a favor de Juan Ramón Jiménez. Sin embargo, a partir de 1948, algunos escritores españoles empezaron a plantear en revistas de la época la demanda de un Nobel para el autor de *Eternidades* y la necesidad de que alguna institución la avalase.

En 1946 Juan Ramón había publicado en Buenos Aires *La estación total con las canciones de la nueva luz*, su primer libro de poemas editado tras la guerra civil. En noviembre de 1947, Ricardo Gullón escribió en la revista *Ínsula* el artículo «Juan Ramón y la poesía»³, en el que se hacía eco de la importancia de este nuevo libro. En su larga introducción, Gullón señala, en

³ *Ínsula*, año II, núm. 23, Madrid, 15 de noviembre de 1947, págs. 3 y 7.

primer lugar, la influencia de Juan Ramón Jiménez en la poesía en lengua española:

La influencia de Juan Ramón sobre la lírica española ha sido importante, su aporte decisivo. Como antes sucediera con Rubén Darío, su obra marca el fin de una etapa y el comienzo de otra. Nada en la lírica actual castellana ha resistido a su influjo [...]. Su influencia, digo, es tan fuerte como la de Rubén, superior a las de Unamuno y Antonio Machado, que, junto con la suya, son los que alcanzaron mayor vigencia entre los poetas contemporáneos.

Además, Gullón subraya con vehemencia algo que a esas alturas del siglo era sabido por muchos, pero que casi nadie decía: que la larga trayectoria poética del escritor andaluz, sostenida durante cincuenta años, no tenía paralelo en el mundo hispánico: «El admirable ejemplo de fervor y dedicación a la poesía dado por Juan Ramón a lo largo de cincuenta años, no tiene par, según creo, en España ni fuera de ella. Su vida es su poesía; su poesía la razón de su vida»⁴.

El 15 de marzo de 1948, Ramón de Garciasol publica, también en *Ínsula*, una carta abierta a Gullón⁵ en la que, compartiendo las palabras de éste, pide explícitamente el Premio Nobel para Jiménez. Garciasol se da cuenta también de la enorme relevancia de *La estación total* en el panorama de la poesía de su tiempo y así lo dice sin ambages: «Hay obras sin crítica, ante las que no cabe más que la repetición, el aprendérselas de memoria. De éstas es *La estación total*, que nos ha dejado dolorosa, luminosamente conmovidos y agradecidos. No creo que nunca se haya llegado a una mayor y más perfecta cima de hermosura

⁴ *Ibídem.*

⁵ «El Premio Nobel para JRJ. Carta abierta a Ricardo Gullón», *Ínsula*, año II, núm. 27, Madrid, 15 de marzo de 1948, pág. 7.

poética». A partir de esta primera consideración sobre la calidad del nuevo libro de Jiménez, con el que se culmina una trayectoria poética de casi cincuenta años, Garciasol pasa a plantear la necesidad de pedir el Nobel para Juan Ramón:

¿A qué espera la lengua española para pedir clamorosamente el Premio Nobel de Literatura para JRJ [...]? ¿Por qué no lo decimos, por qué no lo proclamamos, por qué no hacemos atmósfera? ¿Quién ha llegado hoy a mayor perfección y lucidez expresivas que JRJ? ¿Qué poeta en el mundo tiene una hora superior tan al margen de temporalidades? [...] Sé, amigo Gullón, que a ti te agradecerá la idea del Premio Nobel para JRJ, idea que está en el aire de la poesía española de ambas orillas del Atlántico. El famoso Premio para JRJ, a la vez que homenaje universal merecidísimo, podría ser una justa recompensa a la poesía española de los últimos tiempos, insuperable en ninguna otra época, y difícilmente igualable por pueblo alguno.

Algunos de los juicios vertidos en los artículos de Gullón y Garciasol serían repetidos más adelante, como veremos, por otros autores cuando se fuera «haciendo atmósfera» y progresase la propuesta; sin embargo, su demanda no tuvo ninguna repercusión inmediata ni posterior en la España oficial de la época. Ni la Real Academia Española ni ninguna otra institución española propusieron jamás la candidatura de Jiménez para el Nobel, aunque sí lo hicieron, en distintas ocasiones, para otros escritores españoles.



De sobra es sabido, para todo aquel que haya seguido la trayectoria literaria y la biografía de Juan Ramón, el nulo interés del

poeta de Moguer por los reconocimientos públicos. Desde muy joven huyó, literalmente, de los homenajes a su persona y a su obra, así como de los fastos de la vida literaria, poniendo siempre en primer lugar la poesía y su trabajo en ella. Del mismo modo, las tres veces que, en diferentes etapas de su vida, la Real Academia Española le pidió que ingresara en ella, declinó amable pero firmemente la invitación. En consecuencia, la primera reacción del poeta al leer el artículo de Garciasol fue de preocupación, no tanto por la petición en sí, sino por la forma en que fuera a realizarse y el «ruido» que pudiera suponer.

Así, en carta del 14 de marzo de 1948, Zenobia escribe a Juan Guerrero:

Querido amigo Guerrero:

Juan Ramón, que anda preocupado estos días por el artículo de Ramón de Garciasol, publicado en el último número de *Ínsula* pidiendo que se le señale para un Premio Nobel de Literatura y por las repercusiones de toda índole que esto pudiera tener, me pide que escriba a usted algunas consideraciones sobre el asunto.

Es evidente que en España hay varias personas que podían ser igualmente señaladas, cada una en lo suyo, por ejemplo Menéndez Pidal, Azorín, Ortega, Baroja y, traducido a otro idioma, D'Ors, que, sin duda, será el que más lo desea y espera. Si se hace algo de esto, le agradecería mucho que los amigos que lo deseen hacer pudiesen influir un poco en la forma de hacerlo, concretando el asunto al significado particular de su obra y vida sin ninguna bullanga.⁶

⁶ Zenobia Camprubí, *Epistolario I. Cartas a Juan Guerrero Ruiz*, edición de Graciela Palau de Nemes y Emilia Cortés Ibáñez, Madrid, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes, 2006, págs. 665-666.

Después de esta larga introducción, Zenobia señala algunas de las características de la obra de Juan Ramón que más se ajustan a los requisitos que valoraba la Academia Sueca y cita los ensayos sobre su obra que habría que presentar en el caso de que se hiciera la propuesta.

La carta termina como empezó, insistiendo en que todo se haga —si llega a hacerse— con dignidad y sin ruido:

J. R. no quiere con esto hacer ninguna campaña (ya usted lo conoce y sobre todo nunca lo ha hecho) pero, si se ha de hacer algo en este asunto, que se haga con la dignidad posible.

No le entretengo ya más hoy,

Zenobia

Sin embargo, a esas alturas de su vida, el exilio estaba resultando especialmente duro para la frágil salud psíquica de Juan Ramón, que, como es lógico, agradecía que se acordasen de él y de su obra. En julio de 1948, los Jiménez, invitados por la revista *Anales de Buenos Aires*, iniciaron un viaje a Argentina y Uruguay que marcaría de forma indeleble sus vidas. Después de casi diez años de residir en Estados Unidos, con lo que ello suponía para Juan Ramón de aislamiento respecto a su ámbito cultural y de no poder vivir cotidianamente en su lengua, el recibimiento caluroso que dispensaron a los Jiménez en Buenos Aires, y la admiración y simpatía que despertó el poeta durante los tres meses largos de estancia en estos dos países, supusieron un bálsamo para su salud.

El eco del viaje y de la acogida que Juan Ramón recibió en cada uno de los lugares que visitó llegó a todo el mundo de habla hispana y también a España, a pesar de la condición de exiliado del poeta. Los periódicos más importantes de Argentina —*La Nación*, *La Prensa*, *La Razón*...— dedicaron reportajes,

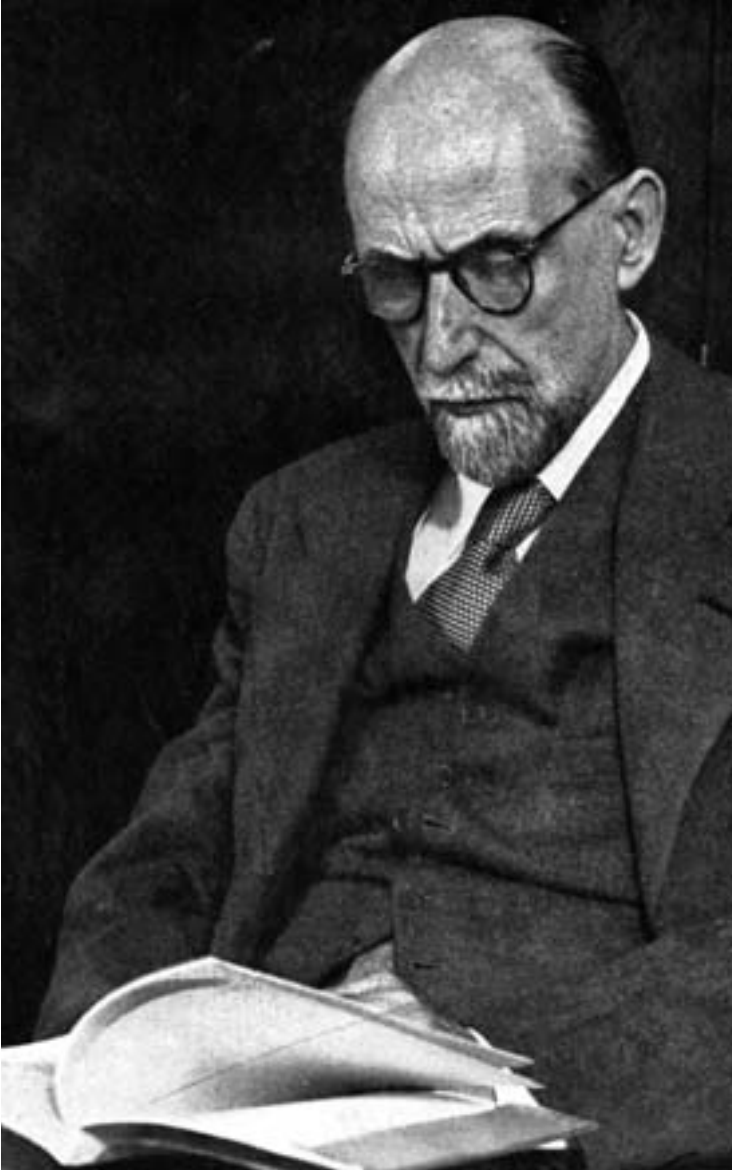


Imagen del frontispicio de *Animal de fondo*, de Juan Ramón Jiménez, Buenos Aires, Pleamar, 1949. Residencia de Estudiantes, Madrid.

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

ANIMAL
DE FONDO



P L E A M A R

Cubierta de *Animal de fondo*, de Juan Ramón Jiménez, Buenos Aires, Pleamar, 1949.
Residencia de Estudiantes, Madrid.

artículos y reseñas al poeta español, y la Sociedad Argentina de Escritores le rindió un homenaje en la Casa del Escritor. No habían pasado dos semanas de su llegada a Argentina cuando también allí se planteó en la prensa el tema de un Nobel para el poeta. El 20 de agosto, el periodista y novelista asturiano Clemente Cimorra, exiliado tras la guerra civil, publicó un artículo en Buenos Aires titulado «¿Por qué Juan Ramón no es Premio Nobel?»⁷.

La visita de los Jiménez a Uruguay tuvo similares características. El Senado rindió un homenaje al escritor en una sesión convocada en su honor, y su estancia en Montevideo fue motivo también de entrevistas y artículos en la mayoría de los periódicos uruguayos.

Durante el viaje por mar de Nueva York a Buenos Aires, entre el 13 de julio y el 4 de agosto de 1948, y en su estancia en Argentina y Uruguay hasta el 12 de noviembre de ese mismo año, cuando iniciaron el regreso, Juan Ramón escribió *Animal de fondo*, uno de los libros fundamentales de su trayectoria poética, que salió publicado en la capital argentina en julio de 1949, sólo ocho meses después de su vuelta a Estados Unidos.

La aparición de este libro tuvo un notable reconocimiento-crítico en Hispanoamérica y en España. También esta vez Ricardo Gullón escribió en las páginas de *Ínsula* un largo y elogioso artículo sobre el nuevo libro titulado «Un canto para la poesía»⁸. Juan Ramón y Zenobia lo leyeron con emoción. En carta fechada el 28 de diciembre de 1949, Zenobia agradece a Guerrero el envío de *Ínsula*: «Ayer llegó su carta con listas de lo enviado y el artículo, tan cariñoso, de Gullón»⁹. De modo

⁷ *Cartel*, Buenos Aires, 20 de agosto de 1948.

⁸ *Ínsula*, año IV, núm. 48, Madrid, 15 de diciembre de 1949, pág. 3.

⁹ Zenobia Camprubí, *Epistolario I*, cit., pág. 792.

similar a como había ocurrido en 1948, en el mismo número de la revista donde había aparecido el artículo de Gullón, en una sección de textos breves sin firma titulada «La flecha en el tiempo», se publicó una nota (escrita probablemente por José Luis Cano o por Enrique Canito) en la que se proponía un homenaje al poeta —coincidiendo con el cincuenta aniversario del inicio de su obra literaria— y se pedía de nuevo abiertamente el Nobel de 1950 para él. La demanda nacía también de la perplejidad de muchos cuando en diciembre de 1949 la Academia Sueca declaró desierto¹⁶ el premio de aquel año:

El Premio Nobel y Juan Ramón. En el mundo vocinglero, problemático y arduo, de las letras, los ilustres varones de la Academia de Suecia no han encontrado un escritor —poeta, novelista, dramaturgo, ensayista o siquiera memorialista afortunado— a quien discernir el Premio Nobel de Literatura y el sustancioso cheque adjunto. Así, después de Hermann Hesse, de Gabriela Mistral, de André Gide y de T. S. Eliot, este pequeño universo se ha quedado sin genios. Al menos sin genios identificables para el ojo pesimista de los cazadores de ballenas literarias en la Academia Sueca. El novelista americano William Faulkner, el filósofo Benedetto Croce, y los demás propuestos, han parecido cetáceos de escasa envergadura.

Sin discutir las razones o sinrazones de esta extravagante decisión, convendría que los españoles pensáramos en la oportunidad de solicitar el Premio Nobel del próximo año para nuestro máximo poeta, Juan Ramón Jiménez, quien como en este mismo número recuerda Ricardo Gullón, celebrará en 1950 el cincuentenario de sus primeros libros. No sería difícil conseguir que los

¹⁶ Finalmente el premio se otorgó a William Faulkner, pero se entregó un año más tarde.

países de Hispanoamérica se asociaran a esta petición —ella sola sería ya un homenaje colectivo de considerable importancia— en honor del genial poeta cuya obra ha marcado con imborrable huella los caminos de la lírica española.¹¹

Tampoco ahora la respuesta del poeta ante esa nueva iniciativa se hizo esperar. En carta fechada en Riverdale en enero de 1950 —inédita hasta hoy—, Juan Ramón escribe a Enrique Canito:

Dejen por ahora ese *recuerdo* de la revista a mis 50 años de *ilusión*. No se cumplirían, en todo caso, hasta diciembre. Menéndez Pidal, Azorín, Baroja, son más viejos que yo; Ortega, aunque él se quita años, tiene mi edad, como [Pérez de] Ayala. *El Premio Nobel debe pedirse para Menéndez Pidal, Ortega o Azorín.*¹²

En abril de 1950, la revista *Arbor* publica una entrevista a Juan Guerrero titulada «Hablando de Juan Ramón Jiménez».¹³ La entrevista empieza con una breve introducción que plantea abiertamente el tema del Nobel, a raíz de que se hubiera declarado desierto en 1949:

Un Premio Nobel desierto ha vuelto a colocar en el primer plano de la actualidad literaria el nombre del más fino y profundo lírico de habla española: Juan Ramón Jiménez. Desde Rubén

¹¹ «El Premio Nobel y Juan Ramón», *Ínsula*, año IV, núm. 48, Madrid, 15 de diciembre de 1949, pág. 8.

¹² El subrayado es mío.

¹³ *Arbor*, núm. 52, Madrid, abril de 1950, págs. 600-602.

Darío, ningún otro poeta español ha ejercido una influencia tan notable sobre las generaciones poéticas que le siguen.

A lo largo de la entrevista, Guerrero da muestras de conocer perfectamente no sólo la obra de Juan Ramón anterior a la guerra civil, sino también la escrita en el exilio, así como los proyectos de edición completa de la Obra que el poeta no llegó nunca a publicar. Al final de la entrevista, y a la pregunta sobre un posible Nobel de Literatura en 1950 para un escritor español, Guerrero contesta:

[...] temo mucho que España quede postergada nuevamente en el año actual. En lo que se refiere a J.R.J., he de recordar que cuando se le ha indicado como posible merecedor de tal premio, él siempre ha propuesto otros nombres insignes, como los de Menéndez Pidal o José Ortega y Gasset. Reciente está su adhesión a la propuesta a favor de este último, publicada en la revista *Ínsula*. Por lo demás, dada la tendencia idealista de su obra, que ha ejercido una gran influencia en todos los países de habla castellana, elevando el concepto poético y promoviendo una honda reacción espiritualista en las juventudes de aquellas naciones, Juan Ramón Jiménez es hoy dignísimo acreedor a que la Academia Sueca galardone su obra con la enaltecida recompensa universal del Premio Nobel.

Como ya hemos visto y como señala el propio Guerrero, las veces que se había propuesto un Nobel para Jiménez, éste se había apresurado siempre a proponer en su lugar a otros escritores. Así ocurrió, de un modo muy especial, con las diferentes demandas públicas a lo largo de 1950 de un Premio Nobel para Ortega y Gasset que desembocaron finalmente en la candidatura del filósofo español para el año 1951.

En carta del 12 de febrero de 1950, Zenobia escribe a los Guerrero:

Suponemos que habrá, Guerrero, recibido el radio para el *ABC* sobre el Premio Nobel para Ortega. J. R. se lo puso a G[uerre-ro] porque, cuando uno vive tanto tiempo lejos de su país, a pesar de los buenos amigos que hacen lo que pueden para evitarlo, uno pierde contacto y no se sabe las relaciones que existen entre unos y otros, por lo tanto no sabía si el *ABC* era el periódico indicado.¹⁴

En los archivos de la Fundación Ortega y Gasset se puede seguir el proceso de intento de adhesión pública de Juan Ramón a la candidatura del filósofo en uno de los periódicos más importantes de la España de esos años, finalmente frustrado —como en otras ocasiones— por la censura de la época.

Juan Ramón escribió, efectivamente, y envió a través de Guerrero el siguiente radiograma al director de *ABC*:

Washington, 7 de febrero de 1950¹⁵

Director de *ABC* me sumo a la demanda de un Premio Nobel para mi querido y admirado José Ortega y Gasset

Juan Ramón Jiménez

En el archivo del filósofo se guarda, junto al telegrama, la respuesta de *ABC* rechazando su publicación. Es un documento inapreciable para darse cuenta de hasta qué punto la censura de la época era tan férrea como absurda:

¹⁴ Zenobia Camprubí, *Epistolario I*, cit., pág. 804.

¹⁵ Fundación Ortega y Gasset, C-22/4a.

Prensa Española
ABC – Blanco y Negro
El director de *ABC*

Madrid, 10 de febrero de 1950¹⁶

Señor don Juan Guerrero Ruiz

Muy señor mío:

Muy agradecido a la atención de usted al servir de intermediario entre el gran poeta Juan Ramón Jiménez y esta redacción. Inmediatamente remití el despacho de aquél a la Censura, que hasta la fecha no lo ha aprobado. Muy de veras lo lamento porque para *ABC* y para mí sería una gran satisfacción contribuir a que las cosas, los nombres y las situaciones vayan reintegrándose a su lugar justo.

Aprovecho la ocasión para ofrecerme suyo atentamente,

Ramón Pastor

Al no tener éxito la gestión de Juan Ramón en *ABC* a través de Guerrero, Zenobia, en carta al mismo del 21 de febrero de 1950, escribe: «J. R. me dice que, si *ABC* no publica el telegrama, le gustaría que lo publicara *Ínsula*, sin decir, naturalmente, [que] no lo había publicado *ABC*».¹⁷

Juan Guerrero informó puntualmente de todo a Ortega. Así, poco después de recibir las cartas citadas, escribe la siguiente misiva al filósofo español:

¹⁶ Fundación Ortega y Gasset, C-22/4b.

¹⁷ Zenobia Camprubí, *Epistolario I*, cit., pág. 808.

Madrid, 6 de marzo de 1950¹⁸

Sr. D. José Ortega y Gasset

Mi querido amigo:

Tenía usted razón. A mi regreso de un viaje a Barcelona —que me privó de asistir a la última conferencia de su curso— encontré la carta del director de *ABC* cuya copia le acompaño. Juan Ramón, que ha tenido conocimiento de lo ocurrido, desea que su adhesión se publique al menos en la revista *Ínsula* y vamos a intentarlo en el próximo número.

En la última carta me decían que tenían noticias de que pensaba usted efectuar una visita a Puerto Rico y tenían la esperanza de que con motivo de dicho viaje le fuera posible esta vez pasar por Washington, donde tendrían sumo gusto en verle después de tantos años. Las señas del poeta son: 4310 Queensbury Road, Riverdale, Maryland.

Muy cordialmente le saluda

Juan Guerrero

Finalmente el telegrama del poeta pudo aparecer en *Ínsula*, gracias a Guerrero, en una nota publicada en el número de marzo de 1950 y titulada «Sobre el Premio Nobel», donde se mencionaba la propuesta de la revista sueca *Bonniers Litterära Magasin* de un Nobel para Ortega, y se añadía al final, discretamente, el telegrama de adhesión del poeta:

Sobre el Premio Nobel

Del semanario *La Hora* recogemos la noticia de que la revista sueca *BLM* ha propuesto a don José Ortega y Gasset para el

¹⁸ Fundación Ortega y Gasset, C-22/4c.

Premio Nobel de Literatura. La propuesta la firma Alan Pryce-Jones, escritor inglés, quien ha escrito para justificarla: «Ortega y Gasset es uno de los espíritus mayores y más originales que en la actualidad trabajan en Europa». *La Hora* se adhiere con fervor a esta propuesta, y recuerda también que tenemos otro candidato de máximo prestigio: el poeta Juan Ramón Jiménez, propuesto por *Ínsula*. Para *Ínsula*, los dos nombres son igualmente merecedores de obtener el Premio Nobel, y la Academia Sueca sólo realizaría un acto de justicia al otorgárselo a uno u otro.

Al conocer la propuesta de Alan Pryce-Jones, Juan Ramón Jiménez nos ha cableografiado desde Washington: «Me adhiero petición Premio Nobel para mi querido y admirado amigo José Ortega y Gasset».¹⁹

Estas iniciativas llevaron, como hemos indicado, a que José Ortega y Gasset fuera propuesto para el Premio Nobel de Literatura —por primera y única vez— en el año 1951. La candidatura venía avalada por Menéndez Pidal y diecisiete miembros más de la Academia Española. Sin embargo, el Nobel de ese año fue para el escritor sueco Pär Lagerkvist (1891-1974). Con toda probabilidad, el hecho de que el Nobel de 1950 fuese otorgado a Bertrand Russell no ayudó a que prosperase la candidatura de Ortega, ya que la Academia en muy pocas ocasiones ha premiado a un ensayista o a un filósofo.

Sea como fuere, los esfuerzos de Gullón, Garciasol, Guerrero, José Luis Cano o Enrique Canito nunca llegaron a traducirse en una petición de Nobel desde España para Juan Ramón. Como veremos, la Real Academia Española y en general la España oficial de la época tenían sus candidatos, y el nombre del gran poeta andaluz nunca estuvo entre ellos.

¹⁹ *Ínsula*, núm. 51, Madrid, 15 de marzo de 1950, pág. 7.

1950. DE OXFORD A RIVERDALE

Como he señalado al principio, hay una crónica donde los hechos se perfilan, sobre todo, en el ámbito de la cotidianidad de sus protagonistas, que puede ser extraordinariamente reveladora, aunque a menudo no nos descubra más que una parte de lo que en sí contiene. Dicha crónica nos lleva, en 1950, a Inglaterra. En carta fechada en Oxford el 12 de julio de 1950²⁰, Alberto Jiménez Fraud escribe a Juan Ramón Jiménez a Riverdale:

Esta mañana nos ha llegado una carta de Estocolmo que dice: «He conocido a un periodista español, que escribe en sueco, que desearía tener la información más reciente posible sobre la obra de Juan Ramón, porque quiere publicar inmediatamente una serie de artículos, en sueco, ayudando la candidatura de J. R. para el Premio Nobel. Su dirección es: Ernesto Dethorey. Sveavägen 86. Stockholm». Añade que tiene influencia en los medios académicos. La persona que nos escribe es Carmen Martínez Lorite, que trabaja con Trend en Cambridge, excelente e inteligente mujer y admiradora de la obra de usted. ¿No podría darle algunos datos a este señor Dethorey? Yo le enviaré un ejemplar del libro de Trend, en cuanto esté encuadernado, que espero sea pronto. No descuide usted, por Dios, esto, J. R. ¡Sería tan conveniente para tantísimas cosas buenas de España que le dieran a usted el Premio Nobel!

Un fuerte abrazo

Alberto

Cariñosos saludos de Natalia y míos para Zenobia.

²⁰ La carta, inédita, se guarda en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico.

Las últimas palabras de Alberto Jiménez Fraud instando vehementemente a Juan Ramón para que «no se descuide» en un tema en el que el más interesado debería ser el propio poeta, además de reflejar lo bien que el antiguo director de la Residencia de Estudiantes de Madrid conocía la idiosincrasia de su amigo, nos invitan de inmediato a evocar esas «tantísimas cosas buenas de España» a las que alude. Jiménez Fraud era consciente de que un Premio Nobel para Juan Ramón no sólo haría justicia a la trayectoria de uno de los más grandes poetas del siglo XX, sino que, además, por la tradición que Jiménez representaba en España, ese premio simbolizaría el reconocimiento mayor hacia la poesía y la cultura que ambos habían compartido durante años: la de la España de la Institución Libre de Enseñanza y de la Residencia de Estudiantes —de la que Jiménez Fraud había sido director desde su fundación en 1910 hasta 1936—, tradición en la que se habían formado los principales intelectuales españoles de la época, la mayoría de los cuales, si no había muerto ya durante la guerra o el exilio, vivía como Juan Ramón y Jiménez Fraud, fuera de España.

Después de abandonar España a comienzos de la guerra civil y tras una breve estancia en París —y gracias a la ayuda del economista inglés J. M. Keynes y del hispanista J. B. Trend—, en octubre de 1936 Jiménez Fraud pudo instalarse junto con su familia en la Universidad de Cambridge. Los dos ilustres profesores ingleses habían sido huéspedes de honor de la Residencia de Estudiantes a principios de los años treinta y les unía una buena amistad con su director. Posteriormente, en 1938, Jiménez Fraud se trasladó a Oxford como lector en el New College.

Jiménez Fraud compartía la amistad de J. B. Trend con Juan Ramón, a quien el hispanista inglés conoció en Madrid ya en los años veinte y con quien mantuvo una larga relación epistolar



Alberto Jiménez Fraud y Natalia Cossío en la puerta de su casa de Wellington Place, Oxford, abril de 1954. Residencia de Estudiantes, Madrid.

que se inició hacia 1926 y se prolongó hasta bien entrada la década de los cincuenta. Los estudios del gran hispanista sobre la obra del poeta de Moguer y muy especialmente su antología *Juan Ramón Jiménez: Fifty Spanish Poems*, publicada en Oxford en 1950, fueron además, como veremos más adelante, fundamentales para el conocimiento de la obra del poeta de Moguer en el ámbito europeo y también de forma muy concreta en los círculos cercanos a la Academia Sueca.

Juan Ramón no pudo contestar la carta antes citada de Jiménez Fraud, porque en esas fechas estaba entrando en el grave proceso depresivo que llevaría en marzo de 1951 al matrimonio Jiménez a trasladarse de Estados Unidos a Puerto Rico y que el poeta no superaría del todo hasta el otoño de 1952. Zenobia, sin embargo, respondió con diligencia a su buen amigo en carta fechada en Riverdale el 17 de julio de 1950²¹:

Querido Alberto:

Perdone que le escriba a máquina, pero como Juan Ramón, que no anda muy bien esta temporada, me ha pedido que le sirva de amanuense, quiero evitarle la lucha con mi caligrafía.

La carta es extensa, y sólo al final de ella Zenobia contesta a las palabras antes citadas de Jiménez Fraud:

En cuanto al asunto del Premio Nobel lo primero que queremos que usted sepa es que Juan Ramón no lo ha solicitado nunca y que, en cambio, ha apoyado con una nota publicada en España la candidatura de Ortega. Hace ya dos o tres años que tanto en España como en Hispanoamérica se vienen publicando deman-

²¹ La carta se conserva en el archivo familiar de Jiménez Fraud.

JUAN RAMÓN
JIMÉNEZ

Fifty
Spanish Poems

With English translations

by

J. B. TREND



OXFORD : THE DOLPHIN BOOK CO., LTD.

Cubierta de *Fifty Spanish Poems*, de Juan Ramón Jiménez, traducidos al inglés por J. B. Trend, Oxford, The Dolphin Book, 1950. Residencia de Estudiantes, Madrid.

das de este premio para J. R. y esto es todo lo que hay. De todos modos enviaremos algo de lo que pueda interesarle al señor Dethorey, que J. R. no sabe tampoco quién es, pero que supone será algún desterrado de los muchos que andan por el mundo, pero esto es sólo por no ser desagradecido, puesto que todo el mundo sabe que hay candidatos, presentados hace años, de gran categoría. Muchas gracias por sus indicaciones.

No iba nada desencaminado Juan Ramón al suponer que Dethorey sería «algún desterrado de los muchos que andan por el mundo». Efectivamente, Ernesto Dethorey era un republicano español que no quiso regresar a España mientras hubiera dictadura y que, de hecho, no volvió hasta 1978. Dethorey había nacido en Barcelona en 1901, pero desde 1920 vivió en la isla de Mallorca, donde en 1927 contrajo matrimonio con Gertie Börjesson, de nacionalidad sueca, con la que más tarde fijó su residencia en Estocolmo. En Suecia ejerció el periodismo, y trabajó como traductor y profesor de español.²²

El 19 de julio, dos días después de contestar a Jiménez Fraud, Zenobia escribe a Ernesto Dethorey. En la carta (que por su importancia reproduzco al final de este libro), Zenobia se expresa con similares argumentos:

Muy señor mío:

Hemos recibido una carta de don Alberto Jiménez Fraud, de Oxford, en la que nos trasmite el deseo de usted de publicar en ese país unos artículos relacionados con la concesión de un Premio Nobel de Literatura para mi marido, Juan Ramón Jiménez.

²² Para más información sobre este extraordinario personaje, véase Carlos Meneses, *Amor a la llibertat. Ernest M. Dethorey (1901-1992)*, Palma de Mallorca, Institut d'Estudis Baleàrics, 1995.

Él está enfermo hace una temporada y por eso escribo yo en su lugar.

Ante todo queremos darle a usted las gracias por su buena intención. Y ahora vamos al asunto: mi marido no ha presentado ninguna candidatura para dicho premio. Hace dos o tres años que se vienen publicando, en España y en Hispanoamérica, artículos sobre este asunto [...].

A continuación, Zenobia le comenta a Dethorey que Jiménez Fraud le enviará la antología de J. B. Trend, le da una lista de algunos ensayos esenciales sobre la obra del poeta y añade: «Escribimos a don Juan Guerrero Ruiz, Hermosilla, 44, Madrid, para que le envíe a usted una copia de la bibliografía que él tiene hecha».

Zenobia hizo de inmediato la gestión a la que alude, y en carta del 18 de julio a los Guerrero, escribe:

En este momento me llega una petición de datos sobre J. R. para un señor Ernesto Dethorey —Sveavägen, 86, Estocolmo—, que piensa hacer una serie de artículos en la prensa sueca sobre el supuesto Premio Nobel. Nosotros le hemos escrito pidiéndole que concrete algo de lo que desea. Como no tenemos duplicado de la mayor parte de las cosas, le agradeceríamos mucho que usted le enviara de nuestra parte lo que considere más importante de lo publicado en España en estos últimos años sobre J. R., por ejemplo, los artículos de Gullón en *Ínsula* y los *Cuadernos Hispanoamericanos* cuyo número no hemos recibido todavía. Un ejemplar de la antología de Onís, si fuera posible, una copia de la bibliografía de usted, suponiendo que tenga usted más de una o una selección de los autores más distinguidos y cualquier otra cosa que usted considere que pueda ser útil a este señor. Por nuestra parte, nosotros le enviaremos todo lo que podamos de lo de por aquí. Nosotros le deci-

mos que se ponga en relación con usted sobre este asunto, ya que usted conoce lo que se ha hecho por allí mejor que nosotros.²³

A pesar de la diligencia y eficacia de Zenobia —y, por añadidura, de Guerrero y Alberto Jiménez Fraud— en cumplir con Dethorey, éste no le contestó en aquel momento ni en los meses posteriores. Así se lo comunica la mujer del poeta a Jiménez Fraud en carta del 13 de septiembre de 1950: «Contesté inmediatamente al señor cuyas señas en Estocolmo me envió usted, indicándole libros, revistas, etc., que podía enviarle si le interesaban, pero no me ha contestado»²⁴.

Efectivamente, Dethorey no respondió en aquel momento a Zenobia. Sin embargo, sí lo hizo después, aunque cinco años más tarde. En carta de 24 de abril de 1955, el periodista escribe, avergonzado por la tardanza de su respuesta:

Muy distinguida y respetada señora mía:

Es con cierto rubor que le escribo estas líneas pues hace cinco años que estoy en deuda con usted y con su esposo, sobre el cual he querido desde hace este tiempo escribir un artículo. Por fin lo he escrito, y tengo mucho gusto en enviarles tres ejemplares del mismo, uno de ellos en la página sin recortar, para que vean cómo ha salido el artículo en la página cultural del prestigioso diario liberal de Gotemburgo *Göteborgs Handels- och Sjöfartstidning*, considerado como el *Manchester Guardian* de Suecia.

De todos modos, Dethorey no se había quedado de brazos cruzados, y en la carta relata lo hecho durante ese tiempo y argumenta el porqué de su tardanza:

²³ Zenobia Camprubí, *Epistolario I*, cit., pág. 840.

²⁴ Carta inédita. Archivo familiar de Alberto Jiménez Fraud.

Como ya le digo al principio, hace mucho tiempo que quería escribir este artículo, pero no encontraba oportunidad para ello. Los suecos se hubieran molestado si yo hubiera intentado descubrirles a su esposo, y esto hubiera sido contraproducente con vistas a la candidatura al Premio Nobel. Pero el poeta sueco Hjalmar Gullberg, traductor también de Gabriela Mistral, ha traducido algunos poemas de su esposo y se va a publicar la traducción de *Platero y yo*. Además, el traductor de esta obra —Häggqvist— hizo una presentación de su esposo en la radio sueca, leyéndose algunos de los poemas traducidos por Gullberg. He creído, pues, que éste era el momento para escribir el artículo. Ahora puedo decir, como digo en el mismo, que «los suecos han empezado a descubrir a Juan Ramón Jiménez».²⁵

Vemos, pues, cómo Ernesto Dethorey, afincado desde hacía años en Suecia y conocedor del ámbito cultural en el que se movía, prefirió dejar que los suecos «descubrieran» a Juan Ramón por ellos mismos y no adelantarse; sin embargo, si analizamos a fondo el papel de Dethorey, nos daremos cuenta de que en muchos sentidos contribuyó en gran medida a ese descubrimiento.

El 1 de noviembre de 1951 Dethorey dio una conferencia en Estocolmo con el título «Juan Ramón Jiménez, místico de la poesía», y así se lo comunica a Zenobia en la carta citada: «Con motivo del 70 aniversario de su esposo di una conferencia sobre él, en español, en la Borgarskola de Estocolmo, que es la escuela de idiomas subvencionada por la municipalidad, escuela en la que he sido profesor y examinador durante veinte años». Del

²⁵ La carta, inédita hasta hoy, se guarda en al Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez. Por su importancia la doy completa al final de este volumen.

mismo modo, en mayo de 1953, había publicado un artículo en la prensa sueca sobre «La suerte de los intelectuales españoles»,²⁶ en el que afirmaba de forma concluyente: «ahora que Lorca y Machado están muertos, sólo queda Juan Ramón Jiménez a la cabeza de la poesía española. [...] Ha ejercido gran influencia sobre los poetas españoles modernos, siendo actualmente el único nombre español con verdadera categoría de Premio Nobel». No obstante, la aportación ensayística más importante de este escritor al conocimiento de Juan Ramón Jiménez en Suecia es el artículo que escribe en el mismo periódico el 22 de abril de 1955, titulado «Un poeta esencial»,²⁷ y que es el motivo principal de su carta a los Jiménez. Cuando el 24 de abril de 1955 Dethorey escribe a Zenobia lo hace para comunicarle la publicación de este texto, así como sus actividades anteriores para dar a conocer la obra del poeta de Moguer en Suecia.

La carta de Dethorey señala algunos de los hechos fundamentales que ocurrieron en los años que median entre la carta que le escribió Zenobia en julio de 1950 y la suya de abril de 1955. El periodista catalán cita dos artífices fundamentales que habían hecho posible que la obra de Jiménez se conociera mejor en Suecia: Hjalmar Gullberg, célebre poeta y académico sueco, y Arne Häggqvist. La conferencia de este último, con la lectura de las traducciones al sueco de poemas de Juan Ramón, son el prelude del importante artículo que Häggqvist publicaría al final de ese mismo año en la revista literaria *Bonniers Litterära Magasin*,²⁸ y de las traducciones de dieciséis poemas de Juan

²⁶ *Göteborgs Handels- och Sjöfarts-Tidning*, Gotemburgo, 6 y 7 de mayo de 1953.

²⁷ *Göteborgs Handels- och Sjöfarts-Tidning*, Gotemburgo, 22 de abril de 1955. Reproduzco el artículo en edición de Matica Goulard en la tercera parte de este volumen.

²⁸ Arne Häggqvist, «Juan Ramón Jiménez», *Bonniers Litterära Magasin*, Estocolmo, diciembre de 1955, págs. 816-819.

En väsentlig skald

För några år sedan sedan pågick i Frankrike en debatt om den nya poesi. Juan Ramón Jiménez tyckte inte att adjektivet var det rätta. I stället för "en poesi" föredrog han att kalla den "naken poesi".

Och han tog av sig tanken och visade sig helt naken...
O mitt ära lifvän, naken poesi, som för alltid!

Denne är skalderna på ett poesi som i sin karaktär innehåller skaldens poetiska självbiografi och hans uppfattning om poesi. Poemet ingår i diktnamlingen "Estravadas" (Evligheter). Evighet, evigheter är ord som ofta förekommer i denne skalds dikter. Men inte bara i ord. Han syftar med evigheter, med väsentligheter... Och hans strövan har alltid varit att upprätta en naken poesi, naken som en avkladd staty, fri från oevnigheter, där ingenting överkommer som inte är nödvändigt för dikten. Man har spöjt om det finns någon poesi som är mera fri från lika poetiska element än hans, där de yttre uppställningarna och verkligheterna saknas i några grad, och som i ord uttrycker renare och outsläppligare äro verkligheter.

Juan Ramón Jiménez är mystiker, men hans mystik har inte ett skälf med religion i själva mening. Han är en modern skald i ordets fulla bemärkelse. Och alla är ense om att ingen har som han svävat från jättligheterna, hast att brilla, tomma ord. Han vet sitt mest och evigheten inte går att lösa. Evighet är här synonymt med stillhet. Han visar, anskakar, retschakar, riktar till han kommer den absolut fulländningen nära, till han uppnår uttrycket för det poetiska med enkelhet, med sparandet av ord, men med väskhet, med riktighet. I detta avseende har skald

och överst. I Argentina och Mexiko ger man ut böcker av och om honom. Bland de senaste arbeten som ägnats honom är en essé av den kände engelske hispanisten, professor J. B. Trend. Den inleder en vacker utgåva av 50 spanska dikter med engelsk översättning vid sidan: Juan Ramón Jiménez, Fifty Spanish Poems, With English translations by J. B. Trend (Oxford: The Dolphin Book Co., Ltd, 1956). I de spansktalande länderna i Amerika lyser man stor älskning för skalden och hans verk. Hans inflytande har betydelse för både Spanien och det spansktalande Amerikas ungdom en intellektuell och andlig höjning. Han blev "fortsättaren av den nya riktningen



("modernismo") i den spanska poesi och han har spridd den till de tjugo övriga länder där spanskan talas", säger professor Trend.

En hel skaldesgeneration, vars främsta namn är Federico García-Lorca, Rafael Alberti, Pedro Salinas, Jorge Guillén, har mycket att tacka Juan Ramón Jiménez för. Professor Trend säger också: "Han har gjort oskiftligt som hans spanska samtid även gjort, men han gjorde det först." Och tillägger som exempel att García Lorca ryktades "gömma" poesi (Romance andróbalo — Smuggla in skaldens

poesi. Den skildrar en liten kantzor, men även livet i en vit och solig ort i Andalusien. Många diktarens följelset. Amarna nämns för Platon, vilket egentligen betyder slaveriet, men är det familjära eller smeknamnet namn man ger i Spanien åt ämnen med silvergrå päls. "Platón y yo" har översatts till flera språk och är skildningsdikt i skolorna både i Spanien och det spansktalande Amerika.

Hans andra samarbete heter "Españoles de tres mundos" (Spanjorer från tre världar). "Viejo Mundo, Nuevo Mundo, Otro Mundo" (Gamla världen, Nya världen, Andra världen), d. v. s. Spanien, Amerika, Norden, och den yngre karaktärer eller porträtt av författarna, konstnärer och andra kulturgestalter: Bécquer, Duasenta, Rubén Darío, R. Menéndez Pidal, Antonio Machado, J. Ortega y Gasset, Enrique Granados, Manuel de Falla, Alfonso Reyes, Pablo Neruda (en svenskt och evigtvis hispanisk karaktär), F. García Lorca, Francisco Barral m. fl. "Rena — säger han — är skyldigt Platon vad alla våra unga målare är honom skyldiga: vad alla våra unga målare är skyldiga Falla..." Han äro de ha tillagt: Vad alla våra unga poeter är skyldiga Juan Ramón Jiménez, ty han tillhör samma generation och är av samma klass som de två världsbarnens spanjorer han nämner.

Den i december utgivna utgåvan av skalden har nu med sin tredje utgåva i Fjernländerna och på Puerto Rico, vid flera universitet han är känd. Trots att ingenting hindrar honom att försvåra, är det inte tvivligt att han, som var knuten till sådana fria institutioner som Institución Libre de Enseñanza och Residencia de Estudiantes, skaffa honom en

Fragmento del artículo de Ernesto Dethorey sobre Juan Ramón Jiménez, publicado en *Göteborgs Handels- och Sjöfarts-Tidning*, Gotemburgo, 22 de abril de 1955. Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez. Universidad de Puerto Rico.

Ramón realizadas en ese mismo número por Gullberg. Como señala Matica Goulard:

[...] los 16 poemas traducidos por Hjalmar Gullberg con el título general de «Qué cerca ya del alma» constituyeron, con seguridad, la consagración de JRJ ante el público sueco y ante la Academia. La autoridad del traductor como poeta, como uno de los dieciocho miembros de la corporación y como intérprete de otros poetas (Eurípides, Racine, Paul Claudel, Gabriela Mistral, A. Sikelianos, Goethe, Baudelaire, García Lorca, etc.) daba a esta presentación un valor especial.²⁹

A esta serie de acontecimientos debemos añadir uno de vital importancia: la publicación en 1955 de *Platero y yo* en una traducción al sueco de Arne Häggqvist.³⁰ También en esa edición la presencia de Ernesto Dethorey fue, como más adelante veremos, fundamental.

De este modo, a finales de 1955 el terreno estaba abonado para que una candidatura de Jiménez al Premio Nobel de Literatura pudiera tener éxito. Sin embargo, conviene demorarse aún más en ese largo camino de casi seis años en el que la obra de uno de los poetas decisivos en lengua española del siglo XX pasó de ser prácticamente desconocida en el ámbito escandinavo a ser considerada merecedora del Nobel.

²⁹ Matica Goulard, *Juan Ramón Jiménez y la crítica en Escandinavia*, Madrid, *Ínsula*, 1963, pág. 20.

³⁰ Juan Ramón Jiménez, *Silver och jach*, traducción de Arne Häggqvist, Estocolmo, Whalström & Widstrand, 1955.

1951. NOTICIAS DESDE RAPALLO

El 14 de marzo de 1951, Juan Ramón y Zenobia dejaron su casa de Riverdale en Estados Unidos para trasladarse definitivamente a Puerto Rico. Desde comienzos del verano de 1950, Juan Ramón estaba inmerso en una crisis depresiva que llevó a los Jiménez, siguiendo el consejo de los médicos, a decidir el viaje con la esperanza de que la vida en un país de lengua española devolviera la salud al poeta.

Zenobia y Juan Ramón llegaron a Puerto Rico el 19 de marzo. Al día siguiente, recibieron una carta de la escritora puertorriqueña Margot Arce, que, enterada de su llegada a la isla —probablemente por la prensa, que dio la noticia—, se apresuró a remitirles una carta que Gabriela Mistral, al desconocer la dirección de los Jiménez, le había enviado para que se la hiciera llegar a ellos. En su carta, la escritora chilena les escribe preocupada por las noticias que circulaban sobre la precaria salud de Juan Ramón. Zenobia le contesta el 7 de abril de 1951 y, al no recibir respuesta, le vuelve a escribir el 29 de mayo del mismo año.³¹

El 27 de junio de 1951, los Jiménez reciben otra misiva de Margot Arce a la que de nuevo adjunta una larga y cariñosa carta de Gabriela Mistral.³² Además de volverse a interesar por

³¹ Las cartas de Zenobia y Juan Ramón a Gabriela Mistral —inéditas en su mayor parte— se guardan en el archivo de la escritora chilena en la Biblioteca del Congreso de Washington. Las cito a partir de dichos originales.

³² Esta carta de Gabriela Mistral está entre las que Juan Ramón regaló a la Biblioteca del Congreso de Washington. Se publicaron en: *Cartas de Gabriela Mistral a Juan Ramón Jiménez*, Ediciones de la Torre, Publicaciones de la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, serie B, núm. 2, Puerto Rico, 1961. Las dos cartas de Margot Arce a los Jiménez se conservan en la Sala Zenobia y Juan Ramón de la Universidad de Puerto Rico y permanecen inéditas.

la salud de Juan Ramón, el tema fundamental de la carta de la poeta de *Tala* es su voluntad de impulsar seriamente iniciativas que desemboquen en un Nobel para el español:

Casella 69, Rapallo [principios de mayo de 1951]

Tan querida Z[enobia] de J. R.: yo soy animal de rumia y a ustedes dos los rumio con frecuencia. Escribo poco, o no escribo, cuando les sé en tal lugar y sin problemas grandes ni chicos. Pienso a nuestro J. R. en relación con problemas de salud que o han sido míos o lo son. [...]

Mi carta es para saber de ustedes pero también para decirles esto: El próximo P[remio] N[obel] español que venga debe ser para J. R. *Todos sabemos eso*. Debe presentar la candidatura alguien que sea muy alto en Europa y J. R. es sabido de gente europea importante. Escogida esa persona por ustedes, tenemos derecho a apoyar la candidatura los otros P[remios] N[obel]. Sólo el año pasado se nos declaró eso oficialmente por la Academia Sueca. No hay franquistas en ella y los miembros que he tratado repudian a F[ranco]. Hablé aquí hace días con una señora sueca que es jefe de la editorial primera de su país; le hablé de J. R. Lo ha leído —lee español— y lo admira mucho. Ella podrá ayudarnos también a lo de hacer ambiente «con los viejos»... Hable usted, querida, con Margot [Arce] sobre esto. Debería presentarlo el jefe del Departamento de Español de Columbia y añadir a eso los otros departamentos españoles de las universidades americanas. Sobra recordarle las nuestras. Lo de [Rómulo] Gallegos falló tal vez por torpezas. Anduvieron preparando la candidatura unos mozos medio alocados. Parece que G[allegos] no se presenta de nuevo. Lo de Alf[onso Reyes] fracasó por la raíz; no premian el ensayo. Solamente lo dieron a Bergson y después advirtieron que «se habían salido de lo dispuesto por Nobel»;

que se premie la creación pura y no el ensayo. Se lo hice saber con fineza a Alf[onso] y él tuvo una respuesta dura e incrédula, cosa que me apenó, porque yo lo he tratado siempre con una confianza de hermano. Adhirieron todas las Academias y casi todas las universidades de la América Española. Pero a la Academia Sueca le importan poco las Academias... (La chilena no adhirió a lo mío sino... pasado el tiempo y con una exigencia vergonzante de mi Gobierno —el cual hizo todo y no por deseo mío ciertamente.)

Dígame cuatro letras sobre este asunto. Si lo hacemos debe ser con miras al año 52 o al 53. Disponer de mí como de una buena criada: mandarme con toda confianza, en toda confianza.

Perdone lápiz y letra, querida: la tinta me irrita la vista.

[...]

Gabriela

Dígame si J. R. desea algunos libros italianos. Un abrazo tierno y fuerte a la vez para mis dos bien queridos.

Gabriela

P. S. Para buscar yo las firmas italianas, debo tener libros de J. R. ¿Los pido a librerías españolas o argentinas? ¿A cuáles? Basta darme nombres y direcciones, yo haré el resto.

Serán los libros que él escoja y yo los entregaré «por mano» (los de Roma y Nápoles) los demás saldrán por correo desde Nápoles.

Zenobia responde a la escritora chilena el mismo día que recibe la carta de Margot Arce. En las primeras líneas, nos descubre la fecha de la de Gabriela Mistral.



Juan Ramón Jiménez con Gabriela Mistral, Washington D. C., 1946. Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico.

Querida Gabriela: en este momento me trae el cartero su carta, que aunque no lleva fecha, tiene en el matasellos del sobre que venía incluido en una de Margot, la fecha del 6 de mayo.

Al principio, Zenobia contesta a la preocupación de Gabriela por Juan Ramón, y más adelante añade:

De lo que me dice del Premio Nobel, tengo que contestar por mi cuenta porque Juan Ramón no lo hará. Lo de Columbia por razones particulares no puede ser, pero (como me doy cuenta del inmenso bien moral que para J. R. sería y que nos daría ocasión de dejar todo «pot boiling» y dedicarnos a organizar y editar la cantidad de obra inédita —que en la actualidad descansa en la Biblioteca del Congreso—) creo que de hacerlo alguna cabeza de entidad americana, nadie como [Luther] Evans, director de la antes mencionada Biblioteca del Congreso, que ha ofrecido su hospitalidad a la Obra de J. R.

Zenobia sugiere otras personalidades que podrían aconsejar o ayudar a una candidatura para el Nobel. Y cita entre otros a Jaime Benítez, rector de la Universidad de Puerto Rico —«amigo más incondicional no lo hay y tal vez a él se le ocurrirá algo cuando llegue de su viaje a Europa formando parte del equipo norteamericano de Unesco»—, a J. B. Trend en Cambridge, a Francisco Aguilera en Washington, a Eduardo Mallea en Argentina, y, en Italia, donde residía Mistral, a los escritores italianos Carlo Bo y Rinaldo Froldi. Zenobia no insiste mucho en el tema, pero más adelante, hablando de la frágil situación psíquica del poeta, añade: «no le digo nada de la inyección de optimismo que le daría el P[remio] N[obel]».

Cuando Zenobia escribía esta carta, a finales de junio de 1951, Jaime Benítez estaba, efectivamente, de viaje por Europa. En su

estancia en Italia, el rector visitó a Gabriela Mistral y hablaron del poeta español. Así se lo cuenta Zenobia a los Guerrero en carta de 16 de agosto de 1951, tras el regreso de Benítez y su mujer a Puerto Rico:

Vieron a Gabriela Mistral, que, claro, preguntaba muy inquieta por JR (Gabriela es una de las que escribe que quiere apoyar a JR para el Premio Nobel). Ahora se ha ido de Rapallo a Nápoles y tardé mucho en contestarle, porque no sabía que sus señas eran «American Express», mientras no tengan otras más definitivas.³³

La relación epistolar entre Zenobia y Gabriela Mistral continuó, aunque algunas de las cartas se han perdido. Juan Ramón no pudo contestar hasta enero de 1953³⁴ a la amable carta de la escritora chilena en la que se preocupaba por él y planteaba el tema del Nobel. Esa carta de Juan Ramón es la más tardía de las que de él y de Zenobia se conservan en el archivo de la escritora en la Biblioteca del Congreso de Washington. Sin embargo, la última referencia a Mistral que encontramos en los diarios de Zenobia es una nota del 1 de febrero de 1956 (precisamente cuando terminaba el plazo para la presentación de candidaturas a la Academia Sueca) en la que escuetamente dice: «contesté a Gabriela Mistral»³⁵. Desgraciadamente, ni la carta de Mistral ni la de Zenobia están en sus respectivos archivos.

Del mismo modo que Ernesto Dethorey, a pesar de su silencio epistolar, continuó con su labor en pro del conocimiento de Juan Ramón en Suecia, es muy probable que también lo

³³ Zenobia Camprubí, *op. cit.*, pág. 919.

³⁴ Véase más adelante la página 83.

³⁵ Zenobia Camprubí, *Diario 3. Puerto Rico (1951-1956)*, edición de Graciela Palau de Nemes, Madrid, Alianza, 2006, pág. 251.

hiciera Gabriela Mistral. Las buenas intenciones, expresadas en la extensa y cálida carta antes citada, y el contacto directo que la escritora chilena tenía con el mundo cultural sueco desde que recibiera el Premio Nobel en 1945, así lo permiten suponer.

Después de esa fecha, Mistral mantuvo una relación epistolar amistosa con el académico sueco Hjalmar Gullberg, quien, antes de que a ella le fuera otorgado el Nobel, había traducido y dado a conocer su poesía en Suecia, del mismo modo que luego hizo con la de Juan Ramón.

Cuando Gabriela Mistral fue informada por un periodista sueco sobre el Premio Nobel de Literatura de 1956, declaró lo siguiente:

Juan Ramón Jiménez es un poeta nato, uno de esos que nacen un día con la misma sencillez con que brillan los rayos del sol, uno que pura y simplemente ha nacido y dado de sí mismo, inconsciente de sus prendas naturales. No sabemos cuándo nace un poeta semejante. Sólo sabemos que un día lo encontramos, lo vemos, lo oímos, igual que vemos un día florecer una planta. A esto lo llamamos un milagro.³⁶

En cuanto a Gullberg, uno de los aspectos que subrayará con más vehemencia en la parte final de su discurso en la Sala de Conciertos de Estocolmo el día de la entrega del Premio Nobel será precisamente el que hace referencia al magisterio del autor de *Piedra y cielo* en los poetas más jóvenes de España e Hispanoamérica, citando de forma especial a Gabriela Mistral:

³⁶ Es importante señalar que el propio Gullberg cita también estas palabras de Gabriela Mistral al final de su discurso del 10 de diciembre de 1956 en la Sala de Conciertos de Estocolmo (véase la tercera parte del libro: «Documentos», VIII).

Rafael Alberti, Jorge Guillén, Pedro Salinas y otros que han escrito sus nombres en la reciente historia de la poesía española han sido sus discípulos; Federico García Lorca es también uno de ellos, lo mismo que los poetas hispanoamericanos, con Gabriela Mistral a la cabeza. [...] Para una generación posterior de poetas de ambas orillas del océano que separa y une a la vez a los países hispánicos, ha sido un maestro —el maestro, sencillamente—. Cuando la Academia Sueca rinde homenaje a Juan Ramón Jiménez lo rinde a toda una época de la gloriosa literatura española.

Pero hay un testimonio excepcional que, aunque publicado, apenas ha tenido trascendencia en los estudios biográficos sobre el poeta de Moguer, y que nos permite corroborar que el interés de Gabriela Mistral y su fidelidad hacia su maestro y amigo fueron decisivos para el conocimiento de éste en los medios académicos suecos. Se trata del artículo de Matica Goulard titulado «Juan Ramón Jiménez y el Premio Nobel»³⁷. En él, la escritora española afincada en Suecia relata cómo en diciembre de 1955, al ver los poemas de Juan Ramón Jiménez traducidos por Hjalmar Gullberg en *BLM*, recordó la conversación que había tenido con el académico sueco años antes, con motivo de la concesión del Nobel a Gabriela Mistral. El documento es sorprendente y extraordinariamente revelador para lo que nos ocupa, por lo que reproduzco un fragmento extenso de él:

En los primeros días del mes de diciembre del año de 1945, había llegado a Gotemburgo en un barco sueco, desde el Brasil, la poe-

³⁷ Matica Goulard de Westberg, «Juan Ramón Jiménez y el Premio Nobel», *Boletín de la Asociación Europea de Profesores de Español*, año XV, núm. 28, Madrid, primavera de 1983, págs. 75-77.

tisa chilena. El agregado cultural de la Embajada de Suecia en el Brasil, Nils Hedberg, era mi jefe en el Instituto Iberoamericano y me había encargado que la recibiese y le sirviese de guía e intérprete en la ciudad. Por deseo de ella la acompañé también a Estocolmo y estuve a su disposición hasta que tomó el avión para París diez días después.

En el salón del Gran Hotel de Estocolmo, recién bajada del tren de noche, Gabriela Mistral debía encontrar a su traductor que era el mismo poeta Hjalmar Gullberg, que iba a representar un papel tan importante, años después, en la concesión del Nobel a Juan Ramón Jiménez. Yo asistí como intérprete a este primer encuentro casi dramático.

Muchos de los presentes habrán visto la fotografía de Gabriela Mistral: era una mujer alta y fuerte con un magnífico perfil de cacica india. Días después, en la cena de la editorial, un conocido escritor sueco, Frans G. Bengtsson, la bautizó con el nombre de La Sibila Cumana, porque le recordaba el perfil de ésta en el fresco de la Capilla Sixtina. Hjalmar Gullberg era un hombre bajo, moreno, con las sienes plateadas, elegante y atildado. Estaba en la cumbre de su popularidad como poeta.

—Ya sé, ya sé —empezó Gabriela— que le debo a usted la concesión del Premio Nobel. Me han dicho que su traducción es mejor que mi original. (Era efectivamente muy buena y Hjalmar Gullberg mostró su satisfacción.) Pero —añadió Gabriela— el Premio no me lo debieron haber concedido a mí, sino a Juan Ramón Jiménez que se lo merece mucho más. Sí, sí, todos somos discípulos suyos.³⁸

³⁸ Estas palabras de Gabriela Mistral fueron recogidas por la prensa y tuvieron un eco posterior que llega incluso hasta la propia concesión del Nobel a Juan Ramón en 1956. Así, el célebre escritor sueco y buen conocedor de la literatura en lengua española Artur Lundkvist, en un artículo publicado en el *Morgon-Tidningen* de Esto-

La cara de Hjalmar Gullberg expresaba la más profunda sorpresa y el más extraordinario desconcierto. Por suerte, los periodistas irrumpieron con sus cámaras y Hjalmar Gullberg se volvió a mí y me dijo en sueco:

—¿Quién ha dicho?

Entre fognazo y fognazo yo traté de darle una idea rápida de lo que significaba Juan Ramón Jiménez. No sé si se enteró en aquel momento, pero en los días siguientes en comidas y visitas tuvimos ocasión de volver a hablar y sonaron los nombres de otros poetas españoles, especialmente el de García Lorca, que él había traducido en parte.

No vi a Hjalmar Gullberg en los años siguientes, pero cuando leí la traducción de los 16 poemas, en el número de *BLM* en diciembre de 1955, recordé la cara de sorpresa del poeta sueco en aquel encuentro dramático. No me cupo la menor duda de que la frase lanzada por Gabriela Mistral, casi como un exabrupto, había fructificado, y ahora Hjalmar Gullberg sabía muy bien quién era Juan Ramón Jiménez.

El testimonio de Matica Goulard acerca del momento en que Gullberg tuvo la primera noticia de la existencia y de la importancia de Juan Ramón Jiménez de boca de Gabriela Mistral es, por la inmediatez que revela y por su carácter gráfico —«la frase lanzada por Gabriela Mistral, casi como un exabrupto, había fructificado»—, extraordinariamente importante. Tardaría aún algunos años la Academia Sueca en tener en cuenta al poeta español como

colmo el 26 de octubre de 1956, escribía: «Todavía cuando Gabriela Mistral recibió el Premio Nobel, dijo: “Todos somos sus discípulos” y consideró que se le debía haber concedido el premio». Citado en Matica Goulard, *Juan Ramón Jiménez y la crítica en Escandinavia*, cit., pág. 90.

candidate para el Nobel, pero no cabe duda de que hay elementos para pensar que la relación de Gabriela Mistral con Hjalmar Gullberg y con el ámbito cultural sueco pudo ser un factor decisivo para el desenlace de los acontecimientos. Al menos así lo pensaba Matilde Goulard de Westberg cuando, al final del artículo citado, afirma: «Hay una cantidad de imponderables coincidencias y casualidades, difíciles de tener en cuenta a la hora de explicarse la elección del candidato. Pero es interesante comprobar que, en el caso de Juan Ramón Jiménez, la honradez literaria de una poetisa chilena pesó más que cualquier otra razón».



Matilde (Matica) Goulard de Westberg, Gotemburgo, hacia 1950. HT-Bild, Gotemburgo, Suecia.

1952. LA ACADEMIA SUECA Y CECIL M. BOWRA

Uno de los aspectos que más caracterizan el proceso de elección de los candidatos al Premio Nobel es la voluntad de que todo se haga con la mayor discreción y secreto. La Academia Sueca ha sido siempre extraordinariamente celosa de su independencia. Las formas de nominación son varias, pero es importante tanto para los que nominan, como para los que son propuestos, que el asunto se trate con secreto. Respecto al tema de cómo se ha de solicitar una candidatura, y según los reglamentos básicos, tienen competencia para ello los miembros de la Academia Sueca y de otras academias e instituciones similares, así como los catedráticos de Literatura de universidad, presidentes de organizaciones literarias representativas de un país y escritores que hayan sido galardonados en años anteriores.

Ya hemos visto cómo la candidatura de Ortega y Gasset, promovida por la Real Academia Española para 1951, no tuvo éxito. En el caso de Juan Ramón Jiménez, ninguna de las propuestas que se habían publicado desde 1948 se tradujo en una candidatura oficialmente presentada.

A principios de 1952 la Academia Sueca escribió una carta a C. M. Bowra —prestigioso erudito y catedrático de la Universidad de Oxford, que además era entonces vicerrector de la misma— pidiéndole su opinión sobre qué escritor le parecía merecedor del Premio Nobel de Literatura de aquel año. Este tipo de consultas a grandes personalidades del ámbito académico se daba entonces y se ha seguido dando después. En el caso de Bowra, la Academia Sueca sabía de su autoridad y profundo conocimiento de la poesía moderna. La respuesta a la demanda de la Academia de una personalidad como la de Bowra se convertía, pues, de inmediato, en una candidatura en toda regla, sin que fuera necesario otro trámite.



C. M. Bowra en su residencia de Wadham College (Oxford), hacia 1960. Wadham College, Oxford.

En los archivos de la Academia se conserva la carta con la que el escritor británico respondió a dicha demanda. Su consejo es rotundo y expresa su opinión sin ambages. Bowra propone como Premio Nobel de 1952 al poeta español Juan Ramón Jiménez, del que entre otras cosas afirma: «En mi opinión es el más grande poeta vivo y gran merecedor de este honor». Por la importancia de la carta, la doy aquí traducida.³⁹

Wadham College
Oxford
Del Vicerrector

7 de febrero (enero) de 1952

Señores:

Les agradezco su petición para que les proponga un nombre para el Premio Nobel de Literatura. ¿Podría sugerirles el del poeta español Juan Ramón Jiménez, que reside ahora en Washington D. C., Estados Unidos? En mi opinión es el más grande poeta vivo y merece sin duda este honor por las siguientes razones:

1. Sus logros creativos han sido muchos, originales y de gran relevancia. Desde que empezó a publicar a finales del siglo pasado, ha escrito una serie de libros, cada uno perfecto a su manera y lleno de una poesía extraordinariamente pura, a la vez vital, sensible y profunda. Ha desarrollado muchas cualidades insospechadas en la lengua española y ha creado muchas expresiones nuevas de música verbal.
2. Su influencia sobre sus compatriotas ha sido enorme y la gran explosión de la poesía española entre 1919 y 1936 es en gran par-

³⁹ Reproduzco el original de la carta en la documentación final de este libro.

te debida a su ejemplo e inspiración. García Lorca, por ejemplo, le debía mucho.

3. Es el último superviviente de la heroica «generación de 1898», que resucitó la literatura española y que incluía entre sus miembros a Unamuno y a Antonio Machado. Un homenaje a él sería un homenaje a esa gran generación.

Con la esperanza de que examinarán con la mayor seriedad esta propuesta,

atentamente suyo,

C. M. Bowra

Las palabras de Bowra tuvieron un efecto inmediato, y la impresión que produjeron en el Comité del Nobel motivó una segunda carta del secretario de éste —Uno Willers— al escritor inglés pidiéndole que ampliara su informe sobre el poeta español. En su respuesta,⁴⁶ Bowra amplía, matiza y opina, demostrando conocer bien la obra de Jiménez y su influencia en la poesía en lengua española del siglo XX.

Wadham College, Oxford

Del Vicerrector

23 de marzo

Estimado doctor Willers:

Muchas gracias por su carta del 19 de marzo. Acepto con agrado su sugerencia de escribir mi opinión sobre Juan Ramón Jiménez.

Nació en 1881 y vivió en España hasta 1936, cuando a raíz de la guerra civil española emigró a Estados Unidos, donde ahora resi-

⁴⁶ Reproduzco el original de la carta en la tercera parte de este volumen.

de. De joven fue notablemente prolífico y, aunque en los últimos años ha escrito menos, su última obra no muestra menor fuerza. Su singularidad en la poesía moderna es que ha combinado «la poesía pure», como era conocida en su juventud, con una rica humanidad y un amplio registro de experiencia imaginativa. Siempre ha sido un consumado artífice, igualmente cómodo en las formas tradicionales como en su propio estilo de verso libre; a cualquier forma que adopte le infunde la más extraordinaria delicadeza visual e imaginativa a un tiempo. A pesar de que sus temas son a primera vista bastante sencillos, muestra su poder a través de lo que en ellos encuentra, debido a la enorme variedad de sus respuestas a la experiencia, y a la extrema delicadeza y sutileza de su representación. Cada uno de sus libros es una obra de arte bien concebida y trata con una serie de experiencias específicas, pero cada uno de sus libros es distinto del anterior porque en él explora nuevos temas. Así, sus *Pastorales* representan la mejor poesía de la naturaleza escrita en este siglo, mientras que sus *Sonetos espirituales* abarcan un hondo e íntimo espacio de religión personal. En su última obra ha desarrollado una concisión y una intensidad que me hacen recordar a W. B. Yeats en la cumbre de su arte. A pesar de que su poesía es esencialmente lírica y personal, está siempre en tonalidad mayor, nunca es sentimental, falsa o limitada. Siempre ha sido fiel a su creencia de que la poesía debía ser poesía y nada más, pero ello en ningún modo ha agotado su inspiración o lo ha vuelto esotérico o cursi, como ha pasado con otros. De algún modo es el último gran poeta tocado por el movimiento simbolista. Como los grandes simbolistas, su visión es en el fondo mística pero permanece en contacto con la vida real y con lo humano. Su *Antología poética*, publicada en Buenos Aires en 1945, contiene una selección personal de su propia poesía y es uno de los grandes libros de nuestro tiempo. Pero

sus logros van más allá de esto, y en cada uno de sus volúmenes desde *Anunciación* en adelante, hay un tesoro de poderosa, auténtica poesía. Es en muchos aspectos un audaz experimentador, pero es tal la maestría de su arte que ninguno de sus experimentos parece fuera de lugar o imperfecto. No puedo pensar en nadie que merezca más un Premio Nobel.

Atentamente,

C. M. Bowra

En las deliberaciones de los miembros del Comité del Nobel las palabras de C. M. Bowra tuvieron un efecto fundamental y, en muchos sentidos —como más adelante veremos— indeleble, aunque no llegara a ser definitivo aquel año para decantar la balanza a favor del poeta español.

Como es sabido, el Premio Nobel de 1952 fue concedido al escritor francés François Mauriac. Se presentaron cuarenta candidaturas. De ellas, la de Juan Ramón no era la única propuesta para un escritor español; hubo otra importantísima que no era la primera vez que se presentaba ni sería la última: la de Ramón Menéndez Pidal. La petición del Nobel para el gran erudito español estaba apoyada por la Real Academia Española, la Academia Argentina de las Letras, la Academia Chilena de la Lengua y por otras cien instituciones y particulares. En contraste con ese apoyo abrumador, la candidatura de Juan Ramón sólo tenía un mentor: C. M. Bowra, «catedrático de Poética de la Universidad de Oxford».

Ajena, como en el caso de Jiménez, a la España oficial, se presentó también ese mismo año una propuesta de Nobel para otro ilustre exiliado español: el escritor, historiador y político republicano Salvador de Madariaga. La candidatura venía apoyada por una sola persona, el catedrático Sigurd Erixon de la Real Acade-

mia Sueca de las Bellas Letras. Por último, sorprende la candidatura de la escritora Concha Espina, propuesta por Jacinto Benavente, Gerardo Diego, José María Pemán y otros miembros de la Academia Española, así como por la Real Academia de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes de Córdoba. Otros escritores en lengua española propuestos ese mismo año fueron el poeta mexicano Enrique González Martínez, nominado por la Academia Mexicana, y el escritor argentino Manuel Gálvez, apoyado por la Asociación de Escritores Argentinos.

En el informe del Comité del Nobel de 1952, su presidente, Anders Österling,⁴¹ se decanta en primer lugar por François Mauriac, valora también las candidaturas de Nikos Kazantzakis y, muy especialmente, la del escritor alemán Albert Schweitzer,⁴² pero prefiere situar en segundo lugar la propuesta de un Nobel para Menéndez Pidal, subrayando entre otras cosas el apoyo constante y renovado que ésta ha recibido y la avanzada edad del escritor, aunque haciendo hincapié también en el motivo fundamental por el que su candidatura había sido hasta entonces rechazada: el hecho de que se tratara de un gran erudito y escritor académico, pero no propiamente de un creador. Así, en su informe, Österling afirma:

La candidatura de Ramón Menéndez Pidal se ha venido descartando durante mucho tiempo, sobre todo a causa de las reticencias de la Academia a salirse de la estricta área de valoración que corresponde al premio, es decir, la propia literatura. El enérgico apoyo que ha recibido esta candidatura por parte del mundo de habla hispana y la romanística internacional

⁴¹ Österling fue secretario permanente de la Academia Sueca de 1941 a 1964 y presidente del Comité del Nobel de 1947 a 1970.

⁴² Albert Schweitzer acabaría recibiendo el Premio Nobel de la Paz de ese año.

debería influir y hasta exigir la reconsideración de esta propuesta, antes de que sea demasiado tarde. En el caso de que la Academia se sienta de alguna manera obligada a tomar en consideración un pronunciamiento nacional tan potente, huelga decir que no se puede pasar por alto la cantidad ingente de testimonios que nos ha llegado sobre la relevancia de Pidal en el ámbito de la cultura española, ni se pueden calificar como el mero resultado de una propaganda hábilmente organizada.

Aun para un lego en la materia, resulta bastante fácil hacerse una idea de sus brillantes cualidades como escritor académico. En su obra se fusionan una amplia perspectiva y la destreza en la exposición, que también puede definirse como creación. Podría haber dudas sobre si sus famosas investigaciones acerca de El Cid y sus descubrimientos de las fuentes de los cantares de gesta españoles realmente se ajustan a un Premio Nobel de Literatura. Es evidente que deben ser consideradas en primer lugar como una hazaña interna de la investigación española en las Ciencias Humanas. Pero hay que recordar también que a otros romanistas franceses de calado como Gaston Paris y Joseph Bédier también se les descartó, a pesar de que los dos, cada uno en su momento, fueron propuestos para este galardón.

La constatación por parte del presidente del Comité de que en su momento las candidaturas de Gaston Paris y Joseph Bédier habían sido descartadas por los mismos motivos que se podrían aducir para que la de Pidal no prosperara, parece definitiva a la hora de decantarse por Mauriac; sin embargo, el presidente de la Academia plantea otro argumento a favor de Pidal que no tiene tanto que ver con la obra de éste como con el hecho de que, desde que en 1901 se instituyera el Premio Nobel, éste sólo se



Ramón Menéndez Pidal y Juan Ramón Jiménez fotografiados por José María Chacón y Calvo en el malecón de La Habana, marzo de 1937. Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico.

hubiera otorgado en dos ocasiones a autores españoles: José Echegaray en 1904 (ex aequo con Frédéric Mistral) y Jacinto Benavente en 1922:

Si bien estoy dispuesto, aun así, a recomendar la candidatura de Pidal en segundo lugar después de Mauriac, lo hago no sin señalar un hecho objetivo: que la literatura de España en sí solamente ha sido galardonada con dos, mejor dicho, con un premio y medio, y que probablemente pasará mucho tiempo antes de que vuelva a ser propuesto un escritor español que cumpla con un grado de exigencia comparable. Las dudas en torno a la edad de Pidal quedarían compensadas, en mi opinión, por la satisfacción de poder rendir homenaje, a través de su persona, a las grandes tradiciones culturales de España.

Al hilo de esta argumentación, Österling, consciente de la presencia por vez primera de Juan Ramón Jiménez entre los candidatos al Nobel, poeta que muy bien podría cubrir ese vacío de más de treinta años en el reconocimiento de la Academia hacia la cultura española, señala:

El compatriota de Pidal, Juan Ramón Jiménez, cuenta con un apasionado defensor en un experto inglés en poesía, el profesor Bowra. No cabe ninguna duda de que nos encontramos ante un poeta de un refinamiento excepcional, de un músico de la lengua que ha conseguido hacer realidad el ideal de la poesía pura y que, visto históricamente, ha sido el padre de un nuevo movimiento de la poesía española moderna.

Hasta aquí Österling sigue fielmente, y parece que comparte, la opinión de Bowra, pero las palabras que añade a continuación —con las que paradójicamente se contradice a sí mismo— muestran

su verdadera opinión y su escaso conocimiento de la obra del poeta español:

No obstante, su producción es en su mayor parte de carácter herético, dirigida a un público elitista y por esta razón parece menos indicado para representar, dadas las circunstancias, una aportación de alcance mundial. Es esta razón la que me impide dar mi apoyo a esta propuesta.

En las deliberaciones que revela el informe del Comité del Nobel, se constata que Sigfrid Siwertz, otro de sus miembros, dio su apoyo a la opinión de Österling de situar en primer lugar a Mauriac y en segundo a Menéndez Pidal, pero a diferencia del secretario permanente de la Academia y presidente del Comité del Premio Nobel, no tuvo en cuenta en sus argumentaciones la candidatura de Juan Ramón Jiménez.

Muy distinto es el caso Hjalmar Gullberg. Este poeta y académico sueco también considera que, de las candidaturas de 1952, las dos principales —entre las que se ha de dirimir el Nobel— son las de Mauriac y Pidal. No obstante, subraya con mucha más vehemencia la importancia de una candidatura como la de Juan Ramón, al insistir en lo ya expuesto por Österling sobre la poca atención de la Academia hacia la literatura española:

Al igual que el señor Siwertz, el abajo firmante se adhiere esencialmente a las consideraciones del presidente. En el Comité del Nobel ha habido un acuerdo unánime en situar, entre las cuarenta propuestas, Mauriac en primer lugar y Menéndez Pidal en el segundo. No obstante, me permito exponer la siguiente argumentación como alternativa a discutir: Ante la evidente dejadez de la Academia respecto a la literatura española —dos españoles galar-

donados [...] contra doce nórdicos [...]— yo habría puesto al prestigioso filólogo e historiador de la literatura en primer lugar, si no fuese por su avanzada edad. Tiene ochenta y tres años y fue precisamente el hecho de que tuviese casi la misma edad lo que hace un año impidió al pensador especialista en estética más profundo de nuestros tiempos, Benedetto Croce, recibir el Premio Nobel. *Es por esta razón que me parece oportuno tomar en consideración el nombre nuevo de la lista española de este año: Juan Ramón Jiménez. Ciertamente, no ha sido propuesto por centenares de instituciones, sino únicamente por una persona, por C. M. Bowra, pero éste es considerado por muchos como el principal especialista en la poesía moderna. Jiménez es un poeta del sentimiento, un sutil místico de la naturaleza, un Ola Hansson andaluz si se quiere. Sus versos son muy refinados, y a la vez muy etéreos. Entre sus seguidores más directos se cuentan poetas de mayor vitalidad y materialidad, como Machado y Lorca; pero éstos hallaron la muerte en la guerra civil y no pueden ser galardonados. Su maestro, el maestro de la nueva poesía española, vive en América.*⁴³

Tras esta argumentación —que denota aún un escaso conocimiento por parte del académico sueco de la historia de la poesía española del siglo XX, al situar a Antonio Machado como discípulo de Juan Ramón—, Gullberg plantea por vez primera, aunque no con suficiente contundencia, la posibilidad de un Nobel ex aequo para los dos escritores españoles: «En el caso de que Pidal fuera considerado demasiado viejo para sostener él solo el Premio Nobel y Jiménez demasiado delicado, quizás se podría contemplar la posibilidad de un ex aequo». Sin embargo, el propio Gullberg cierra el camino que él mismo abre al añadir acto seguido que no es partidario de dar un premio compartido:

⁴³ El subrayado es mío.

Como se trata de que las letras españolas tengan la posibilidad de mostrar su honor, he aquí esta propuesta contra la cual yo mismo, sin embargo, manifiesto todas las dudas que acarrea el otorgamiento de un Premio Nobel de Literatura ex aequo.

Finalmente, la Academia Sueca acabó decantándose a favor del escritor François Mauriac, al que se concedió el Premio Nobel de 1952 «por el penetrante conocimiento del alma y la intensidad artística, con las que en forma de novela ha interpretado el drama de la vida humana». No obstante, las dos cartas de C. M. Bowra habían despertado el interés de la Academia Sueca por Juan Ramón Jiménez y sin duda serían decisivas en el futuro para que su nombre no fuera ya olvidado en sucesivas convocatorias.

**1952-1954. PUERTO RICO.
TRABAJO Y CARTAS DE AGRADECIMIENTO**

La estancia en Puerto Rico de los Jiménez, desde que en marzo de 1951 llegaron a la isla, dio el resultado que los médicos esperaban y Juan Ramón, aunque muy despacio, fue recuperando su salud. Sin embargo, cuando el poeta aún estaba lejos de mejorar del todo, un hecho inesperado vino a complicar aún más sus vidas. El 23 de noviembre de 1951 Zenobia anota en su diario: «Preocupada por mi propia salud. ¡Sería un contratiempo atroz!»⁴⁴. La consulta médica y el diagnóstico fueron inmediatos: tenía cáncer de matriz. Zenobia se trasladó a Boston a finales de diciembre y el 31 de ese mes fue operada en el Massachusetts General Hospital por el doctor John V. Meigs. La operación se realizó con éxito y Zenobia, tras un mes de convalecencia en Estados Unidos, pudo regresar a Puerto Rico a primeros de febrero de 1952. El 2 de marzo, aniversario de boda de los Jiménez, Zenobia —confortada por el diagnóstico positivo de los médicos y su rápida recuperación, así como por la lenta pero progresiva mejoría de su marido— escribe en su diario: «¡36 años! Ojalá fueran 36 más, unidos, lo que nos esperara. Anoche eran más de las doce cuando J. R. me dio las buenas noches. Y me dijo: “Ya es hoy el día 2”, y me dormí con esa caricia fervorosa que me hizo. Dios mío, ¿por qué tenemos que separar nunca?»⁴⁵

A comienzos del otoño de 1952 la mejoría de Juan Ramón era ya ostensible y, en los meses de noviembre y diciembre, con la ayuda de Zenobia, retomó cada vez con mayor intensidad su labor literaria y los proyectos de edición de su obra completa

⁴⁴ Zenobia Camprubí, *Diario* 3, cit., pág. 8.

⁴⁵ *Ibíd.*, pág. 19.

que había dejado abandonados desde el verano de 1950. Se inician así para el matrimonio dos años de felicidad, los últimos que compartieron plenamente antes de entrar en el tramo final de sus vidas.⁴⁶ Son dos años en los que el poeta escribirá, además, su último libro, *De ríos que se van*, una estremecedora elegía dedicada a Zenobia («A mi mujer, por la esencia de su alma ya vista») en la que la poesía consagra para siempre ese «momento salvador», remanso final que la muerte les concedió como lo «anteterno del descanso»:

[...]

Momento salvador por un olvido
fiel como lo anteterno del descanso:

La paz de dos en uno.

Y que convierte

el tiempo y el espacio, con latido

de ríos que se van, en el remanso

que aparta a dos que viven de su muerte.

En esa misma época, Juan Ramón reanudó también su correspondencia, y las primeras cartas que escribió fueron de agradecimiento hacia aquellos que se habían preocupado por él o habían reseñado sus últimos libros durante su largo periodo de enfermedad. Una de las primeras cartas fue para Ramón

⁴⁶ Durante sus años en Puerto Rico, tanto Zenobia como Juan Ramón formaron parte del profesorado de la Universidad de Río Piedras: Zenobia desde su llegada a la isla y Juan Ramón más tarde, cuando su salud se lo permitía, dando conferencias y cursos, y, a partir de 1953, colaborando asiduamente en las revistas *Universidad* y *La Torre*. En todo ello fue fundamental la figura de Jaime Benítez, rector de la universidad y buen amigo del matrimonio, siempre atento a las difíciles circunstancias personales de los Jiménez. Él fue quien propuso que, cuando Juan Ramón tuvo que abandonar sus clases por motivos de salud, fuera nombrado «Poeta en residencia».



Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí en su casa de Hato Rey, Puerto Rico, 1953. Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico.

Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí con el gato *Copo* del doctor José García Madrid. El poeta sostiene en las manos un ejemplar del número 81 de la revista *Ínsula*, otoño de 1952. Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico.



Garciasol, agradeciéndole su artículo en *Ínsula* en el que pedía un Nobel para el poeta:⁴⁷

Río Piedras, P. R., 24 diciembre de 1952

Sr. D. Ramón de Garciasol:

Usted, mi querido amigo, escribió en *Ínsula* un artículo abogando por un Premio Nobel para este escritor que no lo merecía: un hermoso poema con mi nombre por mi libro *La estación total* y otro hermoso poema sin mi nombre pero que yo adivino que tiene trozos para mí.

Yo por el tiempo en que leí su artículo y su poema primero estaba en Buenos Aires o en Canadá; en 1950 caí muy enfermo, estuve dos años en sanatorios sin poder ocuparme de nada de mi vida verdadera. Todo lo mío se me atrasó dos años y medio y entre todo mis cartas.

Pero yo no soy de los que olvidan. Y hoy, tan vivos mi agradecimiento y mi afecto como el primer día, le doy a usted un buen abrazo de amigo.

J. R. J.

Poco después, Juan Ramón contesta también la carta que Gabriela Mistral le escribió en junio de 1951 —que, como hemos visto, en su momento contestó Zenobia— y en la que la poeta chilena planteaba que el siguiente Premio Nobel en lengua española tenía que ser para él.⁴⁸

⁴⁷ La carta se ha publicado en diferentes ocasiones. La cito siguiendo el borrador mecanografiado y con firma manuscrita del poeta que se guarda en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez.

⁴⁸ El original de la carta se conserva en el archivo de la escritora chilena en la Biblioteca del Congreso de Washington. Parto de él en mi transcripción.

[Puerto Rico,] 5 de enero de 1953

A Gabriela Mistral

Gabriela muy querida: después de dos años de corazón descompensado, empiezo a vivir de nuevo. Y una de mis primeras devociones es escribir a usted. Su carta tan buena me llegó en días muy malos. Luego, yo mejoré y Zenobia se puso mal de su fibroma, y hubo que operarla en Boston a vida o muerte.

[...]

En estos años he leído de usted cosas magníficas, y la felicito especialmente por el poema que dio usted en el número extraordinario de *Sur* en sus veinte años de vida. ¡Qué poema, qué lengua, qué visión! Me dicen hoy (Margot Arce) que usted piensa venir a Cuba a la conmemoración del grande y recto Martí. Entonces, ¿se daría una vueltecita por aquí? ¡Cómo me gustaría verla! Cuando me cuenta de enfermedades suyas, yo pienso en las mías; siempre cayendo y levantándome. Ahora trabajo todo el día y no duermo más que cuatro horas por la noche. He escrito mucho en estos últimos meses, desde que Zenobia se puso buena. Trabajo en la universidad (en un seminario sobre el mal entendido y llamado modernismo). He dado también dos conferencias y voy a dar otras dos. Las primeras fueron «Poesía abierta y poesía cerrada» y «Aristocracia inmanente»; las segundas serán «Límite del progreso» y «La razón heroica». Tengo otras que leer. Y preparo el primer libro; mil quinientas páginas de mi *Destino (1936-1953)*, *Destino* incluye toda mi escritura, prosa y verso, en cinco libros. ¿Los podré cumplir? Un buen abrazo de

J. R.

Anterior a estas dos cartas es la que el poeta escribe, el 16 de noviembre de 1952, a Ricardo Gullón, agradeciéndole los artículos

que el crítico había escrito sobre *Animal de fondo* en *Ínsula* y en *Cuadernos Hispanoamericanos*. En su carta, el poeta, enterado de la posible visita de Gullón a Puerto Rico, le anima a realizarla y le dice:

Yo le debo a usted hace mucho tiempo esta carta, que hoy le dicto a mi mujer, porque todavía me cuesta bastante escribir a mano, y que le he escrito muchas veces con mi pensamiento. [...] Los dos generosísimos artículos que usted escribió sobre mí, en estos dos últimos años, me llenaron de agradecimiento conmovido. [...] Hace dos días escribía yo a José Luis Cano la primera carta a un amigo después de mi enfermedad. Ésta es la segunda⁴⁹.

En una carta posterior al mismo crítico, fechada el 21 de enero de 1953, descubrimos ya a Juan Ramón en plena actividad, inmerso en los proyectos de edición de su obra completa, que había dejado abandonados durante más de dos años:

Estoy en una fase de gran trabajo. Me levanto a las 5h 30 y trabajo seguido hasta las 12h en mi primer número de *Destino* (1936-1953) que incluye toda mi escritura en prosa y verso de estos diecisiete años. Los otros dos volúmenes son de 1915-1936 y de 1896-1915 [...].⁵⁰

⁴⁹ Cito por el borrador de la carta que se guarda en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico.

⁵⁰ Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez. Juan Ramón trabajaba en esta época, y ya antes —en los años finales de su estancia en Estados Unidos—, en cuatro proyectos distintos para reunir su obra completa: *Destino*, *Metamorfosis*, *Sucesión* y otro, en el que quería reunir su obra en series de varios libros, sin título general. Para más información véase el prólogo a mi edición de *Lírica de una Atlántida*, cit., págs. 11-13.



Juan Ramón Jiménez con el rector de la Universidad de Puerto Rico, Jaime Benítez durante la conferencia «Poesía abierta y poesía cerrada» en el teatro de la Universidad de Puerto Rico, 3 de diciembre de 1952. Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico.

En agosto de 1953 Ricardo Gullón llegó a Puerto Rico como profesor visitante de la universidad, y permaneció en la isla hasta junio de 1955. De su estancia y de sus conversaciones con el poeta nació posteriormente el libro *Conversaciones con Juan Ramón Jiménez*,⁵¹ en el que hay pasajes muy reveladores sobre la vida y la obra de Jiménez en esa época. Las conversaciones duraron en realidad un año, de agosto de 1953 al verano de 1954, ya que en el otoño de 1954 Jiménez volvió a enfermar y tuvo que ser ingresado. En su afán por ver editados sus libros, Juan Ramón decidió volver a publicar en España y firmó contratos con tres editores —Aguilar, Ruiz-Castillo y Afrodisio Aguado— para publicar su Obra. El trabajo febril y desmedido al que el poeta se obligó durante meses para cumplir con dichos compromisos editoriales fue el motivo fundamental de que enfermara de nuevo. Por otro lado, muy pronto, los avisos de un rebrote del cáncer de Zenobia eran cada vez más alarmantes. Pero antes de entrar en esta difícil etapa en la vida de los Jiménez, conviene que —en los límites a los que nos obliga esta narración— volvamos a los meses de bonanza de sus vidas.

Como ya hemos visto, a comienzos del otoño de 1952, cuando Juan Ramón iniciaba su plena recuperación, la Academia Sueca otorgaba el Premio Nobel de Literatura a François Mauriac. Dado el estricto secreto de las deliberaciones, nada de lo que en la Academia se había hablado sobre la candidatura de Juan Ramón, propuesta por C. M. Bowra, trascendió a la opinión pública ni llegó a oídos de los Jiménez, que nunca supieron nada

⁵¹ Ricardo Gullón, *Conversaciones con Juan Ramón Jiménez*, Madrid, Editorial Taurus, 1958. De entre la abundante bibliografía de Gullón sobre el poeta de Moguer, la otra obra fundamental para el conocimiento de estos años finales es *El último Juan Ramón. Así se fueron los ríos*, Madrid-Barcelona, Alfaguara, 1968; este libro, agotado hace tiempo, se acaba de reeditar en la colección Signos de la editorial Huerga y Fierro de Madrid.

al respecto. Precisamente por ello, sorprende la conversación que el poeta mantuvo con Ricardo Gullón el 12 de octubre de 1953. Dialogando sobre el movimiento simbolista europeo, Ricardo Gullón anota:

Le hablo del libro de Bowra *La herencia del simbolismo*, donde ciertamente hay datos relativos a éste y un análisis de esta tendencia útiles para el estudio del modernismo, pues muchas de las conclusiones derivadas de aquéllos podrían perfectamente aplicarse a poetas como Antonio Machado y Juan Ramón.

—No conozco ese libro —responde—, pero sí el artículo publicado por Bowra no hace mucho en la revista *Diógenes*.

A petición suya, Zenobia busca y trae el número de la revista que incluye ese artículo. Se titula «La poesía europea desde 1900 a 1950». Juan Ramón busca en los pasos referentes a poetas españoles:

—Vea usted —me indica— que Bowra nos incluye a Unamuno y a mí entre los simbolistas y modernistas, pero excluye a Antonio Machado por considerarle, como a Thomas Hardy en Inglaterra y a Supervielle en Francia, adscrito a un arte más tradicional.⁵²

Resulta sorprendente, por un lado, constatar la coincidencia en el interés de Juan Ramón por Bowra con la propuesta pocos meses antes del profesor inglés a la Academia Sueca y, por otro, comprobar hasta qué punto el poeta estaba al día de lo que sobre literatura se publicaba en el mundo. El artículo de Bowra que Juan Ramón comenta a Gullón se publicó en octubre de 1952 en

⁵² Ricardo Gullón, *Conversaciones con Juan Ramón*, Madrid, Taurus, 1958, págs. 59-60.

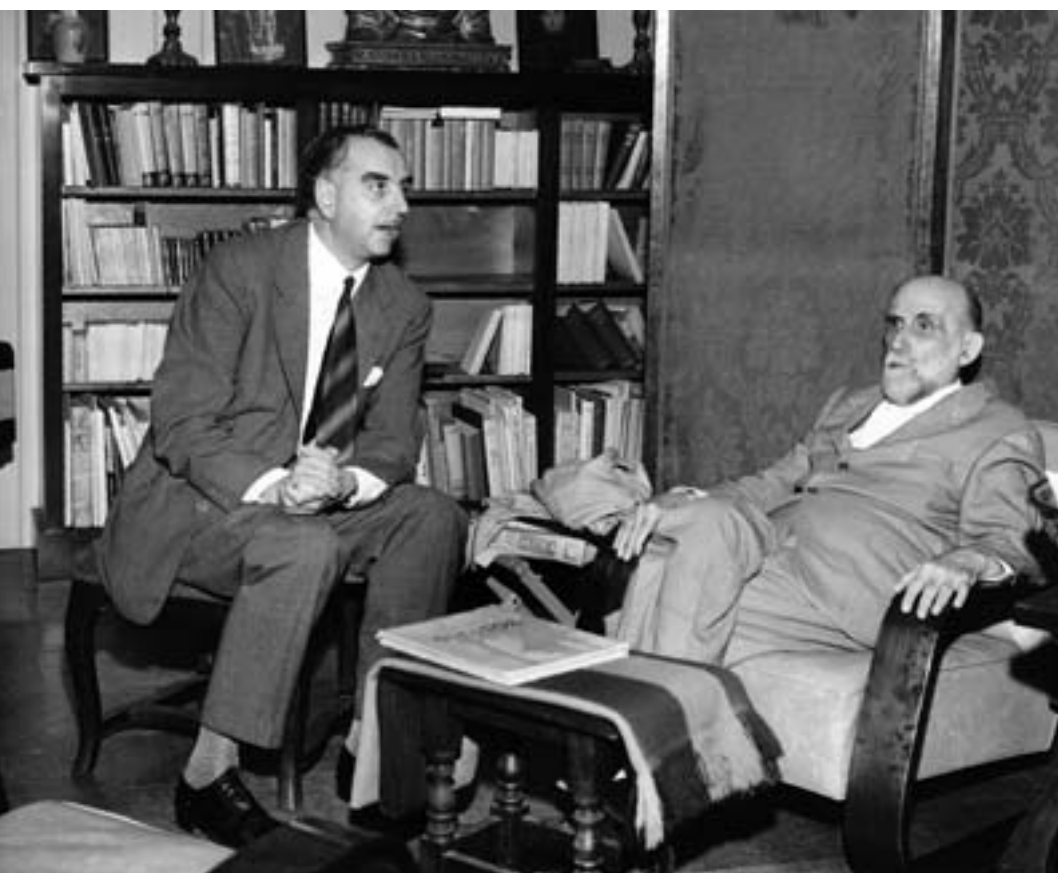
el número 1 de la revista *Diógenes*⁵³ y tuvo que interesar vivamente al escritor español. Por la coincidencia en el tiempo de este importante artículo de Bowra con su propuesta de Nobel a favor de Jiménez, es fundamental que nos demoremos en él. Tal como le indica Juan Ramón a Ricardo Gullón, Bowra distingue en dicho artículo dos grandes movimientos en la poesía de la primera mitad del siglo XX, y, efectivamente, aun reconociendo la extraordinaria calidad de Machado, sitúa a éste, con Thomas Hardy y Jules Supervielle, fuera de esos movimientos, en una línea más tradicional o decimonónica. Al hablar sobre los grandes poetas simbolistas que dominaron el primer cuarto de siglo y que «incluso ahora no lo han abandonado totalmente», el crítico inglés escribe:

Entre los más importantes se cuentan: Yeats en las Islas Británicas, Valéry en Francia, George en Alemania, Rilke en Austria, Blok en Rusia, Ady en Hungría, Unamuno y Jiménez en España, De Castro en Portugal y Sikelianos en Grecia. —Y añade—: Este noble conjunto es sin duda comparable al de los románticos de un siglo atrás.

En varias ocasiones, Bowra cita a Jiménez en su ensayo y, al hablar de la poesía pura, afirma, con palabras que sin duda compartiría el poeta español:

Pese a todo lo que se ha discutido en nuestra época acerca de *la poésie pure*, la respuesta es clara para los simbolistas. La poesía pura es la que alcanza en el más alto grado posible lo que sólo la poesía puede alcanzar.

⁵³ Cecil M. Bowra, «La poesía europea desde 1900 a 1950», *Diógenes*, núm. 1, Buenos Aires, octubre de 1952, págs. 63-84.



Juan Ramón Jiménez con Ricardo Gullón durante una de sus conversaciones en la casa del poeta en Hato Rey, Puerto Rico, junio de 1954. Fotografía de Nicolau. Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico.

Apoyando sus juicios en la obra de los poetas citados, Bowra concluye:

La obra de los simbolistas es una de las glorias de Europa en nuestro siglo. Por vacuos e inútiles que puedan ser los años que el futuro nos reserva, podemos volvernos con orgullo hacia esta triunfante manifestación del espíritu creador y a este enriquecimiento de la vida que ha sido el simbolismo.⁵⁴

Fijémonos ahora, por último, en un hecho fundamental, y es que de los autores que el crítico británico cita como los grandes poetas simbolistas de esa época dorada de la poesía de nuestro tiempo, el único que en 1952 aún vivía era, precisamente, Juan Ramón Jiménez. La propuesta de Cecil M. Bowra a la Academia Sueca era, pues, absolutamente coherente con su pensamiento y se sustentaba además en una profunda reflexión crítica sobre el devenir de la poesía simbolista del siglo XX, en la que Juan Ramón se erigía —según las palabras de Bowra en su informe a la Academia— como «el último gran poeta tocado por el movimiento simbolista» y, por tanto, en «el más grande poeta vivo».

⁵⁴ *Ibidem*, pág. 70.

1953-1954. ACADEMIA SUECA

Por el informe del Comité del Premio Nobel de la Academia Sueca de 1953 sabemos que aquel año hubo sólo veinticinco candidaturas para el premio de Literatura, entre ellas las de Gottfried Benn, Robert Frost, Jules Romains o Ernest Hemingway. En lo que se refiere a autores españoles nominados, se volvieron a presentar propuestas para Ramón Menéndez Pidal y también para Concha Espina, esta última respaldada por Jacinto Benavente. La candidatura de Juan Ramón Jiménez también fue planteada, aunque en esta ocasión la propuesta no vino de fuera, como en 1952, sino que la presentó directamente un miembro de la Academia Sueca: Hjalmar Gullberg. A pesar de ello, y a diferencia del año anterior, las consideraciones de la Academia sobre un posible premio para el poeta de Moguer fueron mucho menos entusiastas. El informe de ese año sobre Juan Ramón dice escuetamente:

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ. Al igual que el año pasado, el Comité manifiesta sus dudas acerca de la idoneidad de distinguir con un galardón internacional una poesía de un carácter tan elitista, por no decir hermético. Además parece muy poco probable que un premio a Jiménez llegue a satisfacer los deseos del mundo hispano. El Comité declina la propuesta.

Vale la pena subrayar que el único nuevo elemento o argumento que se añade ahora sobre el poeta español es negativo: «parece muy poco probable que un premio a Jiménez llegue a *satisfacer los deseos del mundo hispano*». ¿Cuál es la razón de ese juicio? ¿A qué «mundo hispano» estaban haciendo referencia los miembros del Comité? Sin duda en la opinión de los académicos suecos sobre este tema tuvo que influir decisivamente la persistente

actitud de la Academia Española, que año tras año propuso a distintos candidatos, pero nunca al poeta de «Espacio». Por otro lado, el escaso conocimiento y la falta de comprensión que de la obra última de Juan Ramón se tenía en España pudo ser también un factor determinante. A ello se añade el hecho de que siguiese sin llegar ninguna candidatura oficial externa a la Academia Sueca, si exceptuamos la que C. M. Bowra propuso en 1952 al ser preguntado por la misma.

Tras todas las deliberaciones del Comité, el Nobel de Literatura de 1953 se otorgó a Winston Churchill «por su maestría en la exposición histórica y biográfica y asimismo por su espléndida oratoria, con la cual se ha destacado como defensor de los altos valores de la humanidad». La decisión fue objeto de gran polémica y, sin duda, es la que en mayor grado ha puesto en juego la integridad política de la Academia Sueca en su larga historia. Por mucho que se le quisiera dar al premio un sentido «literario», la opinión internacional no entendió así un galardón otorgado a quien era primer ministro de una de las potencias clave en la época de la Guerra Fría. A consecuencia de la polémica y la desaprobación generalizada, en lo sucesivo se han suprimido siempre los candidatos con cargos gubernamentales.

En 1954 se presentaron veintisiete candidaturas, entre ellas las de Albert Camus, Nikos Kazantzakis, C. Gustav Jung; o las de Robert Frost y Ernest Hemingway, que ya habían sido propuestas el año anterior. En cuanto a los candidatos en lengua española, de nuevo se pidió el Nobel para Ramón Menéndez Pidal, apoyado esta vez en primer lugar por el romanista y profesor sueco Gunnar Tilander y la Stockholms Högskola (la Universidad de Estocolmo antes de que se constituyera como tal). Otra vez Concha Espina fue propuesta desde España por Jacinto Benavente, y el propio Menéndez Pidal propuso una candidatura para el escritor y erudito argentino Ricardo Rojas (1882-1957). Por último,

Juan Ramón Jiménez fue propuesto de nuevo tan sólo por un miembro de la Academia Sueca; en esa ocasión, por el escritor Harry Martinson.

No cambiaron mucho las cosas para el poeta español. En el informe del Comité de 1954 se siguen repitiendo las palabras que ya utilizara su presidente, Anders Österling, en 1952, al referirse a la poesía de Jiménez como «de carácter hermético, dirigida a un público elitista», palabras que de nuevo empleó en 1953. En esta ocasión, el Comité, un poco más informado, añade unas líneas elogiosas «aunque de poca trascendencia» sobre *Platero y yo*, cuya traducción al sueco empezó a fraguarse ese mismo año, a pesar de que no aparecería publicado hasta comienzos de 1956:

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ. El Comité ya ha manifestado anteriormente sus dudas acerca de la idoneidad de distinguir una poesía de carácter tan elitista, por no decir hermético. Una valoración que no afecta, por supuesto, a toda su obra: la elegía en prosa sobre el burro Platero, que se ha convertido en una especie de libro popular en España, es absolutamente cautivadora, aunque de poca trascendencia. Las dudas del Comité referentes a la reiterada propuesta se mantienen.

Finalmente, el Premio Nobel de 1954 fue otorgado a Ernest Hemingway «por su maestría poderosa y formadora de estilo en el arte de la narración, últimamente puesta de manifiesto en *The Old Man and the Sea*».

1954-1955. PUERTO RICO. NOTICIAS DE SUECIA.
SILVER OCH JAG

La actividad y el trabajo febril de Juan Ramón y Zenobia, retomando los proyectos de edición última de la obra del poeta en esta etapa final de sus vidas, tuvo, como ya he explicado, escasamente dos años de duración. A finales de septiembre de 1954, Juan Ramón entró en una nueva crisis psíquica que le impediría seguir escribiendo y terminar esos proyectos. Sólo una pequeña parte de lo que había escrito en América llegó a editarse en vida del poeta. Aun así, no debemos olvidar que entre 1946 y 1949, Juan Ramón había publicado tres libros fundamentales en su trayectoria poética: *La estación total con las canciones de la nueva luz* (Buenos Aires, 1946),⁵⁵ *Romances de Coral Gables* (México, 1948) y *Animal de fondo* (Buenos Aires, 1949). En abril de 1954, poco antes de la crisis definitiva, apareció además en la revista *Poesía Española* la versión final de «Espacio», considerado hoy como uno de los grandes poemas del siglo XX. Aunque esas cuatro obras eran sólo una pequeña parte del trabajo de Jiménez durante todos estos años, confirmaban por sí mismas, más que de sobra, para el lector atento, la plenitud de una de las trayectorias poéticas más singulares, importantes e intensas de la modernidad.

Resulta notable que el destino escogiera el momento en que el poeta de Moguer dejó definitivamente de trabajar en su obra para que un nuevo camino se abriera hacia el reconocimiento

⁵⁵ Al estar datado entre 1923 y 1936, a menudo la crítica olvida que se editó diez años más tarde. En realidad, aunque muchos de los poemas habían aparecido en España antes de la guerra civil, algunos se publicaron más tarde en revistas americanas, y Juan Ramón trabajó en la estructura del libro hasta muy poco antes de enviarlo a Losada para su publicación. El libro es verdaderamente un libro-puente, y en muchos sentidos se puede afirmar que con él se inicia la última etapa de la obra y la plenitud poética de Jiménez.

final que merecía. En septiembre de 1954, la editorial sueca Whalström & Widstrand, una de las más prestigiosas de Suecia, escribió a la editorial Losada de Buenos Aires interesándose por el libro *Platero y yo*. Losada reenvió la carta a los Jiménez, y Zenobia, con su habitual diligencia, contestó a los editores suecos el 12 de octubre de 1954:

Hato Rey, P. R., 12 octubre 1954
Sres. Wahlström & Widstrand
Regeringsgatan, 83

Muy señores nuestros:

La casa Losada de Buenos Aires ha tenido la amabilidad de enviarnos la carta que ustedes le escribieron el 24 del pasado septiembre.

Como mi marido, Juan Ramón Jiménez, no tiene exclusiva con ningún editor y hasta ahora no ha concedido derechos de traducción al sueco a nadie, tendrá mucho gusto en tratar el asunto con ustedes. Prefiere que sean ustedes quienes le digan cuál es su costumbre en cuanto a derechos de autor, etc.

Enviamos un ejemplar del libro.

Ruego a ustedes que sea yo quien escriba por encargo de mi marido por estar él pasando una temporada de mala salud y estar-me yo ocupando de escribir sus cartas según sus deseos.

De ustedes afma.

Zenobia Camprubí de Jiménez

En su respuesta, la editorial sueca le comunica a Zenobia que la idea de editar *Platero y yo* en Suecia ha partido de un joven crítico de ese país: «Fue un joven crítico sueco, el señor Arne Häggqvist, quien llamó nuestra atención sobre el libro de su marido *Platero y yo*, del que también habló en una conferencia radiofónica».

Wahlström & Widstrand
Publishers

Estocolmo, 20 de octubre de 1954

Estimada señora Jiménez:

Muchas gracias por su amable carta del 12 de octubre. Fue un joven crítico sueco, el señor Arne Häggqvist, quien llamó nuestra atención sobre el libro de su marido *Platero y yo*, del que también habló en una conferencia radiofónica. Hemos leído el libro y estamos dispuestos a publicar la traducción al sueco, aunque no esperamos que se venda mucho; probablemente será algo especial para el público sueco.

Como le dije, estaríamos dispuestos a llegar a un acuerdo siempre que fuera a un precio razonable. Podemos ofrecerle a su marido un pago al contado de 750 coronas suecas (efectivo al firmar el contrato de la primera edición de 3.000 copias, en el que se incluiría el derecho de reproducción de los dibujos) y unos derechos de autor del 10% sobre el precio de venta al público sobre todas las copias vendidas en el futuro.

Me alegrará tener noticias suyas.

Atentamente,

Dr. Carl Björkman

La correspondencia con los editores suecos continuó.⁵⁶ Muy pronto Zenobia se interesó por la labor de Häggqvist y por la conferencia sobre Juan Ramón a la que éstos hacían referencia

⁵⁶ En la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez se guardan las cartas de los editores suecos y copia en papel carbón de las cartas de Zenobia. Salvo la primera carta de Zenobia, el resto de la relación epistolar se desarrolló en inglés. Toda esta correspondencia permanece inédita.



Arne Häggqvist
 Docteur en-lettres
 Södersåkers 62
 Fursteg.
 STOCKHOLM
 Suédec (Sverige)

23.12.54

Señora Doña Zenobia,
 Puerto Rico

El año siguiente que su marido sea enfermo -
 la casa editorial Wahlström & Widstrand no ha
 dicho esto. Ahora puedo decirle que he empezado
 la traducción de "Historia y yo" y que mi con-
 ferencia de radio sobre "Juan Ramón Jiménez"
 será publicada el mes de enero en nuestra (y)
 revista "Svenske litterära magasin" (la revista)
 la más importante en Escandinavia). En entonces
 también algunas poesías serán publicadas en el
 mismo número; la traducción de estas está hecha
 por Hjalmar Gullberg, miembro de la Real Academia
 Sueca y gran poeta él mismo. Se ha enterado con
 el señor Gullberg he dicho que considere que
 Don Juan Ramón debería ~~haber~~ recibir el Premio

Nobel y parece que en efecto en considero se
 discutir de eso en cuando, ¿cierto...?

Ahora le envío el manuscrito de conferencia
 y cuando se habrá publicado el artículo ~~de~~
 de lo enviaré en seguida.

Como Ud. ya he hecho un pequeño retrato de
 imaginación de Don Juan Ramón. Si Ud. quisiera
 tener la amabilidad de enviarme un retrato
 (fotografía) de su marido le agradecería
 muchísimo. Sería también útil para artículos
 sobre J. Ramón Jiménez.

Saluda a Ud. su afec.

Arne Häggqvist

Carta de Arne Häggqvist a Zenobia Camprubí, Estocolmo, 23 de diciembre de 1954. Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico.

en su carta. Fruto de ese interés es la primera carta que el crítico y traductor sueco escribió, en español, a Zenobia en diciembre de 1954. Con ella Häggqvist le envió el original mecanografiado de su conferencia.⁵⁷

Arne Häggqvist
Docteur es-lettres
Bordavagen 62
Enskede
Stockholm
Suecia (Sverige)

23 de diciembre de 1954

Señora doña Jiménez,
Puerto Rico

Siento muchísimo que su marido sea enfermo. La casa editorial Wahlström & Widstrand me ha dicho esto. Ahora puedo decirle que he empezado la traducción de *Platero y yo* y que mi conferencia de radio sobre Juan Ramón Jiménez será publicada el mes de enero en nuestra revista *Bonniers Litterära Magasin* (la revista literaria la más importante en Escandinavia). Entonces también algunas poesías serán publicadas en el mismo número, la traducción de éstas está hecha por Hjalmar Gullberg, miembro de la Real Academia Sueca y gran poeta él mismo. Me he enterado con el señor Gullberg y le he dicho que considero que don Juan Ramón debería recibir el Premio Nobel

⁵⁷ Por su importancia doy la carta aquí en facsímil. En la tercera parte del libro transcribo la traducción que hizo Zenobia de la conferencia de Häggqvist, partiendo de la versión al inglés de Donald Fogelquist. A pesar de su «provisionalidad», me ha parecido más interesante dar a conocer la versión que leyó Juan Ramón, gracias a Zenobia.

y parece que en efecto su candidatura se discute de vez en cuando. Quizás...

Ahora les envié mi manuscrito de conferencia y cuando se habrá publicado el artículo se lo enviaré enseguida.

Como usted ve he hecho un pequeño retrato de imaginación de don Juan Ramón⁵⁸. Si usted quisiera tener la amabilidad de enviarme un retrato (fotografía) de su marido, le agradecería muchísimo. Sería también útil para artículos sobre Juan Ramón Jiménez.

Saluda a usted su afmo.

Arne Häggqvist

Indudablemente, el inicio de la traducción de *Platero y yo* al sueco, la carta y la conferencia en la radio sueca de Häggqvist, así como la referencia al interés del académico y poeta Hjalmar Gullberg por la obra de Juan Ramón —que tanto Gullberg como Häggqvist coincidían era merecedora del Nobel—, ilusionaron a Zenobia. Parecía claro que se abrían esperanzas ciertas, en unos meses en los que la enfermedad del poeta se había agravado tanto que los médicos temían por su vida.

En carta del 2 de enero de 1955, Zenobia escribe a los Guerrero:

Ahora contestaba Wahlström & Windstram diciendo lo encantados que estaban con Lobo⁵⁹ y que ya estaba todo arreglado. Häggqvist, por su parte, me enviaba copia a máquina de la conferencia, anunciando que aparecería en una revista sueca a principios

⁵⁸ En la primera página del original mecanografiado de la conferencia Häggqvist hace, a pluma, un retrato imaginario de Juan Ramón.

⁵⁹ Los dibujos de Baltasar Lobo ilustraron la edición sueca de *Platero y yo*, así como la francesa y la inglesa publicadas también en 1956.

de 1955⁶⁰, acompañada de las traducciones de algunos poemas de J. R. hechas por el poeta (no recuerdo en este momento el nombre), uno de los mejores suecos, y que ambos, crítico y poeta, creían que J. R. debiera recibir el Premio Nobel. (Aquí cometí yo el error de decir en broma que el viaje a Estocolmo yo no me lo perdía por nada del mundo a menos que fuera en invierno, porque J. R. se puso a llorar.)⁶¹

En carta fechada el 6 de enero de 1955, Zenobia contestó al crítico sueco, diciéndole que ese mismo día Donald Fogelquist le había entregado la traducción de su conferencia al inglés. En su carta —escrita en inglés—⁶² Zenobia se expresa de forma similar que en la dirigida a los Guerrero:

Hato Rey, P. R., 6 de enero de 1955

Estimado señor Arne Häggqvist:

Muchas gracias por su carta de 23 de diciembre en la que adjunta una copia de la conferencia que dio sobre mi marido y que el señor Donald Fogelquist me ha dado hoy, en traducción al inglés. Me ha gustado mucho y en cuanto mi querido esposo esté mejor se la leeré entera o a trozos a medida que se le pueda leer sin que se fatigue. Primero le hablé de su carta y le hablaré también de la conferencia lo antes que pueda. Le gusta mucho oír hablar de ella y lo que usted dice acerca del señor Gullberg. El señor Fogelquist, de la Universidad de California, que está aquí escribiendo un libro sobre mi marido durante su año sabático, me dice que fue el señor Gullberg quien tradujo a Gabriela [Mistral].

⁶⁰ En realidad la conferencia no apareció publicada, con algunas variantes, hasta diciembre de 1955.

⁶¹ Zenobia Camprubí, *Epistolario I*, cit., pág. 1289.

⁶² Doy el original de esta carta en la documentación que recojo en la tercera parte del libro.

Le agradecemos mucho sus buenos deseos acerca del Premio Nobel; le dije a mi marido que era un viaje que no quería perderme a no ser que tuviera que ser en invierno. Quería ser graciosa pero, a pesar de que él no ha perdido el sentido del humor, no lo encontró divertido, ya que se halla tan débil que la sola idea de un viaje, por más improbable que éste fuera, le parecía espantosa.

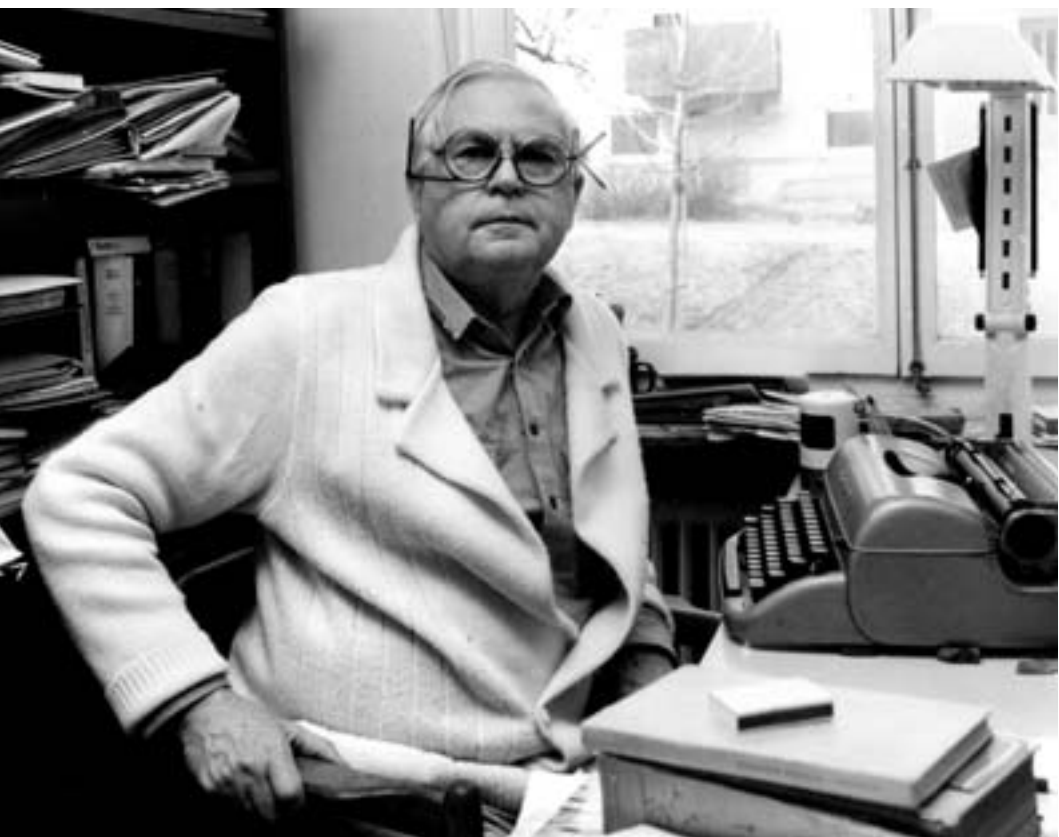
Por las cartas a los Guerrero sabemos que Zenobia tradujo enseñada del inglés al castellano la conferencia de Häggqvist para llevársela a Juan Ramón a la clínica, donde estaba ingresado desde el 20 de diciembre. En carta del 9 de enero, Zenobia escribe a los Guerrero:

Una de las cosas que le llevé fue la conferencia del crítico sueco, de quien les hablé, y de cuya traducción hice una copia para enviársela a ustedes. La traducción es horrible porque, como no tenía tiempo, la puse a máquina a toda prisa de primera intención y, por lo tanto, casi literal. La primera versión al inglés me la hizo Don Fogelquist, que no encontró diccionario sueco en la biblioteca de la Universidad y en varios sitios puso interrogantes en lugar de sinónimos.⁶³

En la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico se guarda el original manuscrito de la traducción de Fogelquist al inglés y también el de la traducción mecanografiada de Zenobia al castellano.⁶⁴ La conferencia de Häggqvist agradó mucho a Zenobia, que en su carta al crítico sueco dice: «Es

⁶³ *Ibidem*, pág. 1297.

⁶⁴ Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez. «Conferencia de Arne Häggqvist, radiada en Estocolmo» [archivo 8], Premio Nobel III, Juan Ramón Jiménez, discursos, cartas, etc.



Arne Häggqvist en su estudio, hacia 1980. Archivo familiar.

extraordinaria la precisión con la que percibe usted los acontecimientos de la vida de mi marido desde tan lejos. Lo que no es en absoluto extraordinario es que se haya deslizado alguna pequeña imprecisión». A partir de esa «pequeña imprecisión», Zenobia dedica el resto de la carta a relatar de forma resumida pero muy completa las circunstancias de su exilio desde que dejaron España.⁶⁵

No sabemos con exactitud qué día fue radiada la conferencia, pero sí que tuvo que ser antes del 24 de septiembre de 1954, ya que ésa es la fecha de la primera carta de los editores suecos, que en su correspondencia con Zenobia informan de que fue Arne Häggqvist quien les propuso publicar *Platero y yo*, «del que también habló en una conferencia radiofónica».

A diferencia de los años anteriores, en su informe de 1954, fechado precisamente en septiembre, la Academia Sueca menciona *Platero y yo* por vez primera. Recordemos sus palabras: «la elegía en prosa sobre el burro Platero, que se ha convertido en una especie de libro popular en España, es absolutamente cautivadora, aunque de poca trascendencia». Es muy probable que esta referencia tenga que ver con la conferencia de Häggqvist cuyas palabras al referirse a *Platero* recuerdan a las citadas: «el encantador librito del burro Platero», aunque al crítico no le pareciera, como al académico, «de poca trascendencia», sino «un clásico menor sólo en lo que a su formato exterior se refiere».

Lo cierto es que la conferencia de Häggqvist era una magnífica introducción a la poesía de Juan Ramón Jiménez, a la que sin duda ayudaron las versiones al sueco que de su poesía hizo

⁶⁵ Por su interés, doy esta carta completa, traducida, en la documentación final de este libro.

Gullberg y que se leyeron en la emisión. Desde su mismo arranque, la conferencia subraya además con vehemencia la importancia del poeta en la historia de la poesía en lengua española:

Si se pregunta a los españoles a quién consideran el autor vivo más importante de España, las respuestas varían, y se dicen muchos nombres, algunos nombres ilustres. Pero si se pregunta quién es el mejor poeta vivo, nadie titubea en emitir juicio: es, claro, Juan Ramón Jiménez, el poeta del mar, de las estrellas y las rosas, que nació hace unos setenta años en la blanca playa atlántica de Andalucía, pero que ahora lleva viviendo mucho tiempo del otro lado del océano en Puerto Rico, que le ha ofrecido un puerto de refugio y un punto de ventaja desde el cual mirar al mundo.

Al mismo tiempo, Häggqvist habla de la soledad y de la búsqueda de una poesía esencial en la obra de Juan Ramón Jiménez con palabras que con seguridad serían del agrado del poeta y de su mujer:

El aislamiento auto-escogido y el viaje obligatorio han sido su circunstancia exterior. Pero esta combinación algo desfavorable puede haber contribuido naturalmente a su desarrollo interior, porque la soledad para este poeta nunca ha significado el estancamiento espiritual, sino al contrario, nuevos viajes espirituales hacia adentro y hacia la profundidad de su propio ser.

Las palabras del escritor sueco contrastan de inmediato con la visión que hasta entonces la Academia tenía de la obra de Jiménez como «una poesía de carácter tan elitista, por no decir hermética». Häggqvist muestra en cambio, en su conferencia, su intuición y finura crítica cuando al respecto dice cosas como las

siguientes: «El analizar la obra poética de Juan Ramón Jiménez es algo así como poner las manos sobre las alas de una mariposa. [...] Su matizar es tan sutil que sólo un nuevo idioma poético podría interpretarlo». O, más adelante:

«La poesía pura» y «la poesía esencial» requieren, de acuerdo con Jiménez, una concentración espiritual que hace completamente natural la necesidad de aislarse del poeta. Aquí no puede justificarse hablar de narcisismo, porque la actitud no envuelve un reflejo pasivo de sí mismo, sino una busca activa de su ser que siempre contribuye, al mismo tiempo a una perspectiva que abarca toda la humanidad.

La primera carta, antes citada, de Arne Häggqvist a Zenobia, y otras posteriores, daban esperanzas de un posible Nobel para Juan Ramón, e incluso podrían estar sugiriendo que ya había habido en la Academia Sueca alguna propuesta en ese sentido. Recordemos sus palabras, en un castellano cuya incorrección las hace ambiguas. El crítico dice: «Me he enterado con el señor Gullberg y le he dicho que considero que don Juan Ramón debería recibir el Premio Nobel y parece que en efecto su candidatura se discute de vez en cuando. Quizás...».

De estas palabras parece deducirse que tanto él como Gullberg consideraban que Juan Ramón debería recibir el Premio Nobel. Häggqvist dice a continuación que parece que «su candidatura se discute de vez en cuando». Hoy sabemos que así fue entre los años 1952 y 1954, aunque Zenobia y Juan Ramón no lo llegaron a saber con certeza nunca. Como hemos visto, la candidatura de Juan Ramón de 1953 fue propuesta por Gullberg. La carta que comentamos está escrita a finales de 1954, año en el que Juan Ramón había sido nominado para el Nobel por el escritor Harry Martinson, miembro de la Academia

Sueca. En 1955 volvió a ser Gullberg quien apoyó la candidatura de Jiménez, que, como veremos, fue uno de los finalistas de ese año. Así pues, el «quizás...» de la carta de Häggqvist tenía mucho más significado de lo que Zenobia podía imaginar en aquel momento.

Con toda probabilidad, Häggqvist —que tenía una relación directa con Hjalmar Gullberg, uno de los miembros más influyentes de la Academia Sueca— sabía o sospechaba que éste ya había propuesto la candidatura del poeta español, pero no podía revelar el secreto de las deliberaciones que tan bien guardaban los académicos. Por eso, recién otorgado el Nobel de 1955 al escritor Halldór Laxness, Häggqvist escribió a Zenobia en los siguientes términos: «El Premio Nobel de este año acaba de ser concedido a Halldór Laxness, un islandés. [...] Evidentemente, lamento que no lo haya recibido su marido, pero ha habido una concurrencia numerosísima y se discuten todos los puntos de vista».

De nuevo parece que el crítico sueco está dando a entender que la candidatura de Juan Ramón se discutió ese año —como así fue— al lamentar que el premio no fuera para Jiménez. Más adelante, Häggqvist añade: «Personalmente, creo que Gullberg podrá dar su apoyo a la candidatura de su marido el año entrante». A pesar de ello, por las cartas de Zenobia de esta época podemos afirmar que ella y Juan Ramón no creían que esta circunstancia se hubiese dado en ningún momento.



Muchos años después, Arne Häggqvist, que tan importante papel tuvo en el conocimiento de la obra de Juan Ramón Jiménez en Suecia y, por tanto, en la consecución del Premio Nobel, escribió sus memorias. El libro, publicado en 1984, se titula

*Nästan hela sannigen*⁶⁶. Nunca ha sido traducido al castellano y hasta hoy no ha tenido ninguna repercusión en el mundo de los estudios juanramonianos. Su autor, que tuvo una larga y azarosa vida, viajó en varias ocasiones a España —donde estudió la obra de Federico García Lorca—, y conoció y fue amigo de personalidades como Salvador Dalí, Ernest Hemingway, Rafael Alberti o Tristan Tzara, dedica sólo un breve capítulo de sus memorias a hablar de la traducción de *Platero y yo* y del Premio Nobel de 1956. Aun así, su testimonio es valiosísimo porque relata en primera persona momentos de esta crónica que ya conocíamos y desvela otros que sólo ahora podemos conocer gracias a él.

Häggqvist cuenta primero cómo descubrió la figura de Jiménez y la enorme relevancia de su obra:

[...] descubrí a raíz de mis estudios sobre Lorca que Jiménez era casi un desconocido en Suecia y hasta en otros lugares de Europa, aun siendo sin duda un genio poético a nivel mundial [...]. Después me informé de que el viejo Jiménez todavía vivía y residía en Puerto Rico, donde daba conferencias en la Universidad en Río Piedras.⁶⁷

Häggqvist continúa su relato refiriéndose al proceso de traducción y edición de *Platero y yo* en sueco: «El siguiente paso fue llamar por teléfono a mi amigo Carl Björkman, de Wallström & Widstrand, que inmediatamente me dio su consentimiento para llevar a cabo la traducción de la obra más célebre de Jiménez, *Platero y yo*». El crítico sueco explica acto seguido que hizo la

⁶⁶ Arne Häggqvist, *Nästan hela sannigen* [Casi toda la verdad], Estocolmo, Legenda, 1984.

⁶⁷ *Ibidem*, pág. 196.

traducción «con la inestimable y efectiva contribución del español Ernesto Dethorey», y añade: «Durante el tiempo en que estuve traduciendo [...] me llegaron algunas cartas alentadoras de la esposa del poeta, Zenobia». A continuación, Häggqvist cuenta cómo le envió los estatutos del Nobel:

Dado que sus ilusiones coincidían con las mías, le mandé con suficiente antelación los estatutos de la Fundación Nobel en lo concerniente a la candidatura: quién tenía derecho a proponer un posible galardonado, etc. Resultó un paquete bastante pesado que, para asegurarme, mandé certificado y por correo aéreo, con lo que el importe del envío asustó un poco a Inga, mi esposa, aunque la mujer se calmó al oír mi réplica optimista: «Vale la pena, ya que le darán el premio».⁶⁸

La cotidiana inmediatez del relato provoca la sonrisa, pero la anécdota también revela que Häggqvist, ya sea por el tiempo transcurrido o por no querer demorarse demasiado en los pormenores de la historia, no dice algo que hoy sabemos, y es que el crítico, como veremos, mandó los estatutos —y por eso seguramente el envío fue tan caro— no sólo a Zenobia, sino también a Donald Fogelquist y a Graciela Palau de Nemes.

En realidad, hasta aquí, el escritor sueco no cuenta nada que no podamos ver a través de sus cartas y del material que se conserva en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez. Hay, en cambio, algunos aspectos de su narración que sí revelan datos esenciales que ignorábamos. Así ocurre, sobre todo, cuando relata su encuentro y relación con Hjalmar Gullberg:

⁶⁸ *Ibíd.*, pág. 197.

De Hjalmar Gullberg había oído decir que admiraba a Jiménez tanto como a su discípulo, Lorca. Pensando en la posibilidad de hacer un programa dedicado a Jiménez en la radio, llamé por teléfono a Gullberg, que enseguida me invitó a su casa y con voz emocionada me recitó cuatro poemas de Jiménez que él mismo había traducido pero que, como dijo tímidamente, no se había atrevido a publicar aún, temeroso de no hacer justicia a un colega. De esa velada, poco a poco, acabó saliendo un programa sobre Jiménez en una de las llamadas «maniobras nocturnas» en la radio, con la recitación de Gullberg de los poemas citados y una presentación mía del poeta andaluz, que después fue publicada en *BLM*.⁶⁹

Si la emisión de la radio, según hemos comprobado, debió de darse, como tarde, en septiembre de 1954, el encuentro tuvo que ser semanas o incluso meses antes, ya que, afirma Häggqvist, «de esa velada, poco a poco, acabó saliendo un programa sobre Jiménez», y es lógico además que no se preparase una emisión de tales características en pocos días. Por sus palabras descubrimos también que Gullberg ya había empezado a traducir a Jiménez antes de ese encuentro, aunque sólo fuesen esos cuatro poemas que luego se leyeron en el programa de radio. Pero, sobre todo, gracias a estas memorias de Häggqvist podemos saber hoy que, en el programa de la radio de Estocolmo de 1954 dedicado a Jiménez, las traducciones que Gullberg había realizado del poeta español las leyó el propio académico y poeta sueco, junto con la conferencia que Häggqvist hizo sobre Juan Ramón. Comprobamos de este modo cómo el interés de Gullberg desde que C. M. Bowra propusiera a Jiménez para el Nobel en

⁶⁹ *Ibidem*.

1952 —y muy probablemente ya antes, cuando en diciembre de 1945 tuvo las primeras noticias sobre Jiménez de boca de Gabriela Mistral— había ido creciendo hasta el punto de que, aproximadamente hacia mediados de 1954, el poeta sueco ya había traducido poemas del español, y poco después participó activamente en el programa de radio organizado por Häggqvist. Sabemos también que en 1953 fue Gullberg el que propuso la candidatura de Juan Ramón para el Nobel, y que volvió a hacerlo en 1955.

El relato que hace Häggqvist de su relación con Gullberg no acaba aquí, sino que a continuación pasa a hablar del Premio Nobel:

De mi encuentro con Gullberg recuerdo además que, por un lado, tuve miedo de hablar con demasiado entusiasmo sobre Jiménez, teniendo en cuenta el celo con que Gullberg preservaba su integridad como miembro de la Academia; y por otro, que fue Gullberg mismo quien, sin embargo, sacó el tema del Premio Nobel al decir que Jiménez quizás era demasiado *esotérico* y *elitista* para ganar el Premio Nobel. Si Lorca estuviera todavía vivo, añadió, no lo habría dudado ni un momento.

Puede que el pronunciamiento de Gullberg acerca de las posibilidades que tenía Jiménez parezca más bien negativo. ¿Quizás Gullberg quiso despistarme? ¿Había tomado ya en su interior partido por el poeta?

Häggqvist se extraña de la opinión que Gullberg tenía de Juan Ramón; no obstante, si pensamos en las fechas en las que debió darse ese encuentro en 1954, el juicio de Gullberg se encuadra perfectamente dentro del proceso temporal que vamos siguiendo, ya que, en el informe del Comité del Nobel de ese año —en el que Juan Ramón había sido propuesto para el premio por el

poeta y académico sueco Harry Martinson—, las palabras para definir la poesía de Juan Ramón fueron casi idénticas a estas de Gullberg que tantos años después recuerda Häggqvist: «El comité ya ha manifestado anteriormente sus dudas acerca de la idoneidad de distinguir una poesía *de carácter tan elitista, por no decir hermética*⁷⁶».

Todo parece indicar, por tanto, que cuando Häggqvist se hace la pregunta sobre el porqué del carácter negativo del juicio de Gullberg, no se da cuenta de que dicho juicio debió de ser emitido al principio de su relación con el académico sueco, que después cambió su valoración y que poco a poco fue tomando partido por Jiménez.



La estancia en Puerto Rico de Donald Fogelquist y su mujer, Helen Rasmussen —los dos de ascendencia escandinava—, fue muy importante para los Jiménez en el tema que nos ocupa. Ambos matrimonios se habían conocido a principios de los años cuarenta, durante la estancia de los Jiménez en Coral Gables, y enseguida nació la amistad entre ellos. Donald era entonces profesor en la Universidad de Miami y Helen escribía narración breve y poesía.⁷⁷ Los Fogelquist llegaron a Puerto Rico el 6 de septiembre de 1954 con objeto de pasar un año sabático en el que Donald preparó dos libros para los que la ayuda del poeta era

⁷⁶ El subrayado es mío.

⁷⁷ Juan Ramón tradujo y publicó en 1941, con una carta de presentación, un cuento de Helen, y, en 1942, ocho poemas. Estas versiones se han recogido recientemente en un volumen que reúne todas las traducciones del poeta excepto las de Tagore: Juan Ramón Jiménez, *Música de otros. Traducciones y paráfrasis*, edición de Soledad González Ródenas, Barcelona, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, 2006.

fundamental:⁷² uno sobre su vida y obra, y otro de su correspondencia con Rubén Darío. Permanecieron en Puerto Rico hasta el 23 de julio de 1955.

Desde muy pronto, Fogelquist quiso ayudar al objetivo de un posible Nobel para Juan Ramón, muy probablemente ya a raíz del interés mostrado por los suecos, en octubre de 1954, por editar *Platero y yo*. Así se deduce de la siguiente nota de Ricardo Gullón en su libro *Conversaciones con Juan Ramón*:

Octubre de 1954 (sin fecha):

Días pasados, una mañana, larga conversación con Donald Fogelquist, que fue a visitarme a la facultad para hablar de Juan Ramón. [...]

Entre otros temas, al final de la entrevista, plantea el de la concesión del Premio Nobel a Juan Ramón. Le parece cosa hacendera, y cree que ayudaría mucho a conseguir la recompensa el que entidades oficiales españolas apoyaran la petición que formularan algunas universidades norteamericanas, y desde luego la de Puerto Rico. Fogelquist, por ser oriundo de Suecia y primo del secretario de la Academia Sueca, podría cooperar con eficacia al éxito del proyecto.

Escribí enseguida a Juan Guerrero para que hiciera los sondeos oportunos y ahora recibo su respuesta, poco esperanzadora. Hablaré a Gallego Burín y a Pedro Laín, tratando de conseguir algún apoyo para el proyecto. Transmito a Fogelquist estas informaciones.⁷³

⁷² A pesar de que Juan Ramón a causa de su enfermedad no le pudo ayudar demasiado, Donald Fogelquist, trabajó durante ese año en ambos proyectos y más tarde los publicó: *The Literary Collaboration and the Personal Correspondence of Rubén Darío and Juan Ramón Jiménez*, Coral Gables, University of Miami Press, 1956, y *Juan Ramón Jiménez (1881-1958). Vida y obra*, Nueva York, Hispanic Institute, 1958.

⁷³ Ricardo Gullón, *op. cit.*, págs. 167-168.

La respuesta «poco esperanzadora» de Juan Guerrero a Gullón no hace sino confirmar lo que ya hemos ido viendo sobre el nulo interés de la Academia y de otras instituciones españolas oficiales respecto a la figura y la obra de Jiménez durante esos años.

Antonio Gallego Burín era director general de Bellas Artes desde 1951; Pedro Laín Entralgo, rector de la Universidad de Madrid desde 1952, ingresó en la Real Academia Española aquel mismo año de 1954. Conociendo a Juan Guerrero, lo más probable es que en un tema tan trascendental como éste —que él mismo había defendido públicamente— hiciera también con ellos las gestiones que anunciaba. Cualquiera de las tres instituciones españolas citadas podría haber presentado a la Academia Sueca una petición de Nobel para Jiménez: ninguna lo hizo.

Al referirse a su conversación con Donald Fogelquist, Gullón menciona, casi de pasada, el parentesco directo de éste con el secretario de la Academia Sueca. Todo parece indicar que entendió o recordó mal las palabras de su interlocutor. De todas formas, resulta sorprendente que este tema —planteado ya por Gullón en 1958 en el libro que recoge las conversaciones con Juan Ramón— no se haya tratado posteriormente entre los biógrafos y estudiosos del poeta. Lo cierto es que Gullón se equivocaba, pero no del todo. Existía, sí, una vinculación de Donald Fogelquist con los medios académicos de Suecia, aunque no tan próxima. Es muy probable que Fogelquist le comentase a Gullón que tuvo un primo que fue miembro de la Academia Sueca, ya que, efectivamente, en 1931 Torsten Fogelqvist, célebre crítico del periódico sueco *Dagens Nyheter*, ingresó en la Academia y fue miembro de ésta hasta 1941, año en que murió. De 1937 a 1940 Torsten Fogelqvist formó también parte del Comité del Premio Nobel. En 1954, cuando se produjo el encuentro en Puerto Rico entre Gullón y Donald Fogelquist, el secretario permanente

de la Academia y presidente del Comité del Nobel era, como ya hemos visto, Anders Österling. La vinculación familiar del profesor norteamericano con un célebre crítico sueco de igual apellido,⁷⁴ miembro de la Academia y del Comité del Nobel durante años, le permitía sin duda una mayor cercanía a ese medio. De hecho, Österling —secretario permanente de la Academia de 1941 a 1964— fue miembro de ésta desde 1919, por lo que conoció y convivió durante años con Torsten Fogelqvist. También Hjalmar Gullberg tuvo que conocerlo, ya que entró en la Academia en 1940. En todo caso, por las palabras de Gullón y por otros datos que iremos viendo, está claro que Donald Fogelquist se tomó muy en serio el tema del posible Premio Nobel para Juan Ramón desde su misma llegada a Puerto Rico, y es de suponer que aprovecharía esa cercanía a los medios académicos suecos para abogar por la candidatura del poeta español. Recordemos que Donald y Helen llegaron a la isla a comienzos de septiembre de 1954. Las primeras noticias de los editores suecos interesados en publicar *Platero y yo* son de octubre. Probablemente, la conversación citada entre Gullón y Fogelquist de ese mismo mes fuera motivada por las noticias que Zenobia les diera de ese importante acontecimiento.

Durante su año sabático, Fogelquist trabajó en la edición de las cartas de Darío a Juan Ramón, y los Jiménez le pusieron en contacto con Francisco Aguilera, director de la Sección Hispánica de la Biblioteca del Congreso de Washington, institución a la que Juan Ramón había donado las cartas de Darío y los origina-

⁷⁴ Aunque los apellidos de Torsten Fogelqvist y Donald Fogelquist no coincidan en la u/v de la terminación «qvist», se puede considerar el mismo apellido, ya que es una terminación bastante común y es frecuente además que varíe la utilización de la «u» o la «v» por distintas razones. (N. de la T. de los textos suecos que aquí se citan.)



*Merry Christmas and a Happy
New Year from the Fogelquist.*

Orange, California, 1949

Dec. 1949

Donald Fogelquist con su mujer Helen y sus hijos, California, 1949. Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico.

les de *Cantos de vida y esperanza* que el poeta nicaragüense le había regalado al poeta español cuando éste, en 1904-1905, cuidó de la edición de dicho libro en Madrid.

En carta del 12 de abril de 1955, Zenobia escribe a Aguilera:

Recibí la copia de su carta a Donald Fogelquist, quien tuvo la bondad de traducirme del sueco la conferencia radiada por Arne Häggqvist, en Estocolmo, y así se enteró de los buenos deseos de éste y del poeta Gullberg, que tradujo las poesías de Juan Ramón que acompañan a la conferencia, como antes tradujera las de Gabriela. Tanto J. R. como yo estamos muy lejos de hacernos ilusiones y sabemos que esto es una lotería, *pero, si Fogelquist se empeña en comprar un billete a nuestro beneficio*,⁷⁵ yo no soy quién para estorbárselo.

Tanto Zenobia como Juan Ramón eran conscientes de que un Premio Nobel tiene siempre un componente importante de azar, pero ella confiaba mucho más en la suerte que él, y sus palabras en la carta citada dejan entrever el especial interés de Fogelquist en hacer todo lo que estuviera en sus manos para que esa «lotería» tuviera alguna posibilidad de éxito.

Poco después de esta carta, Zenobia y Juan Ramón tuvieron nuevas noticias de Suecia. Ernesto Dethorey, que, como ya vimos, en 1950 no había contestado a la carta que Zenobia le había dirigido por consejo de Alberto Jiménez Fraud, lo hacía ahora. Parece que Dethorey escribió primero a la dirección anterior de los Jiménez, en Riverdale, y que su carta, fechada el 24 de abril, le fue devuelta. Así se deduce de la del 23 de mayo a Zenobia, en la que el periodista se lamenta de ello. Por esa carta nos entera-

⁷⁵ El subrayado es mío.

mos, además, de que Dethorey les había hecho otro envío inmediatamente posterior al primero: «Como supongo que no habrán recibido un extracto del boletín de los vascos que les mandé unos días después, me complazco en adjuntarles una copia». En realidad, aunque inicialmente no llegó la carta del 24 de abril, sí llegó en cambio el extracto que en ella se cita. Se trata de una información aparecida el 29 de abril de 1955 en el *Boletín OPE* (Oficina de Prensa de Euskadi),⁷⁶ publicación del exilio vasco en París que se hizo eco del artículo de Dethorey sobre Juan Ramón. En realidad, la información fundamental que éste quiere dar a los Jiménez ya está contenida en el extracto de la noticia del boletín, que resume con precisión los aspectos esenciales del artículo, sobre todo en lo referente al Premio Nobel y a la próxima publicación de *Platero y yo* en Suecia, así como al hecho de que algunos poemas de Juan Ramón hubieran sido traducidos por Hjalmar Gullberg.

Zenobia contesta el 25 de mayo al envío de Dethorey del extracto del boletín citado, y en su carta le habla de Donald Fogelquist, al que ha entregado una copia del documento que adjunta:

Sr. D. E. Dethorey, Estocolmo

Muy señor mío y amigo:

[...]

Le estamos agradecidísimos por los artículos escritos por usted sobre o con referencia a mi marido y le agradeceríamos muchísimo que, si tiene algún recorte de periódico de ellos, nos los mande. En este momento está aquí el profesor Donald Fogelquist de la Universidad de California, quien, como hijo de suecos, nos

⁷⁶ *Oficina de Prensa de Euskadi, Boletín de Información*, núm. 1966, París, 29 de abril de 1955. En la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez se guarda copia del extracto enviado por Dethorey.

traduce perfectamente cualquier cosa que le pedimos. Este profesor y buen amigo está aquí en uso de su licencia sabática, escribiendo una biografía de mi marido y como hemos tenido la desgracia de que enfermara, yo le he estado tratando de ayudar proporcionándole correspondencia, libros, artículos de revistas y periódicos, etc. Así en vez de un libro le han salido dos: el primero: la correspondencia de Rubén Darío y J. R. J. cuyos autógrafos (es decir los de R. D.) regaló mi marido a la Biblioteca del Congreso en Washington, en años pasados, ya que nosotros no tenemos hijos y él no quería que se perdiesen.

Yo entregué una copia del documento que usted me mandaba a este señor, y, como no tenía a mano el sobre de su carta, creí que usted no me había mandado su dirección. Al encontrarla le he escrito enseguida para agradecerle su bondad y su interés. El señor Fogelquist está ausente unos días de Puerto Rico pero, cuando regrese, le daré las recién encontradas señas. Él me dijo que iba a escribir al señor Gullberg para preguntarle cómo se podía comunicar con usted.

De la carta de Zenobia interesan sobre todo las últimas palabras —«Él me dijo que iba a escribir al señor Gullberg»—, ya que de ellas parece deducirse que Fogelquist, en esas fechas, o bien se había puesto en contacto ya con Gullberg o no le era difícil hacerlo. No hay que olvidar, además, que también fue Fogelquist el que anteriormente informó a Zenobia de quién era Gullberg y de que había sido éste quien había traducido a Gabriela Mistral al sueco antes de que le dieran el Premio Nobel. A estas alturas de 1955, parece claro que Fogelquist había dado ya pasos esenciales: informó a los Jiménez de la importancia de la figura de Gullberg en relación al Nobel, habló con Gullón de la conveniencia de un apoyo institucional desde España, tradujo del sueco al inglés el texto de la conferencia de Häggqvist y, sobre todo —y

muy probablemente—, se puso en contacto con los dos escritores suecos mencionados.

Importa ahora que nos centremos en el artículo publicado por Dethorey el 22 de abril de 1955 en el *Göteborgs Handels- och Sjöfarts-Tidning* de Gotemburgo, uno de los principales periódicos suecos. El texto del periodista español afincado en Suecia aparece en un momento muy oportuno, porque en esos meses la Academia Sueca está en pleno proceso de discusión sobre el Nobel de ese año.

Dethorey subraya desde el principio las dos características a las que ya había hecho referencia Häggqvist en su conferencia: en primer lugar, el compromiso de Juan Ramón con la poesía, la búsqueda de una palabra esencial, desnuda de todo aquello que no sea poesía:

Eternidad es aquí sinónimo de tiempo suspendido. El poeta depura, monda, retoca, corrige hasta que llega lo más cerca posible de la perfección, hasta que logra la expresión de lo poético con sencillez, ahorrando palabras, pero con exactitud, con propiedad.

Y en segundo, la vocación de soledad del poeta, y al hacerlo, subraya además cómo, desde esa soledad, Juan Ramón ha sido maestro de muchos:

Junto con «eternidad», es, entre otras, la palabra «soledad» la que a menudo encontramos en la poesía de Juan Ramón Jiménez. Si la primera constituye el fin, es la segunda el medio. [...] El poeta ha continuado después en su soledad. No ha frecuentado nunca círculos sociales o grupos literarios, pero, de todos modos, ha tenido siempre amigos entre sus colegas los escritores y ha ejercido gran influencia sobre los poetas jóvenes. Entre los más jóvenes es considerado todavía como el maestro [...].

Dethorey insiste especialmente en el papel de Juan Ramón como maestro por excelencia de la poesía moderna en lengua española y, para dar más autoridad a sus palabras, remite al libro de J. B. Trend *Juan Ramón Jiménez, Fifty Spanish Poems* y a las palabras del conocido hispanista:

En los países de habla española se tiene en gran estima al poeta. Su influencia ha significado, tanto para las juventudes de España como para las de la América de habla hispana, una elevación intelectual y espiritual. «Continuó el nuevo movimiento en la poesía española, extendiéndolo finalmente a los otros veinte países en donde se habla el español», dice el profesor Trend. Toda una generación de poetas, cuyos principales nombres son Federico García Lorca, Rafael Alberti, Pedro Salinas, Jorge Guillén, tienen mucho que agradecer a Juan Ramón Jiménez. El profesor Trend dice también: «Ha hecho muchas de las cosas que han hecho sus contemporáneos españoles, pero él las hizo primero». Y añade el profesor Trend como ejemplo que el famoso poema «verde» de García Lorca («Romance sonámbulo») tiene varios precursores en Juan Ramón Jiménez: «Verde, verderol», el poema sobre este pajarillo, y «Verde es la niña. Tiene / verdes ojos, pelo verde.» (García Lorca: «Verde que te quiero verde. / Verde viento. Verdes ramas. / ...verde carne, pelo verde»).

La referencia de Trend —retomada por Dethorey— acerca de la influencia de Juan Ramón en el «Romance sonámbulo» de Lorca —que ahora puede parecer un tanto anecdótica— tuvo, como veremos, una especial fortuna en Suecia. Como en otros países, también en los medios culturales suecos el poeta del *Romancero gitano* empezaba a ser un mito, y sin duda su obra se conocía muchísimo mejor que la de Juan Ramón. Situar, con justicia, a Jiménez como maestro de esa magnífica generación de

poetas, en la que Lorca era la figura con más proyección internacional, ayudaba a que el lector sueco se hiciera una idea de la importancia de la obra del poeta de «Espacio».

Dethorey continúa su artículo resumiendo la trayectoria de Juan Ramón desde sus primeros libros publicados a principios de siglo hasta los más recientes, editados en el exilio: «*La estación total* (1946), que es una especie de balance general, y *Animal de fondo* (1949), en el que los poemas son marcadamente metafísicos». Más adelante, Dethorey resume los pasos dados hasta entonces para que la obra del poeta español se conociese en Suecia:

Hasta en Suecia han descubierto, al fin, aunque algo tarde, a Juan Ramón Jiménez. Entre otras cosas, no hace mucho, fue presentado en la radio sueca por Arne Häggqvist, leyéndose al mismo tiempo unos poemas suyos traducidos por Hjalmar Gullberg. Parece que dentro de poco se va a publicar una traducción de *Platero y yo* debida al primero. Esto recuerda, sin querer, el descubrimiento aquí de Gabriela Mistral. En uno de mis artículos sobre «La suerte de los intelectuales españoles» (*Göteborgs Handels- och Sjöfarts-Tidning*, 6 y 7 de mayo de 1953), escribí que «ahora que Lorca y Machado están muertos, sólo queda Juan Ramón Jiménez a la cabeza de la poesía española», y que «actualmente es, de hecho, el único nombre español con verdadera categoría de Premio Nobel». Españoles en España y en el exilio, así como sudamericanos, han presentado su nombre como candidato al Premio Nobel, pero desconozco si la propuesta ha sido presentada en debida forma. No existe, sin embargo, razón alguna para que no pueda presentarse de nuevo.

El periodista español termina su artículo volviendo a la autoridad del juicio de J. B. Trend:

No existe seguramente ningún intelectual español, ni dentro ni fuera de España, que no quisiera firmar lo que el profesor Trend también ha dicho de él: «En la poesía española de hoy, la figura central es Juan Ramón Jiménez».

El 28 de mayo Zenobia escribe de nuevo a Dethorey, al recibir la carta de éste del 23, junto con la extraviada del 24 de abril:

Querido amigo:

Apenas echada mi carta en el correo para usted, llega la suya incluyendo otra aventurera del 24 de abril que sólo Dios sabe dónde ha estado. Lo gracioso es que la nota posterior llegó a su destino y no me fijé en las señas que traía, hasta el punto de no haber visto las de usted en el primer momento.

Bueno, como dicen los ingleses: «All's well that ends well» [...]. El pobre Juan Ramón ha estado tan enfermo en estos ocho meses pasados que en diciembre todos temimos un fatal desenlace, pero Dios ha querido dejármelo y yo no sé cómo agradecer todas las cosas buenas que vienen a alegrarlo porque su salud mejora mucho con los motivos de optimismo.

El señor Fogelquist le escribirá a usted directamente porque él está aquí escribiendo una biografía de mi marido y quiere saber detalles de la proposición para el Premio Nobel que le interesaron en su carta.

Muchas gracias por sus cartas.

Suya afma.

Zenobia Camprubí de Jiménez

La parte final de la carta es especialmente relevante para el tema que estamos tratando, por el interés de Fogelquist en esos detalles de la proposición del Premio Nobel, al que Zenobia hace men-

ción. Pero creo importante no pasar por alto, aunque no tenga relación directa con este tema, la referencia de Zenobia al estado de salud del poeta. A menudo, cuando los biógrafos o estudiosos de Juan Ramón hablan de estas dos crisis depresivas últimas —la que va de agosto de 1950 a otoño del 1952, y la que se inicia a finales de septiembre de 1954—, pasan de puntillas por el tema o no muestran su verdadera dimensión. En otros casos se llega, incluso, a hablar de ello como si se tratara de simples manías o aprensiones de un hipocondríaco. Lo cierto es que Juan Ramón tuvo que luchar durante los últimos años de su vida no sólo con el exilio y lo que éste suponía de pérdida de tantas cosas y de añoranza de su país, sino también con una salud psíquica muy frágil que se iba deteriorando a medida que pasaba el tiempo. En su etapa final, estas dos últimas crisis le llevaron a un empeoramiento físico devastador y estuvo en varias ocasiones —como señala Zenobia en la carta— al borde de la muerte.⁷⁷ Sólo si entendemos esto comprenderemos la difícilísima situación en la que el poeta y su mujer vivieron inmersos poco después, cuando la enfermedad de Zenobia entró en fase terminal, y ambos afrontaron el final de sus vidas.

⁷⁷ En las cartas de Zenobia se puede seguir la extrema gravedad de la enfermedad del poeta. El día de Navidad de 1954, Zenobia escribe a los Guerrero: «Ayer se le puso a J. R. la segunda transfusión de sangre y gracias a Dios le suspendieron la Torazine, que yo creo que le ha hecho mucho daño. [...] Vivo de día en día en una angustia mortal. [...] Hoy se notaban los efectos de la transfusión y J. R., dentro de su horrible debilidad, se fijó en lo que llevaba puesto y me dijo cuánto le gustaba. No les escribo más porque no puedo. Su cabeza está más hermosa que nunca». Zenobia Camprubí, *Epistolario I*, cit., pág. 1282.

1955 (SEPTIEMBRE-DICIEMBRE).

ACADEMIA SUECA

En 1955 el número de candidaturas llegadas a la Academia Sueca fue mucho más numeroso que en los años anteriores. Se propusieron 46 nombres para el Nobel de Literatura; entre ellos cabe destacar los de Paul Claudel, Saint-John Perse, Nikos Kazantzakis, Giovanni Papini o Giorgos Seferis. En lo que se refiere a autores españoles, ese año sólo hubo dos candidaturas, la de Ramón Menéndez Pidal, apoyada por Gunnar Tilander y Rudolf Grossman, catedrático de Lenguas Románicas, y la de Juan Ramón Jiménez, apoyada únicamente por el académico sueco Hjalmar Gullberg.

Aunque seguían sin llegar propuestas externas a la Academia a favor del poeta español, cada vez había más elementos, como ya hemos visto, para que su obra se conociese mejor en Suecia. La conferencia de Arne Häggqvist en la radio de Estocolmo, acompañada de la lectura que el propio Gullberg hizo de algunos poemas de Jiménez (que luego darían pie a la publicación en diciembre de 1955 en *BLM* del texto del crítico sueco y de dieciséis poemas de Juan Ramón traducidos por Gullberg), así como el artículo de Ernesto Dethorey sobre el poeta español publicado el 24 de abril de 1955 en el *Göteborgs Handels- och Sjöfarts-Tidning*, fueron factores que indudablemente contribuyeron a que la obra de Juan Ramón fuese mejor conocida en los medios académicos suecos.

Sin duda todo ello tuvo que ser determinante para que en 1955 el poeta español estuviera mucho más cerca del Nobel que en los años anteriores, aunque ni él ni Zenobia lo llegasen a saber nunca, ni la noticia saliese del ámbito de la Academia Sueca.

El informe del Comité del Nobel de 1955 sobre Juan Ramón —aunque aún algo lacónico— se diferencia del de otros años en

que es mucho más elogioso y no hay ninguna referencia en él a su supuesto «elitismo» ni al carácter «hermético» de su poesía. Anders Österling, presidente del Comité, simplemente escribe:

Y finalmente, en cuanto a Juan Ramón Jiménez, aún con algunas dudas, recomiendo esta propuesta como tercera alternativa, ya que a mi entender este poeta español merece el primer puesto entre los poetas de la lista de este año, considerando su aportación y reconocimiento en la gloriosa historia de la poesía española, en la cual se sitúa como predecesor de Machado y Lorca.

Österling concluye el informe indicando qué escritores de los 46 de ese año propone el Comité del Nobel como finalistas:

Para resumir, pues, presento tres propuestas en el siguiente orden:

1. Ex aequo entre Gunnarsson y Laxness
2. Eugène Baie
3. J. R. Jiménez

Estocolmo, septiembre de 1955

Anders Österling

A partir del informe del Comité y de esos finalistas, y en la votación posterior de todos los académicos, el ganador del Nobel de Literatura de 1955 fue el escritor islandés Halldór Kiljan Laxness «por su animada épica que ha renovado la gran narrativa islandesa».

Esta vez, Juan Ramón había estado, sin saberlo, muy cerca de alcanzar el galardón. No cabe duda de que si el Nobel se le hubiese concedido ese año, la última etapa de su vida y la de Zenobia habría sido muy distinta.



Zenobia Camprubí y Juan Ramón Jiménez delante de su casa en Hato Rey, Puerto Rico, hacia 1955. Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico.

1955-1956. PUERTO RICO, AMISTAD Y LEALTAD

Antes de seguir adelante, es esencial hacer un paréntesis sobre la desaparición de un protagonista fundamental en esta historia y amigo entrañable, durante más de cuarenta años, de Juan Ramón Jiménez. Me estoy refiriendo a Juan Guerrero, que murió el 20 de abril de 1955. En septiembre de 1954 se le había diagnosticado un cáncer. El inicio de la enfermedad de Guerrero coincidió con la recaída de Juan Ramón a la que ya he hecho referencia anteriormente. Así se lo cuenta Zenobia a la hija de Guerrero en carta de 21 de septiembre: «Querida María Isabel: No puedes figurarte la pena que nos causó tu carta de ayer. Parece que tu padre y J. R. se han puesto de acuerdo para ponerse malos al mismo tiempo».⁷⁸ La enfermedad de Juan Ramón se fue recrudeciendo, y en diciembre de 1954 su situación era tal que, como ya he señalado, corrió peligro su vida. Así se lo cuenta Zenobia a Guerrero en carta del 2 de enero de 1955, cuando el poeta inicia su recuperación:

Muy queridos amigos: Guerrero tiene razón. El año nuevo ha sido favorable para Juan Ramón. Así como las fiestas navideñas fueron de crucifixión para nosotros, el día de ayer me llenó de felicidad porque, por primera vez, me llené de confianza de que mi querido Juan Ramón se me salvaba esta vez también. Todavía es muy poco, pero es el primer indicio de que, si Dios quiere, será cierto.⁷⁹

A pesar de la enfermedad, sabemos que Juan Guerrero continuó, en la medida de lo posible, con su actividad en torno a la obra de Juan Ramón y en pro de la candidatura al Nobel. Por

⁷⁸ Zenobia Camprubí, *Epistolario I*, cit., pág. 1240.

⁷⁹ *Ibíd.*, pág. 1288.

una carta de Zenobia tenemos noticia de que éste había escrito en enero de 1955 a Gullón, con toda probabilidad para tratar sobre el tema: «Le llevé primero a Don Fogelquist la copia de la carta que Guerrero escribió a Gullón y luego se la dejé al mismo, pues fui a su casa el domingo a primera hora [...] y entonces me enteré de que aún no había recibido la carta cuya copia poseía yo».⁸⁰

El 19 de abril de 1955, víspera de la muerte de Juan Guerrero, Zenobia contesta a su esposa: «Mi muy querida Ginesa, se puede usted figurar la profundísima pena con que hemos leído sus dos cartas últimas. La de hoy nos ha dejado llorando a los dos».⁸¹ Al día siguiente recibieron un telegrama con la noticia del fallecimiento, y ese mismo día Zenobia escribió a Ginesa una emocionada carta que termina con las siguientes palabras:

No le escribo más sino que estoy con ustedes con toda el alma y que todavía no comprendo bien cómo va a ser esto sin las cartas, las fotografías, los recortes, las noticias con que él, digo, su Juan, *nos había mantenido viva a España, y a nosotros dentro de ella*,⁸² durante tantos años de lealtad y fidelidad. Con un abrazo desde el fondo del corazón. Zenobia.⁸³



⁸⁰ *Ibíd.*, pág. 1313. Esta carta de Guerrero a Gullón, de la que Zenobia recibe copia, podría estar relacionada con la conversación de otoño de 1954 de Gullón con Fogelquist en la que éste recomienda al primero que se haga algo desde España en pro de la candidatura al Nobel para Juan Ramón.

⁸¹ *Ibíd.*, pág. 1349.

⁸² *Ibíd.*, pág. 1350.

⁸³ El subrayado es mío.



Juan Guerrero Ruiz, Madrid, 1953. Colección particular.

Las noticias que desde octubre de 1954 habían ido llegando a Puerto Rico sobre el interés de los suecos en la obra de Juan Ramón no sólo habían despertado la atención de Zenobia sino también, como hemos visto, la de algunos de los amigos cercanos: Gullón, Fogelquist o, a través de su fluida relación epistolar, Juan Guerrero.

Donald y Helen Fogelquist dejaron Puerto Rico el 23 de julio de 1955, y la siguiente carta de Ernesto Dethorey a Zenobia no llegó hasta el 25 del mismo mes. Fogelquist no tradujo el artículo de Dethorey porque Zenobia pensaba que el periodista español le iba a enviar la traducción, por lo que los Jiménez tardaron unos meses en poder leerlo.

El 23 de agosto de 1955, un mes después de la salida de los Fogelquist de Puerto Rico, llegó a la isla Graciela Palau de Nemes, joven profesora de la Universidad de Maryland. Había conocido a los Jiménez años antes, cuando éstos vivían en Riverdale, pequeña localidad cercana a Washington y contigua a la Universidad de Maryland, donde Juan Ramón y Zenobia fueron profesores. Graciela Palau había sido alumna del poeta en esa universidad y, cuando él y su mujer se trasladaron a Puerto Rico, mantuvo con ellos una relación epistolar amistosa y fluida. A partir de marzo de 1952 —cuando Zenobia ya se había recuperado de la operación a la que se había sometido en Boston el 31 de diciembre de 1951— la correspondencia tuvo como tema principal la revisión de la tesis doctoral de Graciela sobre Jiménez, con vistas a su publicación. Al principio, su corresponsal era Zenobia, que transmitía a Juan Ramón las preguntas y dudas de la profesora; pero el 5 de enero del 1953 —cuando éste ya había reanudado de pleno su actividad— es él mismo quien escribe.

Querida Graciela: Hace un mes que estoy trabajando de nuevo. Desde agosto de 1950 hasta estos meses últimos, no me fue

posible ocuparme de nada, porque estaba demasiado débil. El ejemplar de la tesis que usted me mandó ha estado esperando hasta hace un par de días cuando Zenobia me lo empezó a leer.⁸⁴

El 1 de agosto de 1955, Graciela Palau anunció por carta a los Jiménez su próxima visita a Puerto Rico con el objetivo principal de seguir trabajando en la revisión de su tesis, que iba a convertirse en una biografía del poeta. A pesar de que la visita duró sólo una semana —Graciela Palau llegó a la isla el 23 de agosto y la dejó el 1 de septiembre—, la profesora y amiga del matrimonio aprovechó el tiempo al máximo, según se puede ver en los Diarios de Zenobia de esta época. Así, en una nota del 26 de agosto, leemos: «La mañana, trabajando en la biblioteca. Ayudando a Graciela, que está consiguiendo cuatro veces más de lo que creyó conseguir».⁸⁵ Desde marzo de 1955, la Universidad de Puerto Rico había cedido una sala de su biblioteca a los Jiménez y en ella Zenobia estaba organizando los libros y papeles de Juan Ramón. Dicha sala pasaría a ser más adelante la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, que hoy en día es el archivo más importante de la obra del escritor y lugar de inexcusable visita para todo estudioso de su obra.

La corta estancia de Palau de Nemes en Puerto Rico durante aquellos días del verano de 1955 también fue provechosa en el tema que nos ocupa. Al enterarse del interés que tenían los suecos en Juan Ramón y de las gestiones hechas hasta el momento por Donald Fogelquist, la profesora tomó la decisión de colaborar

⁸⁴ Parto en mi transcripción del original de la carta, que se guarda en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez de Puerto Rico.

⁸⁵ Zenobia Camprubí, *Diario 3*, edición de Graciela Palau de Nemes, Madrid, Alianza Editorial, 2006, pág. 149.

para alcanzar el mismo objetivo. Pero dejemos que ella misma lo relate tal como lo vivió en aquellos días:

Trabajando con los papeles de Juan Ramón me enteré de que en Suecia se estaban ocupando mucho de él. Arne Häggqvist había hablado de su vida y su obra en una emisión por radio y leyó algunos de sus poemas traducidos por el poeta sueco Hjalmar Gullberg, traductor también de Gabriela Mistral, ganadora del Nobel. El mismo Häggqvist estaba vertiendo al sueco *Platero y yo*, y Ernesto Dethorey, otro gran hombre de letras, al cumplir Juan Ramón los setenta, dio una conferencia sobre él en la Borgarskola o escuela de idiomas de Estocolmo, y en 1955, en el periódico *Göteborgs Handels- och Sjöfarts-Tidning*, considerado como el Manchester Guardian de Suecia, en la página cultural publicó un artículo sobre Juan Ramón titulado «En väsentling skald», en el que se preguntaba si había una poesía más pura, en la que se expresara en palabras de manera más pura e indefinible las realidades internas, que la suya era una poesía sin tiempo. Desde 1953, Dethorey había dicho en el mismo periódico, en dos artículos sobre «La suerte de los intelectuales españoles», que salieron el 6 y 7 de mayo, que estando muertos Lorca y Machado, Juan Ramón era el único líder de la poesía española y que en la actualidad era el único español cuyo nombre era digno de aparecer en la categoría del Premio Nobel.³⁶

A partir de esa información, Graciela decidió intentar que la Universidad de Maryland presentara a la Academia Sueca una candidatura

³⁶ Graciela Palau de Nemes, «De Zenobia y Juan Ramón, los últimos años. Cartas (1951-1956)», *Cuadernos Hispanoamericanos*, núm. 376-378, Madrid, octubre-diciembre de 1981, págs. 58-59. Véase también, al respecto, de la misma autora, *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez*, Madrid, Gredos, 1957, págs. 343-346 y 353-355.



Graciela Palau trabajando en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico, hacia 1956. Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico.

de Premio Nobel a favor de Juan Ramón. En una nota del 1 de septiembre de 1955 del diario de Zenobia, cuando la joven profesora de Maryland acababa de dejar la isla, leemos: «Hoy se fue Graciela, que no pesa nada, y fue magnífica para Juan Ramón. [...] ella se ha ido con la idea de que Md. U. [la Universidad de Maryland] proponga a Juan Ramón para el Premio Nobel. Le he dado las señas de Donald F[ogelquist] y de Häggqvist»³⁷.

Desde su llegada a Estados Unidos, Graciela Palau inició las gestiones con la Universidad de Maryland que había anunciado a Zenobia y así se lo va relatando en cartas sucesivas, la primera de ellas fechada el 9 de septiembre:³⁸

Hyattsville, Maryland
9 de septiembre de 1955

Mi queridísima señora Jiménez:

Del viaje y mi estancia con ustedes tengo recuerdos muy agradables y muchos sentimientos de cariño y agradecimiento. [...] Antes de escribir a Fogelquist y a Suecia quiero preparar el terreno en la universidad de Maryland. Con la gripe he perdido la semana, pero el lunes pasaré el día en la universidad, después de que le plantee el asunto a Zucker lo más natural será ver al Decano Smith de Artes y Ciencias y me imagino que para que sea oficial el Presidente Elkins también tendrá que ver con el asunto. Me refiero a lo del Premio Nobel para Juan Ramón.

[...]

En la próxima le digo si puede o no esta muchacha traducir lo de Juan Ramón del sueco. Quedó en llamarme por teléfono.

³⁷ Zenobia Camprubí, *Diario 3*, cit., pág. 152.

³⁸ Todos los originales de las cartas que a continuación cito de Graciela Palau de Nemes a Zenobia Camprubí se conservan en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez bajo la signatura «Palau de Nemes, G. (143)».

En la carta vemos que, tal como le había aconsejado Zenobia, Graciela Palau quería escribir a Donald Fogelquist y al sueco Arne Häggqvist, pero prefería preparar antes el terreno en su universidad. El director del Departamento de Lenguas Extranjeras era en aquellos años Adolph E. Zucker, y por ello Palau de Nemes deseaba consultar con él antes de hacer nada. Lo que dice al final de la carta respecto a la muchacha traductora del sueco se refiere a que Zenobia, que no había podido todavía conseguir que le tradujeran el artículo de Dethorey, le preguntó a Graciela si lo podía gestionar en Estados Unidos, cosa que, como veremos, finalmente la profesora Palau lograría.

En la siguiente carta, Graciela cuenta ya con el apoyo del director de su departamento, y así se lo explica a Zenobia, al tiempo que le plantea la conveniencia de que otras universidades se sumen a la iniciativa:

Hyattsville, Maryland

27 de septiembre de 1955⁸⁰

Mi queridísima señora Jiménez:

[...]

En primer lugar, ya cuento con el apoyo oficial del doctor Zucker para proponer a Juan Ramón en nombre de la universidad para el Premio Nobel, y poder empezar todas las diligencias.

[...]

El doctor Zucker me dijo le preguntara a usted si hay alguna otra universidad que se suscriba al «movimiento» por acá. Claro, que esas donde Juan Ramón ha enseñado, me parece, como Miami, Duke, Vassar, no? Mejor sería que pudiera uno dirigirse a esas

⁸⁰ Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, signatura «Palau de Nemes, G. (143)».

en donde tenga él alguna persona amiga íntima, con entusiasmo; si se le ocurren nombres, mándemelos.

[...]

P. D. Otra cosa, la sueca de quien le hablé, que enseña en la Universidad de Georgetown, está dispuesta a traducir el artículo sobre don Juan Ramón si es que le conviene a usted mandármelo.

Las cartas siguientes dan menos información sobre el tema, pero nos permiten ver cómo la profesora de Maryland seguía los pasos que se había propuesto. Así, en carta fechada el 4 de octubre, leemos: «Mi querida señora Jiménez: No tengo nada nuevo que contarle, espero contestaciones de Suecia y California referentes al Premio Nobel J. R. J. También de lo de mi beca, que ya el doctor Zucker escribió».

Graciela ya había escrito, pues, a Häggqvist, a Suecia, y a Fogelquist, a California, y esperaba sus respuestas. Al mismo tiempo estaba intentando conseguir una beca para volver a Puerto Rico el verano siguiente y seguir trabajando en su libro sobre Juan Ramón. En carta del 19 de octubre, le habla a Zenobia de la traducción del artículo de Dethorey: «Recibí el artículo en sueco. La muchacha que lo va a traducir me ha dicho que lo hará dentro de dos semanas, pues empezaban las clases en el Instituto Lingüístico de Georgetown y tenía algo especial que hacer [...]».

Gracias a las gestiones de Graciela Palau, los Jiménez pudieron leer por fin el artículo de Dethorey. Así se lo cuenta Zenobia al periodista español afincado en Suecia, en carta de 17 de diciembre de 1955, firmada por ella y por Juan Ramón:⁹⁰

⁹⁰ La carta, escrita a mano por Zenobia, se publicó en edición facsímil en la monografía de Carlos Meneses sobre Dethorey: *Amor a la llibertat. Ernest M. Dethorey (1901-1992)*, cit., págs. 132-133.



Profesorado de Lenguas y Literaturas Extranjeras de la Universidad de Maryland, 1947. De derecha a izquierda, en primera fila, Zenobia Camprubí, Graciela Palau de Nemes, Adolph E. Zucker (director del departamento), Virginia S. Smith y Charles Kramer. En segundo plano, entre otros profesores, Augustus J. Phral (director interino del departamento), Dieter Cunz, Arthur C. Parsons y Wildstosser. Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico.

Querido amigo Dethorey:

Hasta ayer no hemos conseguido la traducción de su artículo, porque usted y Donald Fogelquist se dejaron el uno por el otro. Este verano, al poco tiempo de regresar a California Fogelquist, llegó una antigua alumna, hoy profesora, de la Universidad de Maryland a recoger datos para ampliar su tesis sobre Juan Ramón y convertirla en biografía. Ésta no tenía idea del archivo que vengo acumulando, gracias en su mayor parte a lo que ya tenía Juan Ramón en su sala de la biblioteca de la universidad. Al verlo y después de trabajar hasta las tres de la madrugada algunas noches, decidió volver a pasar aquí el verano entero, para redondear su obra. Es puertorriqueña, casada con un descendiente de yugoslavos y se llama Graciela Nemes. Ella fue quien se llevó un recorte de su artículo y que me ha llegado devuelto, con su traducción hecha por una sueca en Washington. Mil y mil gracias. Juan Ramón y yo lo leímos enseguida [...] en nuestra preciosa sala de trabajo asignada permanentemente a J. R. o a su memoria, cuando él regaló su biblioteca a la universidad. [...] Volvemos a darle las gracias por la extrema amistad de su ensayo.

Zenobia y Juan Ramón J.

1956 (INICIOS). CARTAS DESDE MARYLAND

El año de 1956 empezó con las buenas noticias y los augurios optimistas de Ernesto Dethorey, que el 9 de enero escribió a Zenobia y a Juan Ramón desde Estocolmo, feliz de que les hubiera gustado su artículo, y explicándoles, entre otras cosas, que acababa de aparecer un número de la revista *BLM* con los poemas de Juan Ramón Jiménez y que pronto saldría la edición sueca de *Platero y yo*:

Mis queridos y respetados amigos doña Zenobia y don Juan Ramón:

Con gran alegría y emoción he recibido las líneas autógrafas de doña Zenobia, con la firma de don Juan Ramón, y ante todo me es grato desearles también un año 1956 venturoso desde el principio al fin que gocen en él de buena salud.

De todo corazón les agradezco me hayan escrito al conocer el contenido traducido de mi artículo. Espero poder escribir en breve alguno más y de ello les hablaré más abajo.

Por Arne Häggqvist, que me dijo hace un par de días que les iba a escribir inmediatamente y enviar la revista, sabrán ustedes que en el último número del año pasado de *Bonniers Litterära Magasin* (*BLM* en sigla), que es la revista literaria más importante de Suecia, se han publicado traducidas 16 poesías de don Juan Ramón. La versión sueca es del poeta Hjalmar Gullberg, miembro de la Academia Sueca. Es motivo de alegría que Hjalmar Gullberg haya traducido y publicado este manojito de poemas, pues ésta es la mejor introducción que para don Juan Ramón podía desearse en Suecia. Puede decirse, pues, que don Juan Ramón ha entrado en Suecia con «buen pie» —cosa naturalmente importante—, con el mismo pie con que entró Gabriela Mistral... En el mismo número de *BLM* habrán visto ustedes

también el ensayo de Häggqvist. Éste me ha dicho que por el mismo correo iba a escribir al profesor Fogelquist y a la señora Graciela Nemes, a quienes debía carta.

Supongo que Arne Häggqvist les habrá comunicado también que dentro de poco saldrá su traducción de *Platero y yo*, cuyas últimas pruebas está corrigiendo. La publicación se ha retrasado algo porque ha habido que hacer bastantes correcciones en la traducción. Casi a última hora me pidió Arne Häggqvist que le diera mi opinión sobre su traducción y tuve que decirle francamente que había encontrado bastantes faltas. Me pidió, entonces, le ayudara a hacer las correcciones. He tenido, pues, que dedicar bastante tiempo a revisar toda la traducción junto con Häggqvist. Confieso que ha sido un trabajo difícil [...]. Por ejemplo, yo hubiera hecho hincapié para conservar el nombre de Platero, que creo innecesario sea traducido como ha hecho Häggqvist, que ha dado a *Platero* el nombre sueco de *Silver*. El libro se titulará, pues, en sueco *Silver och jag*.

Por la carta vemos hasta qué punto Dethorey estaba en contacto directo con Häggqvist, cómo le ayudó a mejorar la traducción al sueco de *Platero y yo*, y lo acertado de sus sugerencias, pues, efectivamente, la traducción de *Platero* por *Silver* no les gustó nada a Juan Ramón y a Zenobia. Al mismo tiempo, gracias a esta carta, somos testigos de la relación epistolar de Häggqvist con Fogelquist y con Palau de Nemes, de las que el escritor sueco informa a Dethorey. De hecho, cuando Häggqvist le dice a Dethorey que va a escribir a Zenobia y también a Fogelquist y a Graciela, con toda probabilidad se refiere al envío que hizo a los tres de los estatutos del Nobel. Al recibirlos, Zenobia, que no sabía que Häggqvist también se los había enviado a Fogelquist y a Graciela, se los



Portada de la revista *Bonniers Litterära Magasin (BLM)*, Estocolmo, diciembre de 1955. Colección particular.

| *En presentation av Spaniens störste nu levande poet,
introducerad på svenska i detta häfte* |

Arne Häggqvist

JUAN RAMÓN JIMÉNEZ

1

Om man frågar spanjorer vem de anser vara Spaniens störste nu levande författare, skiftar svaren, och där nämns många namn, flera lysande namn. Men om man frågar efter den störste nu levande poeten, tväkar ingen att ge besked: det är naturligtvis Juan Ramón Jiménez, havets, stjärnornas och rosornas skald, han som för sjuttio år sedan föddes på Andalusens vita Atlantkust men nu sedan länge lever på andra sidan oceanen, i Puerto Rico, vars universitet ger honom både en fritid utan världen och en plattform ut mot världsdelarna. Jiménez är inte glömd någonstans, inte heller i Europa. Mycket mindre bullrande förestörelser än krig räcker visserligen till att överrösta honom, men ändå skall han aldrig överröstas. Ty säkert kan det sägas att poesins egen röst icke förläse obemärkt: om ur stämbandens lätta skålvning kommer en ras ton, kan denna också höras långt bort över havet.

Andalusien, ett geniernas landskap med Velázquez, Murillo, Góngora, Lorca, Picasso och Manólete, har en utövad, färgstark och helijerande såda men även en inövad, mediterande och filosofisk. Detta är tydligt inte minst i litteraturen, där den fantasistiska och sensuella traditionen, tidigt förstärkt av ett arabiskt inflytande, gör sig gällande. Lx. hos Góngora och Lorca, medan den andra lika

särpräglade veka och kändofulla inriktningen hos Lx. klassikern Gustavo Adolfo Bécquer senare går igen hos Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez, Luis Cerónida och ännu flera.

"Det finns i mina landsmins li", säger en författare brensakörande i Sevilla, "likasom en längtan, ständigt sargad av en tragisk desillusion, och i deras klymme ett otydligt och obestämt begär: en knapp erkänd lyckoillusion, en aldrig tillfredsställd åtri till det eviga".

Och Jiménez talade själv härom året i ett föredrag om det äkta poetjagets inre splittring i vad han kallade "ängel och demon", "ängel y duende", en svåröversättlig vändning som emellertid tillhör det andalusiska folkpråket och avser den motsats som även kan definieras som behag eller glädje gesterat oro eller sorg. Säkert är i varje fall att analysen här gäller i synnerhet den andalusiska poetkaraktären och inte minst Jiménez egna läggning. Och man minns hans ord i den vackra lilla boken om Juan Platero: "... glädjen och smärtan är tvillingar liksom Plateros öron".

Naturligtvis låter det sig sägas att Jiménez poesi är det som som hans liv, men hans liv kan också formuleras som en följd av skeppsbrott, flykter och nya landsstigningar — resor, krig, sjukdomsperioder — varvid reserouten geografiskt kan tecknas så här: från Hídeobya Mogar till klosterkolan i Santa María,

mandó a esta última. Así se lo anunciaba en carta del 9 de enero de 1956:⁹¹

Hato Rey. Puerto Rico, 9 de enero de 1956

Mi querida Graziella:

[...]

Le mando por vía aérea los estatutos del Premio Nobel que se le ha ocurrido mandarme a Häggqvist. Él mismo ha indicado puntos importantes y yo creo que el año pasado ninguno de nosotros sabía bastante para que se hicieran las cosas en regla. No creo que nadie hiciera nada para el 1 de febrero de 1955, así que en ningún caso habríamos estado en orden. Luego dice que el voto de una persona sola no vale. Eso creo lo sabíamos pero Fogelquist no me dijo nada de haber conseguido algo de alguna institución. Como Laxness llevaba nueve años presentándose, no hay que perder esperanzas [...].

El escritor islandés Halldór Laxness, al que se refiere Zenobia, hacía tan sólo unos días que acababa de recoger el Nobel de Literatura de 1955. La carta de Häggqvist hace pensar a Zenobia que nunca se había pedido el Nobel para Juan Ramón de acuerdo con los estatutos de la Academia, y así se lo dice a Graciela: «No creo que nadie hiciera nada para el 1 de febrero de 1955, así que en ningún caso habríamos estado en orden». Cuando Zenobia dice «el voto de una sola persona no vale» está en un error. Como ya hemos visto, un escritor podía ser nominado para el Nobel por un catedrático de universidad, por un escritor que hubiese obtenido el premio anteriormente, por los presidentes de las asociaciones de escritores más representativas de cada país, y, claro

⁹¹ La carta se guarda en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez.

está, por cualquier miembro de la Academia Sueca. De ahí que, dado el secreto celosamente guardado por la Academia durante el plazo obligado de cincuenta años, no se haya sabido con certeza hasta hoy que Juan Ramón Jiménez fue nominado para el Premio Nobel cuatro veces —desde 1952 hasta 1955— antes de la definitiva de 1956. A la confusión de Zenobia respecto a la forma de nominación para el Nobel quizá contribuyera también el artículo de Dethorey, que —aunque publicado en abril de 1955— no había podido leer hasta diciembre, cuando recibió la traducción, así como la carta de éste,⁹² recibida anteriormente, donde el periodista español escribía:

Referente al Premio Nobel, digo en el artículo que no sé si la candidatura de su marido se presentó, en su tiempo, en la forma debida, pero, añadido, nada impide que se presente otra vez. Y esto es lo que hay que procurar cuanto antes. *A la Academia Sueca le ha de llegar, si no le ha llegado ya, una proposición de fuera, formulada por un organismo o institución que tenga derecho a presentar candidatos, y que la propuesta venga en regla.*⁹³

Las cartas de Graciela Palau mantuvieron informada a Zenobia a lo largo del mes de enero de 1956 de las gestiones que iba realizando en Maryland, al tiempo que Zenobia preparaba el material que le podía proporcionar para la candidatura. En una de las cartas, Graciela planteaba la posibilidad de pedir a la Universidad de Puerto Rico que se sumara a la propuesta de Maryland, cosa que, como veremos, finalmente no hizo:

⁹² Reproduzco completos la carta y el artículo en la tercera parte de este libro.

⁹³ El subrayado es mío.

Hyattsville, Maryland

12 de enero de 1956

Mi querida señora Jiménez:

[...]

Con permiso de Zucker, voy a escribirle al Rector de la Universidad de Puerto Rico a ver si se unen a la petición, lo único que tendrían que hacer era decir en una carta que se unían y mandárnosla firmada por los profesores de Literatura. (Yo estoy preparando toda la documentación que irá de acá.) Lo de pedirle a la Universidad de Puerto Rico que se una a nosotros no lo haré hasta que no tenga la opinión de ustedes. La carta estará escrita y dirigida para echarla al correo enseguida.

[...]

Muchos abrazos para los dos y que sea éste el año del Premio Nobel para Juan Ramón.

Graciela

En el diario de Zenobia también se pueden seguir algunos pormenores de este proceso. Así, en una nota del 17 de enero, leemos: «En el momento de venimos, una carta de Graciela [Nemes] pidiendo en lista ordenada todo lo que necesita para el Premio Nobel a vuelta de correo, ya que tiene que estar todo en Estocolmo para el 1 de febrero [...]. Apenas descansé reuniendo material para Graciela. A las tres me fui a la biblioteca con Inés, y mientras yo reunía material, ella me hizo dos buenos paquetes que envié por vía aérea a Graciela, haciendo gestiones con la fotocopista para enviar otro paquete de fotocopias hoy».⁹⁴ En las notas del diario de los días siguientes vemos cómo Zenobia continuó con este trabajo. Por fin, el 25 de enero escribe: «En la semana

⁹⁴ Zenobia Camprubí, *Diario 3*, cit., pág. 238.

pasada despaché para Graciela Nemes todo lo que ella me había pedido para Suecia».⁹⁵

En otras cartas de la época, Zenobia cuenta sólo a los más íntimos —y subrayando la importancia del secreto— los pormenores de todo este proceso. Así, en una del 20 de enero de 1956 a su sobrino Francisco Hernández-Pinzón, escribe:

Los suecos están comenzando a pedir muchos datos sobre J. R. y en esto te ruego guardes la mayor reserva porque la publicidad es contraproducente, así que te ruego, ni a tus hermanos. La traducción de *Platero* está a punto de salir y ya la revista literaria más sobresaliente de Estocolmo ha publicado en el mes de diciembre dieciséis poemas de tu tío traducidos por el gran poeta sueco Gullberg, académico, miembro del jurado del Premio Nobel, y traductor de Gabriela Mistral, antes de que el premio le fuera adjudicado a ella. En esto no hay ilusiones porque es una verdadera lotería. El traductor de *Platero*, Arne Häggqvist, publicó en el mismo número de *BLM* un artículo sobre J. R. y mandó tres estatutos sobre las disposiciones para presentarse al Premio Nobel, uno a mí, otro a cada uno de los profesores que están escribiendo sobre J. R., Donald Fogelquist, de la Universidad de California, y Graciela Nemes de Maryland.⁹⁶

El 22 de enero de 1956 Graciela Palau ya había realizado los trámites pertinentes en su universidad y tenía todo preparado para enviar la propuesta a Estocolmo. Así se lo cuenta a Zenobia con gran entusiasmo:

⁹⁵ *Ibíd.*, pág. 244.

⁹⁶ Esta carta y otras de Zenobia de la misma época a su sobrino se publicaron en «Cartas de Zenobia Camprubí a Francisco Hernández-Pinzón», *Ateneu*, any v, núm. 14, Malgrat de Mar (Barcelona), verano-otoño de 1996.

Hyattsville, Maryland

22 de enero de 1956

Queridísima señora Jiménez:

Ya me parece que los veo camino a Suecia. Cuando usted reciba la buena noticia nos manda un cable. Me imagino que entonces le harán un homenaje muy grande a Juan Ramón en Puerto Rico. Que nos inviten, para que vaya el doctor Zucker y vaya yo. ¡Qué alegría!

No creo que fallemos esta vez, con todo lo que estamos enviando, que saldrá por correo aéreo mañana por la mañana, gracias a la cooperación de todos. Nos informaron que el correo aéreo toma cuatro días, pero por lo que pueda suceder, va con ocho días de anticipación. Ya todo está listo. Lo suyo llegó el sábado por la mañana, yo lo organicé sábado y domingo, pues además de hacer constar en la petición todas las razones por las que Juan Ramón es merecedor del premio, se preparó una bibliografía escogida y una lista, enumerando todos los documentos que adjuntamos, con explicaciones referentes a su valor o interés. Incluyendo libros van 31 «documentos». [...]

Entre Zucker y yo redactamos la carta y la secretaria, la señora Temple, sacó tiempo para escribirlo en maquinilla hoy, pues por ser el último día de clases antes de los exámenes, para el grupo de los lunes, miércoles y viernes había que conseguir sus firmas. Digo que sacó tiempo porque tenía un millón de exámenes que preparar y otro trabajo urgente. Y que le conste que todos los miembros del departamento se unieron gustosísimos. Bueno, si a Juan Ramón no le dan el premio en 1956 se hará algo más en 1957. Pero me parece que éste es el año. Dios ha de querer. Yo estoy que si fuera yo la candidata no estaría tan excitada.

La carta a la Academia Sueca, firmada por Adolph E. Zucker,⁹⁷ director del Departamento de Lenguas Extranjeras de la Universidad de Maryland, y por treinta y tres de sus miembros, está fechada el 23 de enero de 1956 y comienza así:

Señores:

Los profesores de Literatura del Departamento de Lenguas y Literaturas extranjeras de la Universidad de Maryland, Estados Unidos, abajo firmantes, respetuosamente recomiendan al poeta español Juan Ramón Jiménez para que se tome en consideración su candidatura al Premio Nobel de Literatura de 1956.

Su contribución a la literatura española moderna le ha situado como el poeta español vivo más eminente que además ha tenido gran influencia en toda una generación de poetas de España y Lationamérica. Su interés por los jóvenes poetas de los países de habla hispana y su dedicación a ellos ha dado lugar a un renacimiento poético a partir de sus visitas a países hispánicos como Cuba, Puerto Rico y Argentina.

Durante cincuenta años, ha permanecido como exponente y defensor incorruptible de los más altos e idealistas principios y tendencias literarios, sin plegarse nunca a la presión exterior ni a intereses personales.

Recomendamos a Jiménez para que consideren su candidatura en esta ocasión en concreto por su libro *Platero y yo*, una obra cuyo verdadero significado no ha sido apreciado hasta hace muy poco. Hoy, más de cuarenta años después de su publicación, es el mejor poema en prosa escrito en español y es considerado un clásico por los críticos literarios de muchos países.

⁹⁷ En la tercera parte de este libro doy la carta firmada por Zucker, así como las páginas del dossier que la acompañaban.

A partir de aquí, el resto de la carta sigue haciendo hincapié sobre todo en la importancia de *Platero y yo*, de su traducción a diferentes lenguas y de su proyección internacional.

Por una nota escrita por Zenobia en su diario el 28 de enero, sabemos que Juan Ramón también estuvo informado puntualmente de todo. Así, refiriéndose al estado de extrema debilidad en el que aún permanecía Juan Ramón, Zenobia escribe: «Sólo logré leerle la larga carta recibida de Graciela Nemes con la petición de los profesores de Lenguas Extranjeras de la Universidad de Maryland para que se le otorgara el Premio Nobel a J. R.»⁹⁸ En carta a Graciela Palau, fechada ese mismo día, Zenobia le cuenta a su amiga la emoción de ambos al ver la dimensión de lo enviado a Estocolmo desde Maryland:

Hato Rey, Puerto Rico, 28 de enero de 1956

Mi querida Graziella:

[...] Después de leer el documento que iba a Suecia, J. R. y yo nos quedamos sobrecojidos con la importancia del primero ¡Cuántas cosas, Dios Santo! Aunque no le toque nada de lo que J. R. llama «una lotería», él lo agradece todo muchísimo y se emociona la mar. Claro, que su depresión le hace decir casi todos los días con tantas cosas buenas que trae el correo «¡Cuántas cosas buenas cuando ya estoy muerto!». Y es que todos los días hay una cosa agradable: un día es la invitación de la Universidad de Granada para ser huésped de honor de la ciudad, otro *La Nación* de Buenos Aires que al sentirse libre quiere fundar un gran suplemento nuevo y le propone un contrato fijo al año [...].
Un gran abrazo

Zenobia C. de J.

⁹⁸ Zenobia Camprubí, *Diario 3*, cit., pág. 247.

Por los diarios de Zenobia sabemos de una coincidencia verdaderamente notable ocurrida en estos mismos días. El 1 de febrero, cuando acababa de cumplirse el plazo final para la presentación de candidaturas, la Universidad de Puerto Rico le pidió a Juan Ramón que secundara una candidatura a favor de Menéndez Pidal para el Nobel de aquel año. Zenobia, que conocía perfectamente los plazos estrictos de envío de las propuestas, anota:

La señora Piovanetti ha venido a recoger la firma de J. R. para presentar a don Ramón Menéndez Pidal como candidato al Premio Nobel. ¡A buena hora! Faltaban la mitad de las firmas y ya es día 1.º de febrero. Claro que J. R. firma, pero el escribir la carta que le piden a sabiendas de que llega tarde sería una farsa.⁹⁹

Por la nota de Zenobia descubrimos, pues, que Juan Ramón firmó la propuesta de la Universidad de Puerto Rico de un Nobel para Pidal, pero que, consciente de que ya no podía llegar, no quiso escribir una carta personal que ya no serviría de nada. Ahora sabemos que, como en años anteriores, Menéndez Pidal fue propuesto para el Nobel de 1956, y que, efectivamente, entre las muchas propuestas llegadas de todo el mundo no se encuentra —como se temían Zenobia y Juan Ramón—, la de la Universidad de Puerto Rico, que no llegó a tiempo. Según los estatutos de la Academia, las demandas de candidatura han de llegar, todavía hoy, antes del 1 de febrero; si no es así, son inmediatamente rechazadas. Si el apoyo de la Universidad de Puerto Rico hubiese sido enviado dentro del plazo estipulado, se habría producido la singular paradoja de que la candidatura de Menéndez Pidal —que

⁹⁹ *Ibíd.*, pág. 250.

como luego veremos fue la finalista de aquel año junto a la de Juan Ramón Jiménez— habría estado apoyada por el otro finalista y finalmente ganador del Nobel de 1956.

En carta del 12 de febrero, Graciela comenta a Zenobia el mismo tema del retraso de Puerto Rico en la candidatura de Pidal, al tiempo que se alegra de no haber pedido en su momento que la Universidad de Puerto Rico se sumara a la iniciativa de Maryland a favor de Juan Ramón, por el peligro de que éste hubiese renunciado a favor de su amigo:

Hyattsville, Maryland
12 de febrero de 1956

Mi querida señora Jiménez:

[...]

Me alegré infinito no haber invitado a la universidad de Puerto Rico a unirse con nosotros en la proposición de Juan Ramón para el Premio Nobel. De haberlo hecho, si hubiera salido a relucir entonces lo de Menéndez Pidal, Juan Ramón se hubiera retirado como en el caso de Ortega. A Menéndez Pidal lo han propuesto tarde para el 1956 y muy pronto para el 1957. ¿Estarán enterados de las reglas? Para considerarlo para este año tenía que estar la candidatura en Suecia antes del 1.º de febrero [...].

En torno a la relación entre estos dos grandes escritores españoles vale la pena constatar otra singular coincidencia que se produjo en esta misma época. A comienzos de 1956 se le concedió a Menéndez Pidal en España el premio March de literatura. El jurado fue casi unánime: sólo un voto rompió el acuerdo general, el del propio Pidal, que votó a favor de Juan Ramón.¹⁰⁰ El

¹⁰⁰ Véase, al respecto, en la segunda parte de este libro, la carta de felicitación por el Nobel de Pidal a Juan Ramón, donde el primero hace mención a este hecho.

poeta español y Zenobia se enteraron de este hecho a través de Federico de Onís, según vemos en una nota del 26 de febrero de 1956 del diario de Zenobia: «Onís entró ayer a decirle a J. R. que en el voto unánime de los Académicos para otorgar el premio March a D. R. [Menéndez Pidal], él fue el único disidente y votó por J. R. Nos alegró mucho esta deferencia de D. Ramón y voy a escribirle hoy».¹⁰¹ Nadie sospechaba entonces, ni siquiera los propios protagonistas, que la disyuntiva entre ambos se había dado ya en las deliberaciones de la Academia Sueca para el Premio Nobel de 1952, y que se volvería a producir —esta vez con mucha más fuerza— durante el año que estaba comenzando.



Los meses que siguieron a aquel intenso comienzo del año 1956 fueron para Juan Ramón y Zenobia cada vez más duros y dramáticos. Zenobia, al tiempo que ayudaba a Graciela Palau de Nemes en las gestiones de la Universidad de Maryland para la candidatura del Nobel, había empezado a trabajar en un proyecto que no abandonó hasta que la enfermedad —que pronto la acosó de nuevo— no la dejó continuar: la preparación de la *Tercera antología poética*.

Desde febrero en adelante, los temas más frecuentes de su diario son, por un lado, los síntomas cada vez más evidentes de un nuevo rebrote del cáncer que había sufrido años atrás y —a partir de la confirmación definitiva del diagnóstico el 10 de marzo—

¹⁰¹ Zenobia Camprubí, *Diario 3*, cit., pág. 265. Pidal entregó el importe total del premio a la Real Academia Española para una fundación destinada a estimular los estudios de filología, crítica histórica, literatura y otras materias mediante premios a los investigadores.

su lucha por vencerlo; y, por el otro, su constante tesón cotidiano en llevar a cabo, con la ayuda de Juan Ramón —también enfermo, pero dispuesto a colaborar—, el proyecto de la *Tercera antología poética*, que en carta de 5 de enero, y por iniciativa del poeta, habían ofrecido al editor español Miguel Ruiz-Castillo, con el que se sentían en deuda.¹⁰²

Es imposible resumir aquí el trabajo y la cotidianidad dolorida de Zenobia durante aquellos meses —ella misma llega a calificar su propio diario como una «monotonía del dolor»—, pero quizá valga la pena reproducir una nota del 19 de marzo de 1956, especialmente ilustrativa de esos dos aspectos de su día a día: «No hice más que poner a máquina veintidós poemas ayer porque el dolor era insoportable. De todos modos, tengo ya cincuenta, de los desperdigados en colaboraciones, a máquina y J. R. me aconseja a cada paso de lo que va surgiendo de los libros inéditos *En el otro costado* y *Una colina meridiana*, anteriores a *Animal de fondo*, *Dios deseado y deseante* y *De ríos que se van*. ¡Si Dios me permitiera alcanzar a ver editados los cuatro! Hoy lunes me rindo y me quedo en la cama para ver si mañana, que tengo que ir a la última inyección y yendo en taxi sufro menos que el sábado pasado».¹⁰³

La enfermedad se fue recrudeciendo a pesar del tratamiento al que fue sometida durante los meses de abril y mayo, y, en junio, Zenobia decidió viajar de nuevo a Boston con la esperanza de mejorar allí. Antes de su partida, llegaba a la isla Graciela Palau, que finalmente había conseguido la beca para seguir trabajando en su libro. Su llegada alivió las preocupaciones de

¹⁰² Para seguir el proceso de preparación de la *Tercera antología*, así como la relación epistolar con el editor, véase: José Antonio Expósito, *Historia de un libro: Tercera antología poética de JRJ*, Moguer, Fundación Juan Ramón Jiménez, 2003.

¹⁰³ Zenobia Camprubí, *Diario 3*, cit., pág. 278.

Zenobia, que esperaba que la estancia y el trabajo de Graciela ayudaran a hacer más llevadera su ausencia a Juan Ramón.

Zenobia viajó a Boston el 24 de junio, acompañada por el doctor Ángel Rodríguez Olleros y su mujer. El 3 de julio, el doctor John V. Meigs, el mismo que la operó en 1951, le dio muy pocas esperanzas de curación. Ese mismo día Zenobia escribió en su *Diario*:

El Dr. Meigs estuvo y contestó con honradez a mis preguntas. Parece que tengo pocas oportunidades de escapar esta vez. Me alegro de saber las cosas para arreglar mi horario, por decirlo así, y ya hoy (esto se escribe anochecido) he escrito a Ruiz-Castillo, a Paco [Hernández-Pinzón] y a Graciela Nemes para salir del libro [*Tercera antología*] lo más pronto posible.¹⁶⁴

El doctor Meigs le recomendó que volviera a Boston a principios de septiembre para reconocerla de nuevo y ver si había posibilidades de que la operaran entonces. La entereza, la generosidad y el extraordinario espíritu luchador de Zenobia se reflejan en la nota escrita en su *Diario*, en Boston, la víspera de su regreso a Puerto Rico:

¿Querrá Dios que llegue aquí, de nuevo, en la primera semana de septiembre y que me opere Meigs con éxito? De todos modos, este viaje habrá valido la pena por lo que me ha demostrado de cariño de las dos hijas de mi hermano, que lo han sido de verdad en todos los sentidos. La idea de estar otra vez en los brazos de mi queridísimo J. R. mañana me llena de alegría.¹⁶⁵

¹⁶⁴ *Ibídem*, pág. 337.

¹⁶⁵ *Ibídem*, pág. 341.

Zenobia regresó a Puerto Rico en avión el jueves 12 de julio por la noche. Muy pronto, a pesar de su enfermedad, volvió al trabajo. Ayudó a Graciela en su libro, al tiempo que ésta, a su vez, colaboraba con ella en la preparación de la *Tercera antología* y ayudaba al matrimonio en todo lo que podía. En la segunda mitad de julio, Zenobia, al verse sin fuerza para terminar la labor a la que ella y Juan Ramón habían dedicado tantos meses, se decidió a escribir al poeta cubano, y querido amigo del matrimonio, Eugenio Florit, que entonces vivía en Nueva York, para que «dé el último empujón» a la antología. El 8 de agosto, escribe en el *Diario*: «Hoy le daré el proyecto de la *Tercera antología* a Graciela para que me lo ponga a máquina y enviarlo a Florit». Y el diez de agosto anota: «Ayer llegó carta del bendito de Florit, aceptando. Me lo figuraba. ¡Qué bueno que es!». ¹⁶⁶

El 23 de agosto Graciela regresó a Estados Unidos. Al día siguiente, Zenobia anotó en su *Diario*: «Ayer se me fue Graciela, con gran pena mía». ¹⁶⁷ Durante los días siguientes Zenobia continuó trabajando en la *Tercera antología*. El 28 de agosto escribía: «Hoy voy a ver si consigo los poemas de *De ríos que se van* [...] para terminar el último paquete de Florit que llevo conmigo». ¹⁶⁸ Zenobia planeaba entrevistarse con Florit en Nueva York, de camino a Boston, y así lo hizo. El 3 de septiembre viajó con la esperanza de una operación que salvase o alargase su vida; esta vez la acompañó hasta Nueva York el doctor Hilarión [Larry] Sánchez. En Nueva York se hospedó en el hotel Roosevelt, donde recibió la visita de Eugenio Florit, le entregó el material que llevaba consigo y trabajó con él en la antología. Su sobrina Inés Camprubí la acompañó a Boston,

¹⁶⁶ *Ibíd.*, pág. 354.

¹⁶⁷ *Ibíd.*, pág. 360.

¹⁶⁸ *Ibíd.*, pág. 362.

donde el 4 de septiembre por la tarde ingresó en el Massachusetts General Hospital. Después de unos días de internamiento y tras el reconocimiento del doctor Meigs, se vio que la operación no era posible y que a la enferma le quedaba muy poco tiempo de vida. El 11 de septiembre Zenobia escribió una carta¹⁰⁹ a su sobrino Francisco Hernández-Pinzón en lo que le explicaba la situación con la serenidad y la entereza que la caracterizaban:

Queridísimo Paco de mi alma:

Dentro de un par de días viene a escribirte una carta larga a máquina (una buena carta completa) una buena chica nacida en Madrid, pero no quiero dejar de decirte cuanto antes que me vuelvo a P. R. sin operarme porque el cirujano ha sido demasiado concienzudo para emprender una operación que comprende llegar demasiado tarde. Ya no hay más que encontrar con quien regresar, encontrar un médico con quien regresar. No sé si decirle a J. R., porque me parece demasiado cruel, la verdad. Ahora que estoy desahuciada espero que el Cardenal de Victoria¹¹⁰ venga en mi socorro, y ya sabes que algunos buenos cirujanos son malos profetas, como éste que predijo en 1950 que mi operación había sido la más limpia de su vida y que para él estaba curada para siempre. Cinta V[arón] [...] te mandará una copia del testamento depositado en el Consulado de España en S. J. de P., que se abrirá a su debido tiempo cuando Dios me llame, si el cardenal no detiene Su Augusta Mano.

Dios os bendiga a todos.

Tu tía Zenobia

¹⁰⁹ *Ibíd.*, pág. 368.

¹¹⁰ *Ibíd.*, pág. 337, nota 149.

El lunes 17 de septiembre el doctor Larry Sánchez fue a recoger a Zenobia a Boston, desde donde ese mismo día volvieron a Puerto Rico. Dos días más tarde fue trasladada en estado muy grave a la Clínica Mimiya. Le quedaba tan sólo poco más de un mes de vida.



Zenobia en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico, hacia 1956. Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico.

1956 ACADEMIA SUECA. EL PREMIO NOBEL

La concurrencia de escritores para el Nobel de 1956 también fue, como la de 1955, muy numerosa. Se presentaron cuarenta y cuatro candidaturas,¹⁰³ y entre ellas las había tan importantes como las de Graham Greene, Albert Camus, Ezra Pound, Gottfried Benn, Nikos Kazantzakis, Ernst Jünger o Giuseppe Ungaretti. En lo que se refiere a los candidatos en lengua española, 1956 también fue un año especialmente relevante. Se presentaron peticiones de Nobel para Alfonso Reyes, Pablo Neruda y, por vez primera, para Jorge Luis Borges. La candidatura de Reyes fue apoyada por la Universidad de México D. F.; en cambio, ni la candidatura de Neruda ni la de Borges fueron avaladas por instituciones de sus respectivos países. Neruda fue propuesto por André Joucla-Ruau, de la Universidad de Aix-en-Provence, y Borges por René Étiemble, catedrático de la Universidad de Montpellier. Como el año anterior, sólo hubo dos candidatos españoles: Menéndez Pidal y Juan Ramón Jiménez.

Antes de que el 1 de febrero se cerrara el plazo de admisión de propuestas y de que se elaborarse la lista definitiva de nombres, el 26 de enero de 1956 hubo una reunión de miembros de la Academia, de la que tenemos constancia por unas notas de Österling que se conservan en los archivos de la Academia Sueca, donde resume así las propuestas de los propios académicos:

1. Karen Blixen, propuesta por los señores Ekeberg y Ahnlund.
2. G. Trevelyan, propuesto por Nils Ahnlund.
3. Juan Ramón Jiménez, propuesto por Harry Martinson.

¹⁰³ En los documentos finales doy el listado completo de los candidatos y miembros de la Academia Sueca de ese año.

4. Eugène Baie, propuesto por Nils Ahnlund.
5. Albert Camus, propuesto por los señores Bergman y Ekeberg.

El procedimiento para la elección del premio es el siguiente: un comité de entre tres y cinco miembros de la Academia hace el trabajo preliminar. A comienzos de febrero, cuando termina el plazo de admisión de candidaturas, dicho comité prepara una lista con las propuestas del año que es presentada a la Academia para su ratificación. En reuniones posteriores del Comité, la lista se va reduciendo. A fines de mayo el Comité del Nobel presenta su propuesta definitiva con la lista de candidatos, que suele ser de entorno a cinco nombres. A mediados de septiembre, la Academia se reúne y el premio es el principal asunto que se trata. Entonces, cada uno de los miembros del Comité del Nobel presenta sus preferencias entre los candidatos finalistas y expone sus razones. Como he señalado, el 2 de febrero, el Comité presentó las cuarenta y cuatro candidaturas de aquel año, que incluían también sus propuestas a partir de la reunión citada de 26 de enero.

En 1956 el Comité del Nobel estaba compuesto por Anders Österling, presidente, Sigfried Siwertz y Hjalmar Gullberg. Actuaba como secretario Uno Willers. En las consideraciones individuales de la reunión de septiembre de aquel año, Österling empieza señalando que de los seis candidatos que habían quedado tras sucesivas reuniones, había que descartar a dos de ellos: Gottfried Benn y Hans Carossa, que acababan de morir aquel verano. Quedaban pues cuatro finalistas: Eugène Baie, Saint-John Perse, Ramón Menéndez Pidal y Juan Ramón Jiménez.

El primero de ellos, el escritor belga Eugène Baie, quedó pronto descartado por Österling, que señala: «Debo admitir que, hoy por hoy, mis dudas acerca de si realmente merece tal distinción son aún mayores. Su reciente obra maestra, *Le siècle des Gueux*, demuestra una gran capacidad de conmovir y una com-

posición de lo más vívida; pero incluso sin conocimientos históricos, uno puede permitirse señalar una retórica anticuada, una exposición marcada por un entusiasmo monótono que consigue agotar de aburrimiento hasta al lector más respetuoso».

Saint-John Perse, cuya candidatura se había presentado también el año anterior, no era un poeta que el presidente del Comité apreciara especialmente. A pesar de ello, Österling reconoce en su informe que puede gustar a otros miembros de la Academia, y que si la propuesta prosperara —aun sin la complicidad de su secretario permanente—, su nombre no desacreditaría la lista de galardonados: «El hecho de que a mí personalmente no me atraiga demasiado su poesía —cuyas olas susurran en mis oídos con una melodía tan monótona como la del propio mar—, sin duda puede considerarse una cosa de la edad y estoy dispuesto a tener en cuenta las valoraciones de aquellos que consideran a Saint-John Perse un poeta genial».

Después de dejar de lado estas candidaturas, Österling centra su reflexión en los dos escritores españoles:

Salta a la vista que la extensa área lingüística de España ha sido gravemente descuidada desde 1922, cuando se concedió el premio al dramaturgo Benavente. El descontento creciente expresado por parte española a causa de ello es sumamente razonable y no debería ser desatendido.

La Academia tiene ahora la oportunidad de distinguir al viejo Pidal, considerado el principal humanista del mundo hispánico. El pronunciamiento colectivo que acompaña su nombre, una vez más, es tan elocuente como representativo. La Academia se ha mostrado recelosa reiteradas veces ante esta candidatura, pero dado que apenas ninguno de los autores puramente literarios de este año prevalece de manera clara, me parece que lo más fácil es sopesar de nuevo esta opción. En este caso, se establecería

un paralelo con el galardón que en su momento se concedió a Momsen, de 85 años.

[...]

En cuanto a Jiménez, no creo que sea necesario exponer aquí sus méritos después de las largas y minuciosas discusiones de las cuales ha sido objeto. Para los principales detractores de conceder el premio a la erudición humanista, en estos momentos su nombre debería ofrecer la alternativa más adecuada. Este poeta español es, en todo caso, merecedor de un puesto de honor entre los representantes de la lírica moderna que se han propuesto este año. El informe científico nos ha proporcionado una gran cantidad de información muy valiosa referente a su posición en general y a su personalidad literaria; estoy convencido de que como gran maestro de la poesía cumple con las exigencias de calidad de un Premio Nobel, aunque posiblemente no satisfaga en la misma medida los deseos del colectivo español.

Es por todo ello que me permito proponer como Premio Nobel de literatura de este año: 1.º Ramón Menéndez Pidal. 2.º Juan Ramón Jiménez.

Con sus palabras, el presidente del Comité, a parte de dejar clara su preferencia por Pidal, descubre la existencia de «largas y minuciosas discusiones» de las cuales ha sido objeto Juan Ramón. Es una pena que no quede constancia de ellas, pero parece claro que esas discusiones cambiaron radicalmente la opinión del secretario permanente de la Academia sobre el poeta español. A ello también debió de contribuir el informe científico al que Österling se refiere, que la Academia había encargado a Matilde Goulard como especialista en literatura española, y del que hablaré más abajo.

Otro miembro del comité, Sigfrid Siwertz, se suma a la alternativa española presentada por el presidente, pero, a diferencia

de éste, según sus palabras, prefiere «poner a Juan Ramón Jiménez en primer lugar y a Ramón Menéndez Pidal en el segundo, habida cuenta de la importancia de dar un premio poético este año».

Gullberg comparte la opinión del presidente sobre la importancia de un premio español, pero recomienda únicamente a Juan Ramón Jiménez, mostrando su deseo de que el Premio Nobel de ese año sea para un poeta. Además, el escritor y académico sueco redacta un largo informe dividido en tres partes en el que defiende abiertamente que el Premio Nobel de Literatura de 1956 ha de ser para Juan Ramón Jiménez.

El informe de Matica Goulard

La Academia había pedido ya un informe científico externo sobre Juan Ramón —al que Österling hace referencia más arriba— a Matilde Goulard de Westberg.¹¹²

La propia escritora ha explicado las circunstancias en que se le encargó dicho trabajo:

[...] en el mes de mayo de 1956, recibí una carta de la Academia Sueca preguntándome si estaba dispuesta a hacer un informe literario sobre Juan Ramón Jiménez con destino a los miembros de la Academia. La sugerencia debía de proceder de Hjalmar Gullberg, ya que aunque yo había colaborado en algunos informes, lo había hecho indirectamente a través del profesorado de lenguas románicas de la Universidad. Escribí rápidamente el informe en el Parador de la Sierra de Gredos. Traté de hacer un

¹¹² El informe se ha guardado durante todos estos años en los archivos de la Academia Sueca y es, por tanto, la primera vez que se da a conocer. Por su importancia, lo reproduzco traducido en la tercera parte de este libro.

trabajo honesto de carácter más bien popular, para convencer a los restantes diecisiete miembros de la Academia que con toda probabilidad no sabían nada de Juan Ramón Jiménez, de que se trataba de un candidato indiscutible. Cuando llegó a nuestras manos el acuse de recibo de la Academia, fechado el 22 de julio de 1956, en términos satisfactorios, me quedé tranquila y esperé el resultado [...].¹¹³

El largo informe de Goulard es verdaderamente —como ella misma señala— un trabajo pensado para dar a conocer a los académicos suecos la trayectoria poética de Juan Ramón y subrayar su importancia. Resume pormenorizadamente la vida y la obra del poeta español y lo enmarca en la historia de la literatura moderna. Para ilustrar su trabajo, cita y traduce textos en verso y en prosa de Jiménez desde sus inicios hasta *Animal de fondo* (1949), su último libro publicado. Señala también la gran influencia que su poesía tuvo en los miembros de la generación del 27 y, como antes hiciera Ernesto Dethorey, lo califica como «el maestro», resaltando asimismo que lo ha sido también para algunos de los más importantes poetas hispanoamericanos, entre los que cita a la poeta chilena Gabriela Mistral, al mexicano Xavier Villaurrutia y al peruano José Gálvez.

Matilde Goulard termina su informe subrayando la extraordinaria relevancia del poeta en todo el ámbito de la lengua española y haciendo suyas unas palabras de Federico de Onís sobre Jiménez:

Hoy en día la mayoría está de acuerdo en que Juan Ramón Jiménez ha sido y todavía es el poeta por excelencia en lengua espa-

¹¹³ Matica Goulard de Westberg, «Juan Ramón Jiménez y el Premio Nobel», cit.

ñola. Suscribimos la opinión de Federico de Onís: «No quiero decir que J.R.J. sea el mayor poeta que ha existido; creo que se encuentra entre los más grandes, y dudo que haya quien le supere en pureza y en unidad. Es dudoso que haya una poesía más libre de elementos no poéticos que la suya, una poesía de la que estén más ausentes las ideas y las realidades exteriores, y que sea toda, como la de los místicos, expresión en palabras de puras e inefables realidades interiores; y lo es también que haya habido una vocación poética tan tenaz, continua, exclusiva y lograda como la suya, una permanencia de identidad tal a través de tantas variaciones».

Conocer hoy este magnífico informe y la importancia que tuvo para la decisión final de la Academia Sueca, hace que la lectura de la carta de Matica Goulard a Jiménez,¹⁴ escrita la mañana del 10 de diciembre de 1956, poco antes de asistir a la ceremonia de entrega del Nobel, resulte especialmente emocionante:

Mi querido Juan Ramón y mi querida Zenobia:

Así tengo que escribirles a los dos porque juntos están y estarán en mi memoria los dos nombres desde los días en que yo jugaba en el jardín de la Institución Libre de Enseñanza y aprendía —antes que leía— los versos de Juan Ramón.

Hace muchos meses que yo había soñado con una carta de felicitación, después pensé que no querría usted leer ni felicitaciones ni pésames. Pero yo tenía con usted algo semejante a una deuda de gratitud.

Y es que en mayo, la Academia Sueca me pidió un informe sobre su obra (suelen pedir un estudio literario a una persona impar-

¹⁴ Véase la carta 144 en la segunda parte de este libro.

cial). Yo me iba a Madrid este año a primeros de junio, al terminar mis clases de español en la Universidad de Gotemburgo, en condiciones bien diferentes a las de otros veranos. Acababa de casarme, y mi marido, colega mío en la universidad en otras materias, no había puesto nunca sus pies en España.

En Madrid, León Sánchez [Cuesta] me prestó las publicaciones que me faltaban, sobre todo los cuadernos sueltos. Después nos subimos al Parador de Gredos y allí, entre pinos y retamas en flor, escribí de un tirón el texto del informe en español, y mi marido me ayudó a ponerlo en sueco. Fue una época tan perfecta, Juan Ramón, que tengo que darle las gracias con toda el alma. Allí soñé muchas veces en una carta de felicitación para los dos. Perdón si la escribo aun así. Me parece justo.

Esta tarde, cuando asista a la ceremonia en la Sala de Concier-tos, yo pensaré en dos cosas: en sus versos, Juan Ramón, que me han dado tanto en la vida, y en Zenobia, que yo sentiré presente todo el tiempo en el lugar que le correspondía.

Suya, con toda el alma

Matica

El informe de Hjalmar Gullberg

Hemos visto, pues, cómo en la reunión de septiembre de 1956, la propuesta de los tres miembros del Comité del Nobel se centra-ba en los dos escritores españoles presentados aquel año: Menéndez Pidal y Juan Ramón Jiménez. Österling prefería a Pidal, y Siwertz y Gullberg a Jiménez. De cara a la reunión definitiva, don-de todos los académicos tenían que dar su voto, la diferencia entre ambas candidaturas era escasa. Juan Ramón tenía el apoyo de dos de los tres miembros del Comité, pero Pidal tenía el de su presidente. Además, la candidatura del erudito español contaba

con múltiples apoyos institucionales y particulares, tanto del ámbito académico español como de los más importantes romanistas de todo el mundo. Por ello, convencido de que el Nobel tenía que ser para el poeta español, Hjalmar Gullberg redactó un informe sobre Juan Ramón ante el cual palidece la defensa hecha por Österlig de un Nobel para Pidal.

Gullberg divide su informe en tres partes. La primera, titulada «Las poéticas de Juan Ramón», es la más extensa. En ella habla de la trayectoria poética de Jiménez en sus distintas épocas y acompaña su reflexión con la traducción de algunos de sus poemas. Se apoya en parte en el informe de Matica Goulard, pero es fácil ver otras fuentes en su conocimiento —mucho más completo ahora que en años anteriores— del poeta español. El académico empieza su informe poniendo a Jiménez en relación con la mejor poesía escrita en nuestra lengua, ejemplificada en la gran figura de Juan de la Cruz:

El camino que nos lleva del mundo exterior al mundo interior ha sido a menudo un camino español. Juan de la Cruz, hijo de la desértica meseta castellana, sondeó la oscuridad de la noche que los sentidos y el alma pueden penetrar; por esa oscuridad, armó él mismo sus sublimes estrofas con notas al pie, las cuales fueron creciendo hasta convertirse en tratados de mística. Por otro camino, con mucha más luz y hacia la fuente de donde emana toda luz, nos llega Juan Ramón Jiménez a través del paisaje de Andalucía.

Más adelante, y citando de nuevo al místico castellano, Gullberg subraya una característica fundamental de Juan Ramón de la que ya habían hablado en su momento Arne Häggqvist y Ernesto Dethorey: la soledad; característica que, al cabo, será vista por el escritor sueco no como una señal de «elitismo» —como en su

Juan Ramón Jiménez

HUR TÄTT VID SJÄLEN REDAN

Dikter i svensk öfversättning av Hjalmar Gullberg

Grönsiska

La verdezolla; av Elzías, 1907-08.

Grön är flickungen. Har gröna
ögon, hennes hår är grönt.

Hennes vildros är i hagen
varken röd eller vit. Men grön.

Hon kom i den gröna luften!
(Och jorden färgades grön.)

Det skimrar om hennes slöja
varken vitt eller blått. Men grönt.

Hon kom över gröna vatten!
(Och himlen färgades grön.)

Mitt liv har för henne jämt öppen
en liten gränd som är grön.

Vinteretsning (Snö)

*Estampa de invierno (Nieve); av Poesías inéditas
e inéditas, 1909.*

Var har alla färger gömt sig
denna svart-och-vita dag?
Lövet, svart; vattnet, grått; med jord
och himmel i en svart-och-vit melering;
och den förestämda staden:
en gammal etsning i romantisk stil.

775

Poemas de Juan Ramón Jiménez traducidos por Hjalmar Gullberg en la revista *Bonniers Litterära Magasin (BLM)*, Estocolmo, diciembre de 1955. Colección particular.

día la juzgara Österling—, sino como una muestra de entrega plena a la poesía:

Un famoso verso de Juan de la Cruz dio a Juan Ramón Jiménez el título de su libro *La soledad sonora*,¹⁵ la soledad que sueña. Este gran poeta ha sido siempre una voz sola levantándose a través del tiempo. A lo largo de más de medio siglo, la literatura española moderna ha vibrado con un solo en constante transformación, tan reconocible como imprevisible cada vez que reaparece, tan inimitablemente único como múltiples veces imitado a ambos lados del océano que separa y une los países hispanos.

Gullberg subraya también —en el fragmento citado y a lo largo de su informe— cómo la voz solitaria del poeta de Moguer ha influido decisivamente en la poesía de ambos lados del océano, y el primer ejemplo que da se refiere al más universal de sus discípulos: Federico García Lorca. Para ello cita —como antes hiciera Dethorey— el famoso «Romance sonámbulo» del poeta granadino: «Todos los poemas en amarillo y en verde pertenecen al primer período —el famoso poema de su discípulo García Lorca sobre el verde tiene aquí su precedente literario». Para ejemplificar lo dicho, Gullberg traduce el poema de Juan Ramón titulado «La verdecilla». Tanto el ejemplo referido al «verde que te quiero verde», de Lorca, como el poema escogido para traducir, los toma Gullberg, sin decirlo abiertamente, de la antología que Trend publicó en Oxford en 1950: *Juan Ramón Jiménez, Fifty Spanish Poems*. Dicha antología se abre precisamente con ese mismo poema, y en su introducción Trend

¹⁵ En castellano en el original (N. de la T.).

establece esa relación entre el color en Juan Ramón y en Lorca, a la que luego se referirían Dethorey, en su artículo de abril de 1955, y ahora Gullberg. «La verdecilla» fue también el primer poema de la selección de dieciséis poemas que Gullberg había publicado en la revista *BLM* en diciembre de 1955. De hecho, en su informe para la Academia, Gullberg acompaña su reflexión sobre la obra de Jiménez con los mismos poemas que publicó meses antes en la célebre revista sueca. De la importancia que tuvo la antología de Trend en la difusión de la obra de Juan Ramón y, más en concreto, de su influencia en los medios académicos suecos, nos damos cuenta al constatar que los dieciséis poemas de la selección hecha por Gullberg para *BLM* y para el informe del Comité del Nobel están incluidos en la antología de J. B. Trend en edición bilingüe español-inglés. Son poemas de épocas distintas que en algunos casos son conocidos, pero que en otros provienen de libros de Juan Ramón muy difíciles de conseguir, aunque no para Trend, buen amigo de Jiménez desde hacía años y muy unido a los medios culturales de la España del exilio. Sin lugar a dudas, pues, la fuente principal de la que parte Gullberg para su selección y traducción de Jiménez, así como para algunos de los juicios que sobre su obra vierte en el informe para la Academia, es el libro de J. B. Trend.

La segunda parte del informe, mucho más breve, la titula Gullberg «El poeta en prosa». Desde su comienzo, el académico entra de lleno en el tema —que ya no abandonará en su exposición— del desconocimiento general de la importancia de la obra de Juan Ramón Jiménez y, sobre todo, del desinterés en los medios culturales de España:

Se da por hecho que un premio a Juan Ramón Jiménez causaría al menos sorpresa, incluso en España; un nombre desconocido

para demasiada gente hoy en día. Me gustaría plantear algunas objeciones a este razonamiento, no porque ponga de manifiesto una concepción ruin y marcada por la coyuntura de un premio de literatura que tiene por objeto galardonar «lo más excelso que tiende a lo ideal», sino porque, de hecho, no responde a la verdad ni a la realidad.

Para hacer hincapié en el hecho de que la obra de Juan Ramón ha tenido una gran proyección internacional, a pesar de no buscarlo el poeta, Gullberg se basa en la enorme difusión de *Platero y yo*:

Lo cierto es que el gran maestro de la poesía no es un best-seller internacional que se deje fotografiar en revistas, aunque con su rostro delgado, esa bella barba y su mirada profunda, parece haber salido directamente de un cuadro de El Greco. Pero toda la familia lingüística española lo conoce. De hecho, media docena de países han adoptado su *Platero y yo* como lectura escolar, un homenaje delicioso a su tierra andaluza. [...] La modesta localidad de Moguer pervivirá en la memoria como el pueblo natal de Platero, aun cuando a los profesores más eruditos de las universidades españolas se les olvide que su más noble cantor, un hombre solitario y en la lejanía, también nació allí.

La tercera parte del informe se titula «Candidato al Premio Nobel: A la inmensa minoría de la Academia Sueca», y está subdividida en dos secciones. En la primera, titulada «Una única carta», Gullberg recuerda y cita completa la carta que en 1952 C. M. Bowra escribió a la Academia abogando por un Premio Nobel para Jiménez: «El incomparable experto en la poesía de nuestro siglo y sus circunstancias históricas, C. M. Bowra, de Oxford, transmitió a la Academia Sueca el 7 de ene-

ro de 1952 la propuesta que se distribuyó entre sus miembros de aquel momento».

Tras citar la carta, el académico redacta la segunda sección, que titula «Un juego desigual». En ella, Gullberg hace un verdadero alegato a favor del poeta español, comparando el apoyo multitudinario de humanistas y científicos de todo el mundo a la candidatura de Pidal con la soledad «que habla por sí misma» del poeta verdadero, que una inmensa minoría —de la que Bowra se erige en símbolo— reconoce como tal. Por eso Gullberg se dirige, significativamente, «a la inmensa minoría de la Academia Sueca».

En este final de su informe, el académico y poeta sueco se muestra además especialmente crítico con la España oficial, llegando a afirmar que para que una hipotética Real Academia Española hubiese salido en defensa de su gran poeta, habría sido necesario «construir una [academia] invisible en la cual el poeta, aquí sí, hubiese contado con amigos y avaladores. Pero sus contemporáneos de la famosa “generación del 98”, un Unamuno, un Antonio Machado (ambos también dignos candidatos al Premio Nobel) están todos muertos. Y sus discípulos más brillantes, un Rafael Alberti, un García Lorca, o bien se exiliaron o enseguida fueron definitivamente arrinconados por el régimen vencedor». Por su interés, doy a continuación, traducido, todo el alegato final del informe de Gullberg:

UN JUEGO DESIGUAL

Este año el presidente del Comité del Nobel ha presentado, y con razón, la alternativa española entre Menéndez Pidal y Juan Ramón Jiménez. A estas alturas del proceso, como mínimo parece posible que la elección se dispute entre ellos dos. En previsión de posibles malentendidos, quizás deberíamos decir que no

parece que ninguno de los dos tenga vínculos directos con la política, y menos aún que estén comprometidos políticamente.¹¹⁶

Sin embargo, puede ser que dentro de poco uno y otro estén fuera de juego a causa de sus respectivas edades.

Una opinión generalizada, de la que por supuesto la Academia no puede hacer caso omiso, aun conservando su libertad de elección, exige, con una fuerza unánime, un Premio Nobel para el gran decano de las ciencias humanas españolas. Miembros de la Real Academia Española y otros académicos han recibido el apoyo de rectores, decanos y profesores de las universidades de Salamanca, Sevilla, Zaragoza, Valladolid, Granada, Barcelona, Oviedo, Murcia, etc. Toda la España oficial actual ha erigido el nombre venerado y sin mácula de Menéndez Pidal como una enseña ante el mundo, y comprendo que sea necesario hacerlo. Además, un verdadero hormiguero de profesores de los diferentes confines de la tierra está de acuerdo con este destacado portavoz.

¹¹⁶ El juicio de Gullberg sobre este tema merece ser precisado. La trayectoria personal e intelectual de Pidal y Jiménez tiene orígenes muy similares, aunque sea muy distinto su compromiso político posterior. Ambos estuvieron muy unidos a la Residencia de Estudiantes de Madrid, y a instituciones relacionadas con los principios propugnados por la Institución Libre de Enseñanza. Menéndez Pidal fue director del Centro de Estudios Históricos, desde su creación, y en mayo de 1926 fue elegido vicepresidente primero de la Junta para Ampliación de Estudios. En cuanto a Jiménez, ya es conocida su vinculación con la Residencia de Estudiantes, su amistad fraterna con Alberto Jiménez Fraud —su primer y único director de 1910 a 1936—, así como la admiración que durante toda su vida tuvo por los hombres de la Institución Libre de Enseñanza, particularmente por su fundador, Francisco Giner de los Ríos, al que siempre consideró su maestro. Tras la guerra civil, Pidal volvió a España en julio de 1939; Juan Ramón no volvió nunca y murió en el exilio. En 1925, Menéndez Pidal, que había ingresado en la Real Academia Española en 1901, fue elegido director de la misma, cargo en el que estuvo hasta 1939, cuando cesó en señal de protesta ante las decisiones que el poder político tomó sobre la situación de algunos de sus miembros; sin embargo, volvió a ser elegido director en 1947 y siguió en el cargo hasta su muerte. Como ya he señalado, Juan Ramón rechazó en tres ocasiones la propuesta de entrar en la Real Academia Española.

En esta ocasión, Juan Ramón Jiménez ha sido propuesto por el señor Martinson; no es la primera vez que un miembro de la Academia Sueca salva un nombre de la lista de candidatos. No cabe duda de que lo más verosímil hubiera sido que una Real Academia Española saliera en defensa de su gran poeta. Sin embargo, en ese caso hubiéramos tenido que construir una academia española invisible, en la cual el poeta, aquí sí, hubiese contado con amigos y avaladores. Pero sus contemporáneos de la famosa «generación del 98», un Unamuno, un Antonio Machado (ambos también dignos candidatos al Premio Nobel) están todos muertos. Y sus discípulos más brillantes, un Rafael Alberti, un García Lorca, o bien se exiliaron o enseguida fueron definitivamente arrinconados por el régimen vencedor. Un juego desigual —forma parte de la naturaleza de las cosas y no hay nada de malo en ello—. El colectivo de humanistas y científicos de relevancia internacional, lógicamente tiene otras cosas que hacer que ocuparse de la poesía. *La soledad sonora*¹⁷, la soledad que habla, habla por sí misma. Y quizás sea mejor así.

Estocolmo, septiembre de 1956

Hjalmar Gullberg

La rotunda y esclarecedora defensa de Hjalmar Gullberg tuvo el efecto deseado y la «inmensa minoría de la Academia Sueca» se inclinó unánimemente a favor de la candidatura del poeta español. El 25 de octubre de 1956, cuando se hiciese pública la noticia, la Academia Sueca concedería el Premio Nobel de Literatura a Juan Ramón Jiménez: «por su obra lírica que en la lengua española constituye un modelo de alta espiritualidad y pureza artística».

¹⁷ En castellano en el original (N. de la T.).

1956 (OCTUBRE). PUERTO RICO. CLÍNICA MIMIYA

Zenobia había regresado de Boston a Puerto Rico el lunes 17 de septiembre acompañada del doctor Larry Sánchez. Después de que la trasladaran a su casa, los médicos recomendaron que fuese ingresada en la Clínica Mimiya, dada su extrema gravedad. Al día siguiente de su llegada a la isla, el doctor Sánchez escribe la siguiente carta¹¹⁸ a Francisco Hernández-Pinzón, sobrino de Juan Ramón y Zenobia:

Sr. Don Francisco Hernández-Pinzón
Capt. De la Maestranza de Sevilla
Estepa, Sevilla

Estimado señor Pinzón:

Ya que usted no me conoce procede que me presente. Soy el doctor Sánchez, amigo de Juan Ramón y Zenobia y fui quien acompañó a Zenobia al Hospital de Boston en su último viaje. Ayer lunes fui de nuevo a Boston a buscarla y la regresé a su casa. Además de esto soy amigo de ellos por muchos años y los quiero como si fueran de mi sangre.

Zenobia está ya en su lecho de muerte. Creo que durará diez o quince días más a lo sumo. El problema que anticipo es el pensar qué ha de ser de Juan Ramón cuando muera Zenobia. ¿Regresará a España? O de quedarse en Puerto Rico, ¿quién ha de cuidar de él? Zenobia a pesar de estar en sus últimos días, no tiene tiempo de pensar en ella, toda su preocupación es Juan Ramón. Por eso me tomo la libertad de escribirle pidiéndole orientación.

¹¹⁸ La carta se guarda en el archivo de Francisco Hernández-Pinzón y me la ha proporcionado su hija Carmen.

Debo explicarle que si le escribo a usted y no a otro miembro de su familia, se debe al hecho que Zenobia siempre le mencionaba mucho y se refería a usted como el sobrino predilecto. Sé que ella siente una marcada preferencia por usted y dice que es usted el miembro de la familia que más vale. Sabiendo esto no le ha de extrañar que me dirija a usted sin vacilación alguna.

Si decidiera venir a Puerto Rico, que de ser posible me parecería lo indicado, quiero que sepa que ha de encontrar en mí un amigo y servidor en la mejor disposición de ayudarle en todo lo que necesite.

Mucho le agradeceré me escriba cuanto antes. Son muchas las decisiones que estoy haciendo en estos momentos y necesito toda la orientación que usted pueda darme.

Le aprecia.

Hilarión Sánchez Jr. M. D.

La carta refleja por un lado el estado terminal de la enferma y por otro certifica algo que hemos ido viendo anteriormente: que la gran preocupación de Zenobia —que ya había asumido que le quedaban pocos días de vida— era la situación en la que quedaría Juan Ramón cuando ella faltase. Como en la carta que escribió a su sobrino el 2 de julio de 1956, en su anterior viaje a Boston, el deseo de Zenobia era que a su muerte Juan Ramón regresase a España, donde podría ser cuidado por su familia.

Dada la dramática situación descrita por el doctor Sánchez, Francisco Hernández-Pinzón decidió viajar cuanto antes a Puerto Rico, adonde llegó el 28 de septiembre, trasladándose de inmediato a la clínica. Desde su salida de España, el sobrino de los Jiménez llevaba consigo un diario donde consignaba los hechos de aquellos días. Ese diario, inédito hasta hoy y que amablemente



Francisco Hernández-Pinzón en Puerto Rico, 1958. Colección particular.

me ha proporcionado su hija, Carmen Hernández-Pinzón, supone un documento valiosísimo para conocer lo que ocurrió en esas semanas tan importantes en la vida de Juan Ramón y Zenobia. A él acudiré a menudo en este relato.

Quizá valga la pena, en primer lugar, recoger la impresión primera del sobrino del matrimonio Jiménez al entrar en la habitación del hospital:

A la izquierda, pegada al mismo tabique de la puerta, la cama de tía Zenobia, desde la cual me mira sonriente. Frente a mí, en la pared opuesta, sentado en una silla, tío Juan. Tan pronto me ve se levanta rápidamente, acude hacía mí con los brazos abiertos y me abraza emocionado y agradecido, aunque reprochándome que hubiera dejado a mi mujer y a mis hijos para atenderlos. Nos damos un largo abrazo y mientras me pregunta por todos, tía Zenobia nos contempla con evidente alegría y emoción. Cuando me deja, puedo acercarme a saludar a tía Zenobia. Ésta, en voz baja y precipitadamente, quiere decirme todo de un golpe consciente de que puede faltarle tiempo. Tiene muy mal aspecto porque está sumamente demacrada a pesar de que me dicen que, al conocer mi llegada, ha hecho que la peinen y arreglen. Ella misma lo confirma diciéndome que después de tanto tiempo no quería que la primera impresión fuera tan mala. Pide que nos dejen para continuar dándome instrucciones precisas sobre la vida y enfermedad de mi tío, cargadas de angustia por el inminente futuro de los dos.

Juan Ramón y Zenobia eran muy queridos en Puerto Rico y constantemente tenían amigos a su alrededor que les ayudaban. En la clínica se turnaban para acompañar a Zenobia algunos de ellos: Connie Saleva, secretaria de Jaime Benítez, rector de la

universidad;¹¹⁹ la profesora Adriana Ramos Mimoso;¹²⁰ María Eugenia Ortiz Armengol, esposa del vicecónsul de España; Cecilia Bernal de Enjuto, prima de Zenobia; y el doctor Larry Sánchez y su esposa Carmen, entre otros. El doctor Fernando A. Battle, que desde agosto de 1953 compartía casa con los Jiménez en Hato Rey, llevaba en coche todas las mañanas al hospital a Juan Ramón y a su sobrino, y les devolvía a casa a medio día y por la noche.

Desde mediados del mes de septiembre, revistas como *Paris Match* y periódicos de distintos países se habían hecho eco de diferentes rumores sobre la posibilidad de que el Nobel de aquel año fuese para Juan Ramón Jiménez, aunque se citaban otros nombres como los de Saint-John Perse o Nikos Kazantzakis. También amigos del matrimonio —Elisa Ramonet¹²¹ desde Madrid y Graciela Palau desde Maryland, entre otros— les escribieron cartas al respecto, mencionando esas esperanzadoras noticias.

A finales de septiembre, el estado de Zenobia había empeorado notablemente. En una nota del 30 de ese mes, Hernández-Pinzón escribe: «Un día muy malo para tía Zenobia, parece que el fin se acerca a pasos agigantados. A veces tengo que salir de su cuarto para evitar que me hable, pues se fatiga mucho y no le sienta bien».

A medida que avanzaba el mes de octubre los periódicos de Puerto Rico empezaron a recoger también los rumores que circulaban sobre el Nobel de aquel año. El 10 de octubre, las noti-

¹¹⁹ Anteriormente, Connie Saleva había sido durante algunos años secretaria personal de Gabriela Mistral.

¹²⁰ De especial importancia para el conocimiento de lo ocurrido en estos días es el artículo de Adriana Ramos Mimoso «Juan Ramón, enigma de un premio», revista *La Torre*, año X, núm. 39, Puerto Rico, julio-septiembre de 1962, págs. 143-149.

¹²¹ Véase la carta 70 en la segunda parte de este libro.

cias llegaron al hospital, y así lo anotó en su diario el sobrino de los Jiménez:

Cuando después del almuerzo volvimos al hospital, tuve que salir de nuevo para buscar varias cosas que necesitaba ella. Al regreso, me encuentro con una gran confusión que han formado unos periodistas, que dicen que el más firme candidato para el Premio Nobel de este año es Juan Ramón. El rector había llamado para decir que había recibido un cable de New York en que le decían que era casi seguro el favorito. Después llegaría un periodista diciendo que las noticias que llegaban a su periódico lo daban como seguro, lo que aumentaría el revuelo en los pasillos.

La noticia y la agitación provocada molestaron a Juan Ramón, atento sólo a la salud y el bienestar de Zenobia; pero a pesar de la gravedad de la enferma, ésta se animó con la noticia, y así lo consigna su sobrino: «Con todo esto, tía Zenobia, que estaba muy decaída, se recuperó y se encontraba de lo más animada y plena de satisfacción con estas suposiciones [...]. Creemos que esta inexplicable resistencia en gran parte se debe al deseo que ella tiene de ver si le dan el premio».

Constantemente la salud de la enferma sufría altibajos, dentro de su extrema gravedad. Aun así, Zenobia no sólo sobrellevaba su enfermedad con entereza y valentía, sino que demostraba la bondad y deferencia con los otros que siempre la caracterizaron. El 11 de octubre su sobrino anota:

Tía Zenobia todos los días me repite que siente que esté aquí, teniendo abandonada a mi familia y trabajo, pero por otro lado está encantada de que tío Juan no esté solo y que cuando llegue el desenlace yo pueda atenderlo y aminorar tan duro golpe un poco.

Los rumores sobre el Nobel continuaban, y ese mismo día los periódicos de Puerto Rico daban la noticia como algo muy probable, ya que llegaban por caminos diferentes: vía Nueva York y vía Estocolmo. «Creemos —anota Hernández-Pinzón— que ella está haciendo un esfuerzo sobrehumano para ver cómo termina esto, en cuanto llegara la noticia, si es que llega, se muere tranquila. Los médicos están asombrados de su resistencia».

Las tres amigas que más se turnaban para acompañar a Zenobia eran Connie Saleva, María Eugenia Ortiz Armengol y Adriana Ramos Mimoso, que empezaba su turno después de mediodía, cuando María Eugenia Ortiz y también Juan Ramón y su sobrino se iban a comer.

Con los rumores del premio, Francisco Hernández-Pinzón consignó una interesante conversación con Connie Saleva sobre el especial mérito que tendría el posible Nobel a Juan Ramón:

Precisamente me comentaba Connie, que ha sido secretaria de Gabriela Mistral, que en su caso tendría doble mérito por ser una concesión completa por la valía de su obra, sin otras influencias extraliterarias, ya que en otros casos hay muchos gobiernos e instituciones políticas presionando. Me dice que cuando se lo dieron a Gabriela, todos los políticos americanos y sus instituciones influyeron para favorecerla.

Las notas de Hernández-Pinzón en su día a día constatan a un tiempo la preocupación por sus tíos, la ilusión de Zenobia —a pesar de su extrema gravedad— por las noticias del Nobel, y la total entrega del poeta a su mujer y su indiferencia por todo lo demás. Así, en una nota del día 19 leemos:

En el momento que salíamos apareció otra periodista, que se la mandamos a Adriana, para que se entienda con ella. Aunque

deseo que le den el premio, temo tanto si se lo dan como si lo dejan fuera; en el primer caso nos van a traer de cabeza, en el segundo será una gran desilusión, sobre todo para tía Zenobia, pues tío Juan vive tan ajeno como si no fuera con él. Parece que el fallo será el jueves próximo.

El sábado 20 de octubre la salud de Zenobia empeoró y, avisados de ello, Juan Ramón y su sobrino, acompañados por el doctor Batlle, salieron muy temprano de casa para trasladarse precipitadamente a la clínica. Hernández-Pinzón anota:

La encontramos en las últimas aunque consciente y el padre Torres la atendía espiritualmente y otro sacerdote le dio la comunión, que pudo recibir bien. [...] El día lo pasó muy mal, sin pulso casi (a veces se iba y venía), sin tensión, respiraba con oxígeno, aunque resistiendo de forma increíble. Tío Juan también nos tenía muy preocupados sólo con un vaso de leche desde por la mañana. No había forma de moverlo del cuarto, ni de traerle algo de comida.

La mañana del domingo día 21, Juan Ramón y su sobrino llegaron muy pronto a la clínica:

Tío Juan —escribe Hernández-Pinzón— ha pasado mala noche y desde el amanecer estaba pidiendo que lo llevara al hospital, pero como sabíamos que la noche la había pasado un poco mejor, pude retenerlo hasta que bajó el doctor Batlle. Como se turnaban varias amigas para acompañar a la enferma, al llegar estaba allí Connie, que había relevado a Cecilia, y al momento apareció también María Eugenia. A las ocho tía Zenobia se encontraba más calmada, aunque el pulso bastante irregular.

Ese día fue esencial en la historia de lo que aquí se narra. Un periodista sueco del diario *Stockholm Tidningen*, Olle Lindquist, se presentó en la Clínica Mimiya. La dirección de su periódico le había pedido que dejara Estados Unidos, donde estaba cubriendo la campaña electoral, para trasladarse inmediatamente a Puerto Rico a entrevistar a Juan Ramón Jiménez. Su llegada parecía un indicio claro de que el Nobel le iba a ser concedido a Juan Ramón, pero el periodista no podía asegurar nada, aunque reconoció que estaba entre los favoritos. Francisco Hernández-Pinzón lo narra así en su diario:

Como no sabía español, Connie y María Eugenia se entendían con él y trataban de sacarle la seguridad, sin conseguirlo. Tío Juan no quería ver al sueco ni aceptaba la entrevista, pero después de larga lucha, por complacer a tía Zenobia, que su alegría y entusiasmo la habían mejorado, accedió a que yo le presentara un cuestionario al periodista, traducido por Connie y María Eugenia, asegurándole que después de conseguido esto, el poeta lo saludaría; pero que por su enfermedad nerviosa, agudizada por la gravedad de ella, no convenía excitarlo y era conveniente que la entrevista se realizara antes, en la forma que había aceptado que se realizara gracias a los ruegos de la agonizante. Cuando todo parecía solucionado, surgió el conflicto con mi lectura de la primera pregunta, que era poco más o menos: ¿Qué siente usted al recibir el Premio Nobel? Me decía que era una pregunta imposible de contestar, que era una tontería, porque como nunca le habían dado el Premio Nobel, no podía saber lo que sentiría al recibirlo. Que sólo por el supuesto de que es uno de los favoritos le parecía insignificante, lo más probable es que se quedara en eso, con lo que resultaría desairada la respuesta que desconocía, ya que solamente podría decir lo que verdaderamente sentía cuando le dieran

el premio. Que volviera si le daban el premio y que entonces podría decírselo. Repasé todas las preguntas del cuestionario y todas daban como concedido el Premio Nobel, pero él estaba tan firme en sus razones que no había forma de convencerlo, ni por complacer a tía Zenobia, que no ocultaba sus deseos. Lo peor es que ya no aceptaba la solución del cuestionario, por lo que estábamos peor que al principio. Salí de la habitación para comunicarles el fracaso de mi gestión y todos nos quedamos apesadumbrados.

Según relata Hernández-Pinzón, María Eugenia y Connie desplegaron todas sus artes diplomáticas para convencer al sueco de que anticipara privadamente el fallo, pues en otro caso sería imposible convencer al poeta para que concediera la entrevista, ya que ni siquiera su mujer lo había conseguido:

Pudieron convencer al periodista, que pidió que alguien lo llevara al hotel La Rada, para ganar tiempo, y desde allí consultaría con Estocolmo pidiendo instrucciones. Comunicaría la extrema gravedad de ella, que no llegaría al 25, la gran influencia que había tenido en la vida y obra de su marido, la enfermedad nerviosa de éste, agravada por la situación final de su mujer, que lo era todo para él, así como su negativa a la entrevista. Como era cerca del mediodía y debía regresar pronto a los Estados Unidos, para seguir las elecciones, María Eugenia se ofreció para llevarlo y me pidió que los acompañara. Al regreso recogimos a tío Juan y marchamos a casa para almorzar.

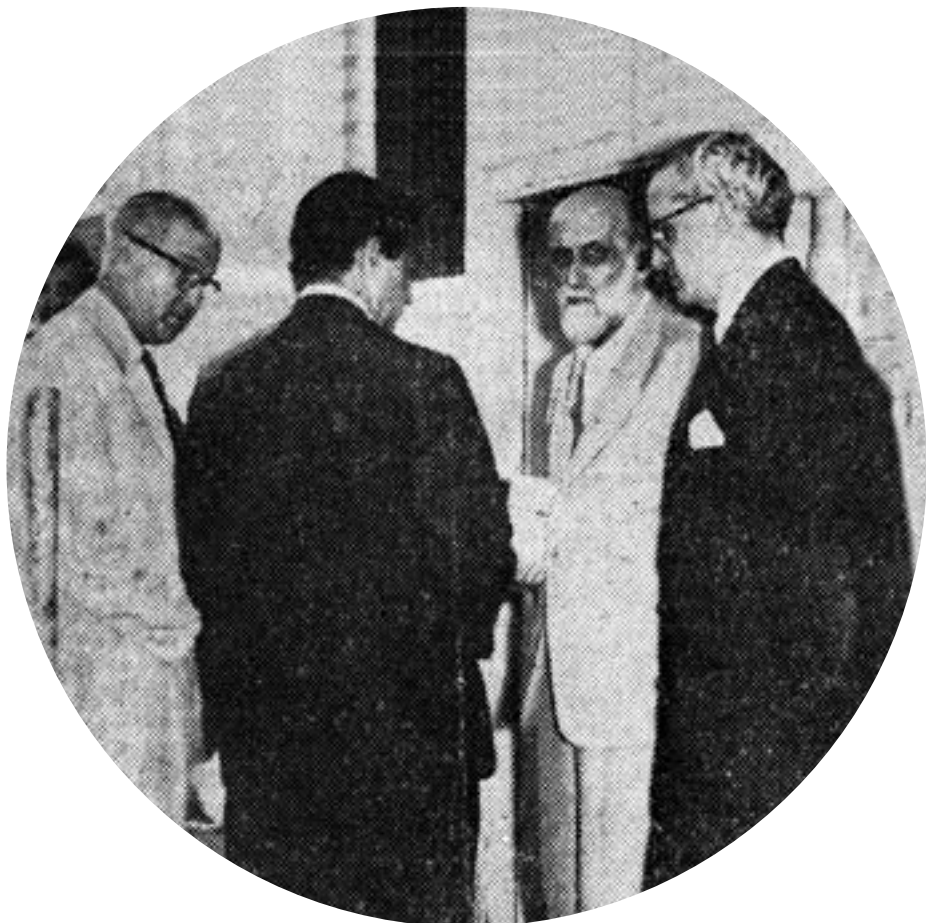
En ese paréntesis que se abre con la ausencia de la clínica de Juan Ramón y su sobrino para ir a comer, tenemos que acudir a las palabras de Adriana Ramos Mimoso que, cumpliendo con su

horario, debió de llegar a la clínica hacia mediodía, probablemente al poco de marchar Juan Ramón: ¹²²

Ya como a las tres de la tarde de aquel domingo apareció el sueco con sus ojos azules, brillantes y su cara sonriente. Había logrado comunicarse con el señor Hestromm del *Stockholm Tidningen*; éste, a su vez, debió de comunicarse con el Dr. Anders Österling, Secretario permanente de la Academia Sueca. Le confirmaron los rumores y le autorizaron a comunicar la noticia a Zenobia. Había una condición que nos mantuvo angustiadas por varios días. La noticia no podría trascender a la prensa, ni a ninguna otra persona, hasta el anuncio oficial que se haría el 25 de octubre. Nos juramentamos prácticamente. ¡Jamás secreto alguno pesó tanto en mi espíritu!

Connie y yo nos apresuramos a entrar en la habitación de la enferma, que mantenía los ojos cerrados y aparentemente estaba dormida. «¡Zenobia, Zenobia, tenemos una noticia maravillosa para usted!» Una vez más la moribunda respondió a la llamada, que me cuidaba de hacerla muy quedamente. Aún veo sus ojos azules y transparentes. «¿Qué, Adriana?» Quise que Connie diera la noticia. «¡Qué bien!»; y como para cerciorarse: «¿De veras?» Entonces le propuse que fuera ella quien enterara a Juan Ramón, que pronto llegaría al hospital. No tardó el poeta en llegar. Se había cruzado con el sueco que esperaba en el pasillo. De nuevo llamé a Zenobia, instándola a que dijera lo que sabía. Hubo necesidad de ayudarla. «Diga lo que le comunicamos hace

¹²² Hay cierta disparidad aquí en los testimonios de Francisco Hernández-Pinzón y Adriana Ramos Mimoso, ya que ésta parece referirse a los hechos como si la llegada del periodista hubiese ocurrido más tarde, y sólo estuviesen allí Connie Saleva y ella. Todo parece indicar que, en realidad, Ramos Mimoso debió de llegar después para relevar a Connie, que ésta la puso en antecedentes de la visita del periodista y juntas esperaron su regreso.



De izquierda a derecha, el doctor Fernando A. Batlle, Jaime Benítez, Juan Ramón Jiménez y el doctor español Luis Ortega en la Clínica Mimiya, donde estaba ingresada Zenobia, Puerto Rico, octubre de 1956.

unos momentos», y con sorprendente prontitud: «¡Ya!» Y con voz apenas audible pudo dar la noticia a Juan Ramón, quien sólo con amargura y desilusión comenta: «¡Ahora!».¹²³

Francisco Hernández-Pinzón, que regresaba con Juan Ramón y fue testigo del momento en que Zenobia le comunicó la noticia al poeta, lo relata de este modo:

Regresamos al hospital y cuando íbamos a entrar en la habitación de la enferma, salió a nuestro encuentro Adriana, que había relevado a Connie, para decirle a Juan Ramón que Zenobia tenía que darle una gran noticia. Nos acercamos a su cama y con visible alegría y enorme esfuerzo le confirmó lo que esperábamos, que antes se podía leer en la cara de Adriana. El periodista había vuelto en nuestra ausencia, se empeñó en pasar a la habitación para darle personalmente la noticia y felicitar a Zenobia. Atendiendo a la gravedad de su estado y a la enfermedad del poeta, habían accedido a que anticipara el fallo, aunque exigían el más riguroso secreto hasta la notificación oficial, que se daría el día 25.

A pesar de todo, Juan Ramón se negaba a recibir al señor Lindquist, y su sobrino tuvo que esforzarse de nuevo para conseguirlo:

Había regresado Connie, y poco después apareció el periodista reclamando su entrevista. Tío Juan accedía al sistema interrumpido por la mañana y fácilmente se convenció al sueco de que era preferible asegurarse primero las respuestas, en la forma acordada anteriormente, ya que continuaba negándose a recibirlo, y no convenía excitarlo. Contando con tía Zenobia, me

¹²³ Adriana Ramos Mimoso, art. cit., pág. 145.

comprometía a que el poeta lo recibiera después. Connie traducía las preguntas y Adriana tomaba las respuestas, mientras yo hacía de mensajero entre las dos, que al final revisarían las traducciones. Cuando se acabó el cuestionario le dije a tía Zenobia que el periodista quería pasar a saludarlo y felicitarlo y bastó dijera: «Juan Ramón», con su característica erre gutural, para que él aceptara al momento resignado. Cuando me acercaba a la puerta con el sueco, tío Juan se levantó de su silla y se acercó a recibirlo amablemente. A los pies de la cama de ella, los dos estuvieron hablando en francés por algún tiempo, bajo la complacida y alegre mirada de ella, que estaba de lo más animada.

Vale la pena reproducir también las palabras con las que Adriana Ramos Mimoso, otro de los pocos testigos de ese emocionante momento, lo ha recordado:

Al entrar Olle Lindquist, Juan Ramón se puso de pie con gallardía, y, al estilo europeo, se besaron en ambas mejillas. La conversación se sostuvo en francés. Mi asombro crecía. Se prolongaba la entrevista. Aparentemente Zenobia estaba inconsciente. Lo cierto es que estaba atenta a la conversación. De pronto llamó al señor Lindquist y hablándole también en francés, le suplicó que le recordara a su esposo, que era muy olvidadizo, que no dejase de agradecer a la Academia Sueca el Premio Nobel. Hablaron unos minutos más, algo más bajo. Zenobia extendió su mano y el periodista, despidiéndose, la besó.

Más adelante, Francisco Hernández-Pinzón anota en su diario:

Este secreto absoluto hasta el jueves ha sido una emocionante alegría entre tantas penas. Tía Zenobia algo mejor, aunque vere-

mos si llega al 25. El gesto del periodista y la Academia ha sido muy bueno y todos estamos muy agradecidos.

El empeoramiento de la salud de Zenobia hizo dudar a todos de que pudiera llegar al día de la notificación oficial:

Tía Zenobia pasa el día con altos y bajos, mejor y peor, ya casi no se le entiende lo que habla [...]. Pero nos demuestra que está muy contenta. [...] Es una gran satisfacción que pueda llegar a verlo y en cuanto se reanima un poco comienza a dar instrucciones. Sigue con la cabeza clara en los ratos que está con sus sentidos despiertos.

Durante los días siguientes la salud de Zenobia continuó empeorando, al tiempo que los rumores confirmaban en todo el mundo la más que probable noticia. El día 23, Hernández-Pinzón anota al respecto:

Tía Zenobia muy mal y hoy no se le entendía nada y tiene mucho temblor. Todos los periodistas de los más lejanos países están en conmoción, menos los españoles, y nos marean en grande, sin dejarnos parar, y así se lo dije al cónsul, entre otras cosas, aunque él sigue empeñado en que le confirme o le niegue los rumores y no quiere comprender que no puedo hacerlo por el compromiso contraído.

El día 24 significó un pequeño paréntesis en el empeoramiento de la enferma, aunque el cansancio y sobre todo la tensión iban haciendo mella en todos los que la cuidaban:

Dentro de la gravedad extrema tía Zenobia ha pasado el día más tranquila de los nervios. Nosotros también los tenemos

desechos y no sé cómo tío Juan lo está soportando. Temo mucho que después caiga en una gran depresión. Yo me encuentro agotado, a pesar de que salgo y que tengo que hablar con los que acuden, cómo estará él, que no se mueve un momento de su cuarto. Es tan grande la tensión que hasta tengo sobresaltos en la cama. Para mañana sobre las 10,30 se espera aquí la noticia del premio, con lo que todos están desatados y nos marean en grande.

La mañana del día 25, desde muy temprano, el hospital, los pasillos y los alrededores se fueron llenando de amigos, periodistas y fotógrafos. Llegó primero un telegrama que causó un gran revuelo. No era la noticia de Estocolmo; era, sin embargo, una buena noticia de un fiel amigo: Eugenio Florit le anunciaba a Zenobia que había terminado la *Tercera antología poética* y que se la mandaba al editor Ruiz-Castillo. De ese modo también pudo saber Zenobia, poco antes de morir, que el trabajo al que habían dedicado, con tanto esfuerzo, los últimos meses Juan Ramón y ella estaba a punto de publicarse.

Cerca del mediodía —escribe Francisco Hernández-Pinzón— llega el telegrama de la Academia Sueca, que recoge el rector y se lo lee a los tíos. Parece que ella lo ha entendido y se ha dado cuenta, a pesar de su estado gravísimo. Tío Juan muy afectado por la gran tristeza que tiene, se emociona y dice: «Ahora». Todo esto en las circunstancias tan trágicas que atravesamos. No creo que se haya concedido otro Premio Nobel en unos momentos tan dolorosos.

El mensaje oficial de la Academia Sueca llegaba así, por fin, al poeta y a su mujer:

Sr. D. Juan Ramón Jiménez
Padre Berrios 461
Floral Park
Hato Rey
Puerto Rico

La Academia Sueca ha decidido en su sesión de hoy conferirle el Premio Nobel de literatura del año 1956. A esta comunicación me permito agregar mis más sinceras felicitaciones. La Academia le invita a recibir el premio en Estocolmo el 10 de diciembre y le agradecería se sirviera comunicarle si le es posible aceptar esta invitación.

Anders Österling
Swedish Academy

Al momento de llegar al hospital, la comunicación de la Academia Sueca —explica Francisco H. Pinzón—¹²⁴, las inesperadas y bellas melodías del carillón de la Universidad de Río Piedras anunciaban a todos el extraordinario acontecimiento. Ese mismo día la oficina del rector emitió la siguiente circular:

¹²⁴ Francisco Hernández-Pinzón, «Zenobia y J. R. J. en la trágica gloria del Premio Nobel», Madrid, A. G. Luis Pérez, 1973. También se publicó en *Barcarola*, núm. 26-27, Albacete, febrero de 1988.

Universidad de Puerto Rico
Río Piedras, P. R.
Oficina del Rector

25 de octubre de 1956

Circular núm. 20
Al claustro y estudiantado

La Academia de Suecia acaba de discernir a Juan Ramón Jiménez el Premio Nobel de Literatura correspondiente al año 1956 en atención a la excelencia de su obra que «en el idioma español ejemplariza la pureza espiritual y artística».

Hace cinco años que Juan Ramón Jiménez y su esposa Zenobia conviven con nosotros en nuestro país, en nuestra universidad. Ningunas juventudes tienen más cerca su ejemplo y su persona y ningunas como ustedes, jóvenes universitarios, han disfrutado la oportunidad de compartir el hábito de esa grandeza.

Pasado el regocijo momentáneo de la gran noticia, les invito, jóvenes estudiantes, a releer y repensar debajo de los árboles, en el camino hacia la escuela y hacia su casa, la obra de Juan Ramón, en silencioso aprecio de la justicia poética que hoy se le hace.

Cordialmente

Jaime Benítez
Rector



Al día siguiente se celebró una sesión académica en el teatro de la universidad, «en junta de sus profesores y estudiantes para celebrar la concesión del Premio Nobel de Literatura a Juan Ramón

Jiménez, altísimo poeta, que es en esta casa y desde su cátedra de Estudios Hispánicos en la Facultad de Humanidades, ejemplar maestro de todos: estudiantes y profesores». ¹²⁵ En el acto tomaron parte: el rector de la universidad, Jaime Benítez, ¹²⁶ el escritor español Guillermo de Torre, que estaba esos días de huésped de la universidad, Graciela Palau de Nemes, que llegó desde Maryland especialmente invitada para este acto, Margot Arce, Federico de Onís, Nilita Vientós, directora del Ateneo puertorriqueño, y finalmente «en ausencia del poeta, la señorita Adelaida Lugo, su discípula, profesora de estudios generales que leerá tres pasajes de *Platero y yo* y un poema». ¹²⁷

Muy pronto llegaron felicitaciones de todo el mundo. Una verdadera «avalancha de cables», en expresión del propio sobrino del poeta —que los fue reuniendo y clasificando, como también hizo con las cartas que llegaron los días siguientes—, ¹²⁸ de familiares, amigos, poetas, admiradores, ateneos, asociaciones e intelectuales de todos los países.

El 26 de octubre, Juan Ramón contestó a la Academia Sueca, agradeciendo la concesión del Premio Nobel, con el siguiente telegrama, dictado a su sobrino: ¹²⁹

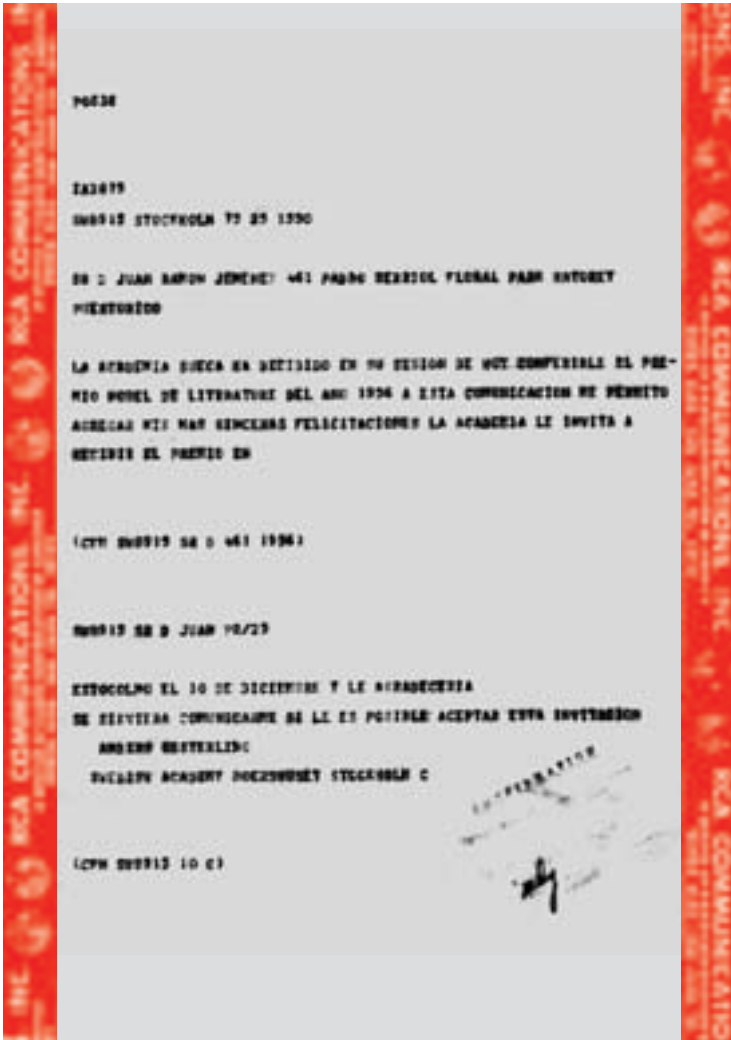
¹²⁵ *Homenaje a Juan Ramón Jiménez*, San Juan, Ediciones de la Universidad de Puerto Rico, 1956, pág. 15.

¹²⁶ Doy en la tercera parte del libro el discurso del rector con el que se abrió esta sesión.

¹²⁷ *Ibídem*.

¹²⁸ En la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez se guardan 1.040 cartas y 267 telegramas —de felicitación por el Premio Nobel o de condolencia por la muerte de Zenobia—, a partir de los cuales he hecho la selección que se publica en este libro.

¹²⁹ El telegrama se guarda en el archivo de la Academia Sueca; parto de él en mi transcripción.



Telegrama de la Academia Sueca en el que se comunica a Juan Ramón Jiménez la concesión del Premio Nobel de Literatura de 1956. Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico.

Anders Österling

Swedish Academy Börshuset Stockholm Sweden

Estoy profundamente agradecido a todos y a cada uno de los miembros de esa ilustre Academia que me han hecho el honor de concederme un Premio Nobel no merecido por mí, y por la invitación a ir a recibirlo a Estocolmo. Desgraciadamente, la grave enfermedad de mi esposa y la mía me impiden pensar en ese viaje, que hubiera sido tan grato para los dos.

Gracias también al doctor Gullberg por sus traducciones de mis poemas y por su comentario crítico sobre ellos, al doctor Selander por su artículo sobre *Platero* y a todos los que hayan contribuido en Suecia al conocimiento de mi obra.

Abrazos conmovidos a todos

Juan Ramón Jiménez

Zenobia Camprubí murió a las cuatro de la tarde del domingo 28 de octubre de 1956. La capilla ardiente se dispuso en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez de la universidad. Nadie consiguió que Juan Ramón dejara la sala para ir a descansar. El poeta veló el cadáver de su esposa toda la noche.

Al día siguiente la oficina del rector de la universidad anunciaba el fallecimiento al claustro y a los estudiantes con la siguiente circular:

Universidad de Puerto Rico
Río Piedras, P. R.
Oficina del Rector

29 de octubre de 1956

Circular
Al claustro y estudiantado

Zenobia Camprubí de Jiménez murió ayer tarde. Su cuerpo reposa en la Sala que lleva su nombre y el de Juan Ramón y que ambos han donado a la Universidad. Permanecerá allí hasta que parta el cortejo fúnebre hacia el cementerio de Porta Coeli, a las 4:00 de la tarde.

Los profesores y alumnos que deseen acompañar el cortejo fúnebre están excusados de sus clases.

Hemos creído que el mejor tributo que podemos rendir a aquella trabajadora esforzada y perenne es el de continuar nuestras labores restantes sin interrupción.

Jaime Benítez
Rector

Stockholm Pj/10 1956

Dear Sir,

With many thanks for your telegram I have the honour of presenting the warm congratulations of the Swedish Academy to the Nobel prize.

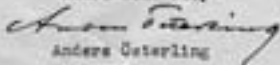
At the same time it is my sorrowful duty on behalf of my colleagues to express our most heartfelt condolence on the heavy personal loss you have suffered in these days.

It would otherwise have been a great pleasure to receive you in Stockholm at the Nobelfestival the 20th December. We understand perfectly that the situation precludes your going to Sweden. Much as we regret this, it goes without saying that we can not insist on your coming here. The Nobel prize will now be entrusted to the Ambassador of Spain in Stockholm, who will forward it to you.

In such cases it is customary, that the absent prizewinner sends a short personal message of some kind, to be delivered by the Ambassador at the banquet where all the prizewinners express their thanks. If you feel inclined to do so, it will of course be best for you to arrange this matter directly with the Spanish Embassy in Stockholm.

With hearty greetings I remain, Dear Sir

Yours sincerely



Anders Österling

Permanent Secretary of the Swedish Academy

Telegrama del presidente del Comité del Nobel, Anders Österling, a Juan Ramón Jiménez, Estocolmo, 29 de octubre de 1956. Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico.

1956 (DICIEMBRE). ESTOCOLMO

El 29 de octubre de 1956, Anders Österling escribió de nuevo a Juan Ramón Jiménez, en respuesta a su telegrama de agradecimiento, para transmitirle, desde su condición de secretario permanente, la felicitación de la Academia Sueca por el premio y, al mismo tiempo —enterados de la muerte de la mujer del poeta—, para ofrecerle sus condolencias:¹³⁰

Svenska Akademien
Stockholm

Estocolmo, 29 de octubre de 1956

Estimado señor,

Le doy las gracias por su telegrama a la vez que tengo el honor de presentarle la más cálida felicitación de la Academia Sueca por el Premio Nobel.

Tengo también el triste cometido de expresarle en nombre de mis colegas nuestra más sentida condolencia por la gran pérdida personal que ha sufrido en estos días.

Hubiera sido un gran placer recibirle en Estocolmo en la ceremonia del Nobel el día 20 de diciembre. Entendemos perfectamente que su situación le impide venir a Suecia. A pesar de lo mucho que lo sentimos, no es necesario que le diga que somos conscientes de que no podemos insistir en que usted venga. El Premio Nobel será entregado al embajador de España en Estocolmo, que luego se lo hará llegar a usted.

En estos casos es costumbre que el premiado ausente envíe un breve mensaje personal, para que éste sea transmitido por el

¹³⁰ El telegrama estaba redactado en inglés. Lo doy aquí traducido, y reproduzco el facsímil del original que se guarda en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez.

embajador en el banquete donde todos los galardonados expresan su agradecimiento. Si usted se ve con ánimos de hacerlo, lo mejor sería que tratara directamente de este tema con la Embajada Española en Estocolmo.

Con un cordial saludo, estoy a su disposición. Suyo,

Anders Österling
Secretario permanente
de la Academia Sueca

La Academia, que entendía perfectamente que la situación impedía a Jiménez recoger personalmente el premio, recomendaba seguir el trámite previsto para ocasiones de este tipo. El premio se entregaba al embajador en Estocolmo del país del galardonado, y éste enviaba un breve mensaje que el embajador leía en el banquete del 10 de diciembre —aniversario de la muerte de Alfred Nobel—, donde todos los premiados expresaban su agradecimiento.

Juan Ramón no contestó a esta carta de la Academia hasta primeros de diciembre de 1956, tras tomar la decisión de quién quería que fuese su representante en la ceremonia de Estocolmo.

Durante las semanas siguientes a la muerte de Zenobia, el poeta, acompañado y cuidado en todo momento por su sobrino Francisco Hernández-Pinzón y por los amigos más íntimos, sólo pensaba en morir, y así lo expresaba con frecuencia. Al mismo tiempo, día tras día llegaban telegramas y cartas del mundo entero de felicitación por el premio y de pésame por la muerte de Zenobia. En una nota del 31 de octubre de 1956, el sobrino del poeta refleja, en ese sentido, su difícil y atareada cotidianidad:

Tío Juan pasa el día mucho más tranquilo y ello es posible por haberle evitado la visita al cementerio. [...] No salgo para nada de su casa y no es porque piense que pueda hacer un disparate,

ya que me pide a veces que lo mate porque él no se atreve a dar ese paso, que, según él, tanto necesita. Pero además, tengo un gran trabajo de secretario suyo, que me ocupa todas las horas, ante la avalancha de correspondencia que se nos viene encima cada día. Por ahora, sólo puedo leerlo todo, informarle si se trata de algún familiar o amigo, hacer un índice de todo y archivarlo¹³¹ por si algún día quiere contestar algo. Sólo le he leído completa la carta de tía Ignacia por el premio,¹³² que nos ha emocionado mucho, ya que lo entendió bien. Llegaron las postales de Moguer que había pedido, que son un gran éxito. Le encantó verlas, y termina leyéndolas, si vienen con letra grande y bien clara.

Ese mismo día, anota en su diario la emoción de la despedida de la profesora y amiga del matrimonio Graciela Palau de Nemes: «Después vino a despedirse Graciela Palau, que había venido para el homenaje que le hizo la Universidad de Puerto Rico y pudo estar los últimos días con ella. Su marcha nos emocionó mucho».

Desde el día siguiente a la concesión del Nobel, periódicos y medios de comunicación de todo el mundo se hicieron eco de la noticia. La prensa sueca le dio, como es lógico, especial relevancia, y la mayor parte de los medios internacionales también. El secretario permanente de la Academia, Anders Österling, hizo las siguientes declaraciones en la radio de Estocolmo, recogidas asimismo en el *Svenska Dagbladet*, que llegaron al mundo entero a través de las agencias de información internacional:

¹³¹ Como ya antes he indicado, esas cartas son las que se guardan en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico, clasificadas y numeradas en su mayor parte por la mano de Francisco Hernández-Pinzón. Gracias a esa labor, hoy puedo publicar una selección de ellas en este libro.

¹³² Véase la carta 134 en la segunda parte de este libro.

La Academia Sueca siente una gran satisfacción al poder rendir homenaje a la literatura española, que por diferentes circunstancias es de lamentar que haya estado tan mal premiada en este concurso internacional. Jiménez representa la más alta tradición lírica española y por eso distinguirlo a él con el Premio Nobel es honrar igualmente a Antonio Machado y a García Lorca.

Comentando el inusual dramatismo de la situación personal del galardonado, Per Persson, corresponsal de ese mismo periódico, afirmaba: «He entrevistado a muchos ganadores del Nobel durante los últimos dieciocho años, pero nunca en estas condiciones —donde se mezclan tragedia y gloria—. Él es un hombre cansado».

Aunque hubo opiniones de todo tipo,⁴³³ la prensa sueca aprobó la elección de Juan Ramón para el Premio Nobel. Y si alguien albergaba dudas, la opinión del célebre crítico Artur Lundkvist —a quien por su conocimiento de la realidad española e hispanoamericana y su labor como traductor se le consideraba como un auténtico hispanista— las disipó con un artículo publicado en el *Morgon-Tidningen* de Estocolmo que terminaba, de forma concluyente, con las siguientes palabras:

[...] en la década de 1920 se consideró a Jiménez como el gran modelo para los nuevos poetas que aparecieron: un Lorca, un Alberti, un Salinas y otros muchos. Todavía cuando Gabriela Mistral recibió el Premio Nobel dijo: «Todos somos sus discípulos» y consideró que se le debía haber concedido el premio. Cuando ahora, finalmente, ha sucedido, llega muy tarde, pero es bien

⁴³³ Véase al respecto el libro, ya citado de Matica Goulard, *Juan Ramón Jiménez y la crítica en Escandinavia*.

merecido. Hace más de treinta años que Jiménez ha sido un poeta actual, en la cima de su capacidad creadora. [...] Pero aun con sus setenta y cinco años, en el destierro desde la fatal guerra civil, vagando entre la Argentina, los Estados Unidos, Cuba y Puerto Rico, es una figura «nobel», un representante ardiente y de todo corazón de la poesía.¹³⁴

Otros periódicos europeos, como *Le Monde*¹³⁵ en Francia, subrayaban el amor profundo hacia la naturaleza expresado en la poesía de Juan Ramón y el idealismo de su obra, elementos que estaban claramente en la línea prescrita en el testamento de Alfred Nobel, que quería recompensar la «búsqueda del ideal humano».

La prensa norteamericana hizo especial hincapié en las dramáticas circunstancias de este galardón, y así, *The New York Times*, al referirse al origen norteamericano de la familia de Zenobia y al citar las palabras de Juan Ramón sobre el hecho de que su mujer había sido la inspiración de toda su obra, añadía: «Sr. Jiménez said the Nobel prize “saddens me” because it came at the time when his wife was gravely ill».¹³⁶

También en España la noticia tuvo una gran repercusión mediática. La Agencia EFE, haciéndose eco de las noticias que llegaban de Estocolmo, subrayaba en primer lugar algo que ahora sabemos con certeza, que ya en años anteriores se había planteado la posibilidad de un Nobel para el escritor español: «Durante varios años ha sido candidato al Premio Nobel de Literatura», y señalaba que su principal rival había sido el poeta francés Saint-

¹³⁴ Artur Lundkvist, «Juan Ramón Jiménez», *Morgon-Tidningen*, Estocolmo, 26 de octubre de 1956.

¹³⁵ Eva Freundel, «Le poète espagnol Juan Ramón Jiménez obtient le prix Nobel de littérature», *Le Monde*, París, 26 de octubre de 1956.

¹³⁶ Felix Belair, «A Spanish writer gets Nobel Prize», *The New York Times*, Nueva York, 26 de octubre de 1956.

John Perse. Es curioso, en ese sentido, que en ningún medio de la época trascendiera nunca, que sepamos, que en realidad el gran rival y finalista en las votaciones de la Academia Sueca de ese año fuera otro español: Ramón Menéndez Pidal.¹³⁷

Por otro lado, paradójicamente, el diario *ABC*, que —como vimos al principio de esta crónica— en 1950 había censurado el telegrama de Juan Ramón apoyando la candidatura de Ortega y Gasset, el viernes 26 de octubre de 1956 dedicó toda su portada a la noticia del Nobel, con foto de Juan Ramón y un singular título, si tenemos en cuenta los veinte años de exilio del poeta: «El Premio Nobel de Literatura para España». Ya en páginas interiores recogía la declaración de la Academia Sueca de que el premio le había sido concedido al poeta por «su poesía lírica, que en lenguaje español constituye un ejemplo de elevado espíritu y pureza artística». *ABC* también comentaba que el poeta español durante varios años había sido candidato al Premio Nobel.

El diario madrileño consignaba asimismo en sus páginas la declaración de Juan Ramón a su corresponsal en Washington, José María Massip, que se había trasladado a Puerto Rico: «Es una pena que la Academia Sueca dejase morir a Unamuno, Antonio Machado y Ortega sin concederles el Nobel».¹³⁸

El diario *Ya* supo ser especialmente incisivo al enfocar la noticia poniéndola en relación con la España académica. Bajo el título

¹³⁷ Este hecho, así como otros que he descubierto y documentado a lo largo de mi investigación, los apunta como posibles Kjell Strömberg en «Petite histoire de l'attribution du Prix Nobel», que aparece como prólogo a la edición francesa de *Platero (Platero et moi)*, traducción de Claude Couffon, París, Presses du Compagnonnage, Collection des Prix Nobel de Littérature, 1964). Sin embargo, esta versión de la historia no ha trascendido en el ámbito hispánico de los estudios juanramonianos.

¹³⁸ *ABC*, viernes 26 de octubre de 1956. La corta entrevista de Massip fue conseguida gracias a la mediación de Francisco Hernández-Pinzón, a quien Juan Ramón dictó las respuestas. Esas declaraciones fueron recogidas en distintos medios de todo el mundo.

lo «Juan Ramón, Premio Nobel»,¹³⁹ el diario madrileño empezaba uno de sus artículos con las siguientes palabras:

En la Real Academia Española de la Lengua no tenían ayer más noticia de la concesión del Premio Nobel a Juan Ramón Jiménez que la publicada por los periódicos [...]. La Real Academia, ayer, no sabía nada del Premio Nobel otorgado —¡por fin!— otra vez a un español. La sesión que por ser jueves celebró la corporación se dedicó a exaltar la memoria del académico almirante Estrada, fallecido hace ocho días. Fue una velada necrológica.

Más adelante, el diario anota:

Don Julio Casares, secretario perpetuo de la docta casa, nos informó oficialmente de que la Academia no tenía por qué tener conocimiento del premio concedido a un escritor español. —En la sesión de hoy sólo tratamos del fallecimiento del almirante Estrada. Nadie comunicó nada de Premio Nobel a la Academia ni tenían por qué hacerlo. Aquí no sabemos nada. Particularmente, cada académico puede juzgar el hecho como guste. Unos lo encuentran acertado, y otros no. Pero, repito, esto en el terreno particular. —¿La Academia no va a felicitar al poeta?, preguntaba el periodista. —Hasta el momento no puedo decirle nada. Oficialmente no mantenemos contacto con él.

A primeros de diciembre de 1956, cercana ya la fecha de entrega de los galardones, Juan Ramón tomó la decisión de que la

¹³⁹ «Juan Ramón, Premio Nobel», *Ya*, Madrid, viernes 26 de octubre de 1956.

persona que le representase en Estocolmo fuese su amigo Jaime Benítez, rector de la Universidad de Puerto Rico, y no el embajador de España, tal y como proponía la Academia Sueca. Juan Ramón no vetaba la presencia del representante del Gobierno español, pero desde el principio dejó bien claro su deseo de que fuese Benítez quien fuera en su lugar a recoger el galardón. Con ese motivo, el 4 de diciembre de 1956 el poeta dirige la siguiente misiva al rector:¹⁴⁰

4 de diciembre de 1956¹⁴¹

Señor Jaime Benítez, Rector
Universidad de Puerto Rico
Río Piedras, Puerto Rico

Estimado rector y amigo:

Le pido como nuevo favor que tome mi representación en los actos de entrega de los premios Nobel de 1956 a celebrarse en Estocolmo.

Quiero que usted dé las gracias en mi nombre a todos los que en Suecia han contribuido al conocimiento de mi obra.

Le envió también un corto mensaje para que usted lo lea en ocasión del banquete que se ofrecerá a los premiados, copia de mi

¹⁴⁰ En todos estos trámites, así como para responder a algunos de los cientos de cartas y telegramas que recibía, el poeta contó con la inestimable ayuda de Connie Saleva, buena y fiel amiga de Juan Ramón y Zenobia, que fue asignada por la universidad para ayudar al poeta. Su apoyo constante resultó fundamental en los meses siguientes, sobre todo a partir del 2 de diciembre de 1956, fecha en la que Francisco Hernández-Pinzón no pudo demorar más su partida y regresó a España, tras largos e infructuosos intentos de convencer a Juan Ramón de que volviese con él, tal como Zenobia deseaba.

¹⁴¹ Esta carta, así como los documentos que cito a continuación, se conservan en los archivos de la Academia Sueca. De algunos de ellos se guarda también copia en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez de la Universidad de Puerto Rico.

carta al presidente de la Academia Sueca y de mi cable al señor Anders Österling sobre el particular.

Un estrecho abrazo de su agradecido,

Juan Ramón Jiménez

Calle Padre Berrios, 461

Floral Park

Hato Rey

Puerto Rico

Ese día el poeta también escribió un cablegrama al secretario permanente de la Academia comunicándole su deseo:

Señor Anders Österling

Secretario permanente

Academia Sueca (Svenska Akademien)

Estocolmo, Suecia

He pedido al Rector de la Universidad de Puerto Rico doctor Jaime Benítez que asista ceremonia como mi delegado personal para recibir Premio Nobel Literatura y que lea mensaje mío en el banquete oficial. Envío carta confirmando este cable.

Juan Ramón Jiménez

Cable transmitido al RCA, hoy 4 de diciembre de 1956

Para ratificar su decisión, el 4 de diciembre Juan Ramón Jiménez envió también una carta al presidente de la Academia Sueca en los siguientes términos:

4 de diciembre de 1956

Honorable Presidente de la
Academia Sueca
Estocolmo
Suecia

Estimado señor presidente:

He pedido al rector de la Universidad de Puerto Rico, mi particular amigo, doctor Jaime Benítez, que asuma mi representación personal en todos los actos que hayan de celebrarse en Estocolmo con motivo de la entrega de los premios Nobel de 1956.

En tal sentido esta carta confirma el cable que he enviado al Secretario Permanente de la Academia, señor Anders Österling. Siento que mi salud y la tristeza por el fallecimiento de mi esposa no me permitan el viaje a Estocolmo. Hubiera deseado hallarme en ésa, y si pido al rector Benítez que tome la obligación de representarme, es porque él, en diaria relación conmigo, sabe cuán profundo es mi agradecimiento para todos ustedes.

Respetuosamente,

Juan Ramón Jiménez

Siguiendo la voluntad del poeta, la Fundación Nobel invitaba poco después a Jaime Benítez a todos los actos oficiales de la entrega del premio con el siguiente telegrama:

Estocolmo, Suecia, 6 de diciembre de 1956

Jaime Benítez
Universidad de Puerto Rico
Río Piedras, P. R.

Usted será bienvenido para recibir Premio Nobel como delegado personal Jiménez, leer su mensaje, asistir a los diversos actos. Ruego informar Jiménez. Usted es invitado a los siguientes actos:

diciembre 9, a las 15.30 recepción Presidente Fundación Nobel y señora Ekeberg; diciembre 10, a las 16.30, ceremonia entrega Premio y a las 19.00 banquete; diciembre 11 a las 19.30 cena Palacio Real —traje de etiqueta condecoración y traje oscuro de rigor. Habitación reservada Gran Hotel. Suplico telegrafía hora llegada, medio traslación a:

NOBELSTIFLESKN

Sturegatan, 14

Stockholm

Fundación Nobel

La noche de ese mismo día, jueves 6 de diciembre, el rector de la Universidad de Puerto Rico viajaba hacia Estocolmo para recoger el Premio Nobel en nombre de Juan Ramón.



Tenemos la suerte de disponer de un testimonio de excepción que narra lo sucedido en el tema que nos ocupa entre los días 6 y 17 de diciembre. Se trata del informe que el rector Jaime Benítez rindió al presidente y a los consejeros de la Universidad de Puerto Rico el 20 de diciembre de 1956, cuatro días después de su regreso de Estocolmo. Tomo dicho informe⁴² —inédito hasta hoy— como base fundamental del relato de aquellos días, ya que por estar escrito por quien representó al poeta en todos los actos de la entrega del Nobel, se erige hoy en la mejor crónica.

Estimados señor presidente y señores consejeros,

Me complace rendir informe sobre mi reciente viaje a Estocolmo, Suecia, donde hube de participar como representante de nuestro

⁴² Por su interés lo doy completo en la tercera parte del libro. El documento se conserva en la Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez: [Archivo 8], Premio Nobel-Juan Ramón Jiménez.

poeta en residencia, Juan Ramón Jiménez, en las ceremonias relativas a la concesión del Premio Nobel de Literatura de 1956.

Las ceremonias se extendieron del día 9 al 12 de diciembre. Salí de San Juan hacia Nueva York la noche del jueves 6 de diciembre y llegué al aeropuerto de Idlewild a las 7 de la mañana del viernes. Esa tarde salí hacia Estocolmo, aterrizando en la capital de Suecia el sábado 8 de diciembre a las 4:00 p.m. El director ejecutivo de la Fundación Nobel, Nils K. Stahle, fue a aguardarme al aeropuerto conjuntamente con el director del Instituto Iberoamericano de Estocolmo, doctor Magnus Morner, quien había sido designado para acompañarme y asistirme en cuanto fuera menester durante mi estadía.

En el Gran Hotel de Estocolmo conocí esa tarde a todos los premiados presentes, cinco de ellos profesores de universidades de Estados Unidos. [...] El único premio no compartido fue el de Literatura. Este año, al igual que en los dos años anteriores, no se otorgó el Premio Nobel de la Paz. [...]

Esa misma tarde me entrevisté con los representantes de la prensa sueca. En ésta, como en las demás relaciones, el inglés fue el vehículo regular de comunicación, y en la reunión previa a las ceremonias, celebrada el día siguiente, el director de protocolo me pidió que luego de leer el mensaje de Juan Ramón Jiménez en español, lo tradujera al inglés.

El domingo 9 de diciembre por la tarde nos ofreció una recepción el presidente de la Fundación Nobel, su excelencia Mariscal de Campo del Reino, Lars Birger Ekeberg. Allí tuve la oportunidad de conocer a los diversos académicos y muy especialmente al poeta sueco y traductor de versos de Juan Ramón Jiménez, Hjalmar Gullberg, quien había de proponerlo en las ceremonias del día siguiente para el Premio Nobel.

La ceremonia de la entrega de los premios Nobel se celebró en la tarde del lunes 10 de diciembre, en la Sala de conciertos de



Jaime Benítez y Hjalmar Gullberg. Estocolmo, diciembre de 1956. Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico.

Estocolmo, bajo la presidencia de la familia real, la Academia Sueca y la Fundación Nobel.

Tanto al entregarme el diploma y la medalla Nobel, como en el banquete de esa noche ofrecido por la Fundación, y luego en la cena en Palacio del martes, Su Majestad tuvo palabras de admiración y afecto por Juan Ramón Jiménez, cuyas obras conocía en las traducciones suecas. En esta última ocasión el rey tuvo la amabilidad de hablar conmigo extensamente sobre problemas universitarios y sobre Puerto Rico, demostrando la curiosidad intelectual y el interés humano que en Suecia se consideran rasgos característicos de su Casa reinante. Acompaño copia de las palabras finales del señor Gullberg, así como de las pronunciadas por mí en el banquete del lunes por la noche.

En el archivo de la Universidad de Puerto Rico se guarda copia en español y en inglés del final del discurso, pronunciado en sueco, de Hjalmar Gullberg,¹⁴³ en la presentación del Premio Nobel de Literatura de 1956 en la Sala de Conciertos de Estocolmo:

Majestades, Su Alteza Real, señoras y señores:

[...]

Muy lejos, en la que fue colonia de Puerto Rico, queda hoy [Juan Ramón Jiménez] afligido por un inmenso dolor. No nos será posible ver su rostro delgado, con sus ojos profundos, y preguntarnos si ha sido sacado directamente de un cuadro del Greco. Un autorretrato menos solemne lo encontraremos en el delicioso libro *Platero y yo*. Allí, vestido también de luto, pasa el poeta, con su barba nazarena, cabalgando en su borriquito, mientras los chi-

¹⁴³ Por su interés, doy el discurso completo del académico sueco en la tercera parte de este libro.

quillos gitanos gritan a voz en cuello: ¡El loco! ¡El loco! ¡El loco!... Y en verdad no es siempre fácil distinguir a un loco de un poeta. Pero para las almas afines la locura de éste ha sido eminente sabiduría. Rafael Alberti, Jorge Guillén, Pedro Salinas y otros que han escrito sus nombres en la reciente historia de la poesía española han sido sus discípulos; Federico García Lorca es también uno de ellos, lo mismo que los poetas hispanoamericanos, con Gabriela Mistral a la cabeza. Cito aquí la declaración de ésta a un periodista sueco al ser informada sobre el Premio Nobel de Literatura de este año: «Juan Ramón Jiménez es un poeta nato, uno de esos que nacen un día con la misma sencillez con que brillan los rayos del sol, uno que pura y simplemente ha nacido y ha dado de sí mismo, inconsciente de sus prendas naturales. No sabemos cuándo nace un poeta semejante. Sólo sabemos que un día lo encontramos, lo vemos, lo oímos, igual que vemos un día florecer una planta. A esto lo llamamos un milagro».

En los anales del Premio Nobel, la literatura española ha sido uno de los jardines lejanos; muy raras veces hemos echado una ojeada a su interior. El laureado de este año es el último superviviente de la famosa «generación del 98». Para una generación posterior de poetas de ambas orillas del océano que separa y une a la vez a los países hispánicos, ha sido un maestro —el maestro, sencillamente—. Cuando la Academia Sueca rinde homenaje a Juan Ramón Jiménez lo rinde a toda una época de la gloriosa literatura española.

A continuación, Hjalmar Gullberg pronunció en castellano las siguientes palabras para presentar a Jaime Benítez y pedirle que recogiera el premio:

Tenemos el privilegio de contar entre nosotros hoy al amigo y representante personal de Juan Ramón Jiménez, don Jaime

Benítez, rector de la Universidad de Puerto Rico. Saludo a nuestro distinguido visitante y le pido que en nombre de su ilustre poeta en residencia pase ahora a recibir de manos de Su Majestad, el Rey, el título y medalla que la Academia Sueca otorga a Juan Ramón Jiménez como Premio Nobel de Literatura de 1956.

Ese mismo día, por la noche, en el banquete oficial ofrecido a los premiados por la Fundación Nobel, Jaime Benítez leyó las palabras de aceptación y agradecimiento del poeta español:

Acepto y agradezco el honor que esta ilustre Academia me concede al otorgarme un premio que no he merecido.

Cercado por el dolor y la enfermedad, he de permanecer en Puerto Rico sin participar en persona en los actos solemnes de la Academia. Y para que en esta ocasión lleve a ustedes el testimonio vivo de mi reconocimiento, recogido día a día en firme amistad establecida en esta tierra de Puerto Rico, he pedido al rector Jaime Benítez, de esta Universidad, que me cuenta entre sus profesores, que sea mi representante personal en todas las ceremonias de entrega de los premios Nobel de 1956.

Juan Ramón Jiménez

El rector Jaime Benítez añadió estas palabras:

Juan Ramón quiere que en su nombre dé las gracias a quienes en Suecia han contribuido al conocimiento de su obra. He encontrado tal aprecio por ella y tan difundido que habréis de disculparme si sólo menciono uno de sus valedores, tan certero y sabio, por lo demás, que estoy seguro todos convendréis por esta ocasión en ser reconocidos y saludados en él. Me refiero a vuestro gran poeta Hjalmar Gullberg, cuyas emocionantes palabras de



El rey Gustavo VI de Suecia entregando al rector de la Universidad de Puerto Rico, Jaime Benítez, el Premio Nobel concedido a Juan Ramón Jiménez, Estocolmo, 1956. Sala Zenobia y Juan Ramón Jiménez, Universidad de Puerto Rico.



Juan Ramón Jiménez ante la tumba de Zenobia Camprubí en el cementerio de Porta Coeli, Bayamón, Puerto Rico, 1957. Fundación Juan Ramón Jiménez, Moguer.

esta tarde resuenan en nuestros corazones todavía y cuyas traducciones han extendido la belleza de la lírica andaluza a las tierras escandinavas.

Me pide Juan Ramón que también diga lo siguiente:

«Mi esposa Zenobia es la verdadera ganadora de este premio. Su compañía, su ayuda, su inspiración de cuarenta años han hecho posible mi trabajo. Hoy me encuentro sin ella desolado y sin fuerzas».

Finalmente, Benítez pronunció las siguientes palabras:

Yo he oído de los labios temblorosos de Juan Ramón algunas de las expresiones más poéticas de angustia. Porque Juan Ramón es un poeta tan genuino que sus palabras siempre transparentan su reino interior.

Atesoramos la esperanza de que esta gran pena suya halle al fin cauce de expresión escrita y que el recuerdo de Zenobia, como nueva Beatriz, quede inmortal en la prosa y en el verso del más puro de los poetas del mundo español. Porque Juan Ramón Jiménez es desde luego el gran poeta de España. Pero su maestría no se limita a la península Ibérica, sino que se acepta, reconoce y agradece por todos los que en cualquier parte del planeta hablamos español.

Terminados los distintos actos promovidos por la Fundación Nobel, la Academia Sueca y la Casa Real, Jaime Benítez consigna en su informe otros pormenores posteriores del viaje hasta su regreso a Puerto Rico, que no interesan aquí, aunque quizá valga la pena hacer mención a que el miércoles día 12 por la noche le ofrecieron una cena el editor y el traductor de *Platero y yo* —Carl Björkman y Arne Häggqvist—, lo que le permitió reseñar lo siguiente:

En los países escandinavos ha despertado gran interés la obra de Juan Ramón Jiménez. Se han hecho ya cinco ediciones de *Platero y yo*, habiéndose vendido 18.000 ejemplares. También están agotadas las primeras ediciones de sus poesías, y el traductor y el editor interesaban discutir conmigo nuevos contratos de traducción.

Acto seguido, el rector explica su partida de Suecia el jueves 13 por la noche, de vuelta a Puerto Rico, vía Nueva York, adonde llegó la mañana del viernes 14 de diciembre. Tras realizar distintas visitas y gestiones en esa ciudad, regresó a Puerto Rico el domingo 16 de diciembre.

Las últimas palabras del informe del rector, donde relata su visita a Juan Ramón para darle cuenta de los pormenores de la delicada misión que le había encomendado, son la mejor manera de cerrar esta crónica del reconocimiento universal a un gran poeta que nunca persiguió la gloria que merecía y que tan tarde le llegó, en el umbral mismo de su soledad última:

En la mañana del lunes visité a Juan Ramón Jiménez para darle cuenta personalmente del desempeño de la gestión que me había encomendado, transmitirle los testimonios de afecto y de solidaridad que había recibido para él, y hacerle entrega del título del Premio Nobel concedido por la Academia y la medalla de oro otorgada por la Fundación. Juan Ramón Jiménez tuvo generosas palabras para conmigo. Me devolvió los testimonios recibidos, pidiéndome los conservara la Universidad. Quiso costear por cuenta propia los gastos incurridos en este viaje. A esto último hube yo de oponerme, indicándole que para las universidades es honroso este tipo de designación y que los gastos incurridos se atenderían oficialmente. Los galardones Nobel están en estos momentos en exhibición en la Biblioteca Central de la Universidad.